

# LOS REPORTAJES HISTÓRICOS

Ángel Pola



CLÁSICOS DE LA  
REFORMA LIBERAL 

# LOS REPORTAJES HISTÓRICOS

CLÁSICOS DE LA  
REFORMA LIBERAL 

**CULTURA**

SECRETARÍA DE CULTURA



SECRETARÍA DE CULTURA

**Alejandra Frausto Guerrero**

*Secretaria de Cultura*



INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO

**Felipe Arturo Ávila Espinosa**

*Director General*

# LOS REPORTAJES HISTÓRICOS

Ángel Pola

MÉXICO 2020

Portada: Accesorios, Recinto Juárez, SHCP, Ciudad de México.

Primera edición impresa, INEHRM, 2009.

Primera edición en formato electrónico, INEHRM, 2020.

D. R. © Instituto Nacional de Estudios Históricos  
de las Revoluciones de México (INEHRM),  
Francisco I. Madero núm. 1, Colonia San Ángel, C. P. 01000,  
Alcaldía Álvaro Obregón, Ciudad de México.  
[www.inehrm.gob.mx](http://www.inehrm.gob.mx)

Las características gráficas y tipográficas de esta edición son propiedad del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México, órgano desconcentrado de la Secretaría de Cultura.

Todos los derechos reservados. Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, la fotocopia o la grabación, sin la previa autorización por escrito del Instituto Nacional de Estudios Históricos de las Revoluciones de México.

ISBN: 978-607-549-156-1

HECHO EN MÉXICO

# Índice

Introducción.....	9
<i>Raúl González Lezama</i>	
Entre los réprobos.....	13
El autor.....	13
El libro.....	21
Maximiliano.....	31
Como auxilió el general Guadarrama al ejército de Oriente.....	51
Cómo comocí al general Leonardo Márquez.....	69
Cómo murió Leandro Valle.....	85
Pesquisas acerca de la aprehensión y fusilamiento de don Melchor Ocampo.....	91
Aprehensión y fusilamiento del general Tomás O'Horán.....	117

I	
Una visita al general Mariano Escobedo.....	133
II	
Su hoja de servicios.....	138
III	
Como vive su retiro .....	140
IV	
Revelaciones sobre la toma de Querétaro.....	144



# Introducción

*Raúl González Lezama*





ÁNGEL POLA (1861-1948)

La historiografía sobre el Segundo Imperio nació casi al mismo tiempo que este ensayo político se extinguía. El deseo de varios de sus protagonistas de justificar sus acciones o de trasladar a otros las posibles culpas produjo la primera horneada de obras, seguidas de las correspondientes rectificaciones que en uso del derecho de réplica publicaron aquellos que se creían afectados por las afirmaciones de los primeros autores. Así, tenemos como ejemplo el *Manifiesto que dirige a la Nación Mexicana el general de División Leonardo Márquez*, en respuesta a las interpretaciones expresadas por el general Manuel Ramírez de Arellano en *Últimas horas del Imperio*. José Fernando Ramírez, Francisco de Paula Arrangoiz y otros mexicanos hicieron lo propio.

En México se publicaron las obras escritas por extranjeros, conocidas ya en Europa pero acompañadas de sus respectivas rectificaciones, como ocurrió con la *Elevación y caída de Maximiliano*, de Kératry, comentada por Hilarión Frías y Soto en 1870, seguida ese mismo año de *Recuerdos de México*, de Samuel Basch, con una introducción de Nabor Chávez. De esta manera, se pretendía no sólo dar a conocer en nuestro país las obras publicadas en el extranjero, sino también influir en el lector mediante una interpretación dirigida.

A lo largo de los años, nuevas declaraciones o publicaciones reavivaban o hacían surgir polémicas en torno al

experimento monárquico, dando pie a la reedición de antiguos trabajos, algunos de ellos acompañados de sus respectivas anotaciones y comentarios o produciendo nuevos materiales para la imprenta.

Así ocurrió en 1887, cuando el periodista chiapaneco Ángel Pola entrevistó para *El Diario del Hogar* al general Mariano Escobedo sobre los hechos ocurridos 20 años atrás durante la toma de Querétaro por las fuerzas republicanas. En esa ocasión, Escobedo sostuvo la versión en la cual Maximiliano mismo había negociado, a espaldas de sus seguidores, la entrega de la plaza. La controversia no se hizo esperar; escapando de las páginas de los periódicos, alcanzó proporciones desorbitadas que provocaron un duelo entre los generales Sóstenes Rocha y Antonio Gayón, así como un pleito callejero entre Victoriano Agüeros, director del diario católico *El Tiempo*, y el propio Pola.

Lejos de escarmentar, Ángel Pola, un joven chiapaneco que había llegado a la Ciudad de México con la intención de formarse como veterinario pero que se dejó seducir por el estudio del Derecho y el ejercicio del periodismo, continuó sus investigaciones durante el año siguiente y en 1892 realizó para *El Partido Liberal* otra serie de reportajes sobre la muerte de Leandro Valle, para los que se documentó por medio de entrevistas que realizó a la señora Ignacia Martínez, a los generales Felipe Berriozábal, Refugio I. González, Aureliano Rivera, Nicolás Medina, Félix Zuloaga, Miguel Negrete y al coronel Agustín Díaz. Empleó el mismo método para indagar sobre otros pasajes oscuros de la Guerra de Reforma, dando a la prensa artículos en los que incluían testimonios inéditos de muchos de los protagonistas a los que había interrogado personalmente o por medio de cartas.

Continuando con su ya para entonces reconocida labor de periodista-historiador, al finalizar el siglo XIX, Ángel



Pola fundó, junto con Benjamín Gyves, la colección Biblioteca reformista, cuyo primer número fue *Los traidores pintados por si mismos. Libro secreto de Maximiliano en que aparece la idea que tenía de sus servidores* (1900), en el cual reproduce el folleto que con un título similar publicó el Ministerio de Gobernación en 1868, acompañado, en esta ocasión, de una incisiva introducción. En esa misma colección publicó en cuatro tomos las obras completas de Benito Juárez, la obra de Melchor Ocampo en tres, y la biografía del general Leonardo Márquez. Escribió en coautoría con Luis González Obregón, Enrique M. de los Ríos, Aurelio Garay y Francisco Gómez Flores, el libro *Liberales ilustres mexicanos de la reforma y la intervención*.

Asimismo, reeditó en 1903 *Últimas horas del imperio*, aparecido en París en diciembre de 1868, al que añadió, a manera de estudio introductorio, los capítulos “El autor”, “El libro” y “Maximiliano”. Al año siguiente, los reportajes “Cómo conocí al general Leonardo Márquez”, “Cómo auxilió el general Guadarrama al Ejército de Oriente”, “Cómo murió Leandro Valle”, “Pesquisas acerca de la aprehensión y el fusilamiento de don Melchor Ocampo” constituyeron las rectificaciones incluidas en *Manifiestos. El Imperio y los Imperiales*, de Leonardo Márquez, con pie de imprenta de 1904.

Como queda dicho, originalmente varios de los ensayos históricos de Pola fueron concebidos para ser leídos como reportajes, y sólo posteriormente pasaron a ser, por iniciativa del autor, parte integral de otras obras. Por desgracia, perdieron una autonomía que permitía detectar una concepción y metodología históricas propias, producto de la primera generación de historiadores que no fueron ni actores, ni testigos de los acontecimientos que narran, pero que, en cambio, contaban con una idea más clara del quehacer historiográfico desde una perspectiva positivis-



ta a partir de la que formularon juicios e interpretaciones novedosas. Con esta primera intención, el INEHRM, liberando sus ensayos de la dependencia que los ha obscurecido, presenta al juicio de los nuevos lectores las aportaciones de Ángel Pola a la historiografía del periodo.

RAÚL GONZÁLEZ LEZAMA

San Ángel, diciembre de 2009.

## ENTRE LOS RÉPROBOS\*

EL AUTOR

TRAIDOR A SU PATRIA Y TRAIDOR A SU PARTIDO

El 10 de agosto de 1860, a los últimos disparos de la batalla de Silao, el comandante Pilar Marroquín, a la cabeza de sus Chinacos, a quienes denominaba Cosacos el general Uruga, perseguía a un derrotado, jinete en un hermoso caballo dorado. En un potrero del rancho de Aguas Buenas, a la izquierda y retaguardia de la línea de batalla, encontrándose sin salida, se tiró del caballo, ganó una cerca y se puso fuera del alcance de sus perseguidores, dejando el sombrero, que era de cartera. Si los Chinacos no le dispararon un solo tiro, fue por no matar el caballo, objeto de su codicia. Cuando el animal y el sombrero fueron exhibidos entre la fuerza liberal, se oyó a una esta exclamación:

—¡Esc caballo y ese sombrero son de Miramón!

Y en efecto, tales prendas eran del valiente militar reaccionario, en quien Marroquín no pensó siquiera al perseguirle.

La noticia de la derrota de Miramón se conoció luego en México, y tres personas de su familia salieron hasta Cuautitlán a encontrarle. Venían con Miramón, su comandante general de artillería Manuel Ramírez de Arellano y su ayudante el comandante Antonio Castelán. Una de entre aquellas tres personas, la más interesada en la vida y suerte de Miramón, no se explicaba cómo había sido el desastre, sino cuando objetó:

—¿Y tu famosa artillería?

—¡De nada nos sirvió!— prorrumpió Castelán tomando la voz de su jefe.

\* Texto introductorio a la edición de 1903 de *Últimas horas del Imperio. Los traidores de los traidores*.

¿Prueba esto que Arellano no era militar? Conocía el arte y la ciencia de la guerra. Había hecho una brillante carrera en el Colegio Militar, donde se distinguió entre sus condiscípulos y se hizo querer de sus maestros. A una clarísima inteligencia unía prodigiosa memoria, facilidad de palabra y dominio de la recitación. No era aplicado, pero una ojeada al texto bastábale para asimilar bien la materia. Era siempre uno de los primeros puntos en la cátedra. Franco y gran conversador, se ganaba las voluntades.

—Le hacíamos leer hasta coplas callejeras, y lo hacía tan bien, que nos hacía reír, cuando no llorar —refiérenos el general coronel Ignacio Salas. Nació en la ciudad de México el 20 de septiembre de 1831. Su padre, el general de brigada Domingo Ramírez de Arellano, formó parte del Ejército Triunfante, consumidor de la Independencia, y defendió a Churubusco en 1847. Ascendió a general efectivo por su comportamiento en Guaymas cuando el conde Raousset, a la cabeza de sus aventureros franceses, intentó apoderarse de aquel puerto el 13 de junio de 1854. Fue gobernador y comandante militar del estado de Sonora.

Manuel Ramírez de Arellano salió del Colegio Militar con el carácter de oficial de la Plana Mayor Facultativa de Artillería. Estudió en compañía de Miguel Miramón, Julio Cervantes, Sóstenes Rocha y Leandro Valle. Siempre estuvo ligado con ellos por una franca amistad, no obstante sus contrarias opiniones, que les colocó en opuestos campos. Su amistad con Miramón rayó en fraternidad y solamente la rompió la muerte.

Estuvo en la defensa del Castillo de Chapultepec, como alumno del Colegio Militar, y cayó prisionero.

Su saber se revelaba por su dominio de las matemáticas, la ordenanza del ejército, la reglamentación de maniobras de infantería, caballería y artillería, la documentación militar, el dibujo, la física, la mecánica, la fortificación pasajera y permanente y la construcción de materiales de guerra.

El general Antonio Corona, gobernador y comandante militar de Veracruz, le nombró su secretario particular, y tuvo tal confianza en sus aptitudes, que firmaba, sin enterarse, cuanto escrito le ponía a la vista.

Ocupó el puesto de secretario de la dirección general de artillería.

Muchas veces trató de inducir a Miramón a que proclamase las Leyes de Reforma, en sentido moderado, haciéndole ver que con este paso asentaría su poder y ganaría prestigio entre los liberales.



—Te digo esto—le hablaba Arellano— porque esta situación no sólo se ha de sostener a cañonazos. Tu estrella militar tiene que eclipsarse. Mandaba el batallón de artillería de montaña, en 1859, cuando el señor Ramón Guzmán se le presentó con la propuesta de que si las fuerzas de Miramón se pronunciaban por la Constitución de 1857, le daría 40,000 pesos y la banda de general el gobierno de Juárez. En el acto de hecho el compromiso formal, recibiría 20,000 pesos y el resto luego de cumplida su palabra. La entrevista para tratar de este delicado asunto se verificó en la casa número 8 de la 4ª calle del Relox. Aceptada la propuesta por Arellano, puso al tanto de ella a Miramón y con su entero acuerdo obró.

—De esta manera—dijo Arellano a Miramón, que era presidente de la República— descubriremos el foco de la conspiración y lo destruiremos de raíz, haciéndonos de más armas y municiones. Efectuarían el movimiento los capitanes Pioquinto Clavería y Patricio Rodríguez, desarmando a la guardia de la Ciudadela y proclamando a Juárez.

Don Ramón Guzmán puso en manos de Arellano los 20,000 pesos ajustados y éste hizo su papel de protagonista en la comedia a las mil maravillas, cuyo acto final fue la aprehensión de los tres farsantes militares, quienes entran por una puerta de la prisión y salieron por otra. Caído el telón, Arellano preguntó a Miramón:

—Y ahora, ¿qué hago con el dinero?

Miramón le contestó:

—Eso se te queda a ti.

Y Arellano, sin el menor escrúpulo, se embolsó los 20,000 pesos.

Cuando vino la Intervención, la defendió con las armas en la mano en Michoacán y estuvo a punto de ser fusilado en la batalla que abrió las puertas al Imperio en aquel estado. Bajo su tienda de campaña tradujo del francés al castellano las obras del arte de la guerra indispensables para la educación de la juventud militar y de los oficiales de las diversas armas. “Nuestros trabajos—dice—obtuvieron grandes elogios del E. Sr. Mariscal Bazaine, cuando gozamos el honor de presentárselos, y aun se dignó ofrecernos S. E., que les prestaría todo su apoyo cerca de S. M. El vivo deseo de mostrarlos al Emperador, nos hizo pedir al E. Sr. Mariscal Bazaine un mes de licencia, para venir a esta capital con el objeto.”



Tras de la Intervención llegó el Imperio, y Arellano lo defendió con su espada, su pluma y su palabra, en la creencia de que su sostén era patriótico. La mejor loa del Imperio él la pronunció en Morelia.

Con esto y todo, en 1865 se le acusó de presentación de documentos falsos para ser clasificado militarmente y de irrespetuoso por haber publicado el folleto *La ley de 12 de Octubre último sobre responsabilidad ministerial y una acusación oficial contra el E. Sr. Ministro de la Guerra D. Juan de Dios Peza*.

En este folleto decía cosas como éstas:

La firmeza que S. E. ha demostrado para hacer dormir este negocio, hace honor a su energía.

Se procuró arrebatarnos el mando que ejercíamos, para dárselo al Teniente Coronel D. Ignacio de la Peza, sobrino de S. E. Para llegar a este fin; se apeló a los medios reprobados de cargarnos cantidades que no habíamos recibido, y de declarar nulas las órdenes por escrito del General en Jefe.

Las consideraciones que nos prodigaba el ilustre General D. Antonio Corona, siendo ministro de la Guerra, el participio que contra nuestra voluntad nos daba dicho señor en el despacho de algunos negocios, lo cual hería el amor propio del E. Sr. Peza, y tal vez las instancias que aquel General nos hizo para que, a pesar de nuestra juventud, nos encargáramos de la Oficialía Mayor, que entonces servía el actual E. Sr. Ministro, y cuyo puesto no quisimos aceptar, son las únicas fuentes de los resentimientos de S. E.

El consejo de guerra que le juzgó, se componía de los ex-generales Miñón, Iglesias, Obando, Galindo y Zavala. Fue absuelto únicamente del cargo de falsedad y sentenciado a tres años de prisión por el de irrespetuoso. El mismo se defendió y con maestría tal, que su alegato llamó la atención de los jurisconsultos. Su pena fue conmutada en deportación a Yucatán, de la cual el Emperador le indultó espontáneamente a los cuatro meses.

Cumplida su condena, atacó al Imperio desde los escaños de la defensa en los consejos de guerra, donde su palabra erudita y convincente solicitábanla los procesados.

Desocupada la República por el Ejército francés, Arellano, como al principio de la Intervención y el Imperio, entró de lleno a figurar en la política y marchó con Miramón a hacer la campaña contra la República, hasta el sitio de Querétaro, donde los traidores expiaron sus culpas.



Arellano hace mucho mérito de su adhesión y servicios al Imperio y de su escapada a la caída de la plaza, afirmando que, debido a su arrojo y desafiando peligros sin cuento, evitó caer en manos de los republicanos y salir de aquella ciudad, atravesar un camino difícil, llegar a Tacubaya y penetrar en el sitio de México.

Pues bien: Ramírez de Arellano, no solamente traicionó a su patria, defendiendo la Intervención y el Imperio; sino que también traicionó al Imperio y a su Emperador. No es cierto que haya escapado de Querétaro gracias a su sagacidad y audacia: se salvó gracias al general José Montesinos,<sup>1</sup> que le escondió, y al general Mariano Escobedo, que le dio una carta para el general Porfirio Díaz, a quien se le presentó en Tacubaya, poniendo en sus propias manos la carta de Escobedo.<sup>2</sup> Arellano, a su llegada a Tacubaya, buscaba al general Francisco Vélez; mas no habiéndole hallado, se le condujo ante el general Díaz, quien dio orden a su ayudante Bucheli para que le pasara de la línea republicana, resguardado de todo peligro. Debía entrar en México a condición de informar con verdad sobre la caída de Querétaro y la prisión de Maximiliano, Miramón y Mejía. Entró por San Cosme, punto del general Manuel Díaz de la Vega; pero una vez adentro, en lugar de cumplir el solemne compromiso, cuya paga fue su salvación, traicionó a sus protectores Montesinos y Escobedo, dando en plena junta de ministros, presidida por el general Leonardo Márquez, la noticia de que Maximiliano había roto el sitio, derrotado a las fuerzas republicanas y venía en camino para auxiliar a México.

Ocupada esta ciudad por el general Díaz, Arellano se escondió en una cervercería de San Antonio Abad y después en una casa de la calle de la Alhóndiga, que habitaba oficiales republicanos de Sinaloa. Allí le visitaban su madre y los licenciados Ramírez Borbollón y Joaquín Alcalde, con quienes solía cenar y jugar al tresillo.<sup>3</sup>

En noviembre de 1867, partió a Europa. Salió de la ciudad a plena luz en traje de cochero, en cuyo oficio estuvo ensayándose para salir con bien. En la hacienda de Quintanilla se le rompió el carruaje y fue a dar con el señor Atenógenes Moreno, hijo del general José de la Luz Moreno. La fortuna le amparó y siguió su camino a Veracruz, donde le esperaba el capitán Patricio Rodríguez,

<sup>1</sup> Entrevista con el general Julio M. Cervantes.

<sup>2</sup> Entrevista con el general Porfirio Díaz.

<sup>3</sup> Entrevista con el doctor Juan Ramírez de Arellano, su hermano.



su ayudante en Querétaro, con su equipaje. A punto de embarcarse, dirigió este telegrama al periodista Francisco Zarco, su implacable enemigo político:

“En este vapor . . . se va fugado el general Manuel Ramírez de Arellano, que fungió de director de artillería durante el Imperio.”

Aribó a Francia y sufrió penalidades y estrecheces en París, no obstante la ayuda pecuniaria que le situaban religiosamente sus hermanos. Cuando éstas parecían no tener alivio, aquel don Ramón Guzmán, a quien engañó con vileza, le abrió sus bolsillos.<sup>4</sup> Aquí publicó en francés su libro *Últimas horas del Imperio*, con ayuda, nada más en la corrección del idioma, de G. Hugelmann, siendo hasta las Consideraciones del traductor, que están en el comienzo, del mismo Arellano.<sup>5</sup>

De París pasó a Roma, donde vivió del socorro de algunas personas, una de ellas doña Manuela Forbes, de la familia Barron, dama que fue modelo de caridad cristiana, toda su vida.

Mitigaba su nostalgia escribiendo dos libros, que se titularían *La ciencia de la guerra é Historia del Imperio de Maximiliano*.

Agobiado por una fiebre romana, un sastre, amigo suyo, Valentino Vacchi, le condujo a San Marino; en seguida pasó a Rimini, donde, exacerbada su enfermedad, entró en el Hospital Civil; pero dejemos la palabra, para saber cómo fue su agonía, a la hermana Bonelli, superiora de las hijas de la Caridad, que le cerró los ojos:

El día 3 de octubre de 1877, entró en este Hospital el señor don Manuel Ramírez de Arellano, como abandonado y debilitado por la enfermedad que lo agobiaba, pero con su espíritu bastante tranquilo.<sup>6</sup> En su larga y dolorosa

<sup>4</sup> Confesión del mismo Arellano en cartas a su familia.

<sup>5</sup> Así lo afirma en carta escrita a uno de sus hermanos.

<sup>6</sup> Ratifica la autenticidad de este relato la carta que sigue, cuya traducción al castellano, así como la de aquél, debemos a don Antonio del Sordo, profesor de italiano en el Conservatorio Nacional de Música y Declamación:

“Rimini, abril 11 de 1878.—Respetable señor:—La carta que se encuentra a espaldas es suscrita por la Hermana Bonelli, superiora de las hijas de la Caridad que se encuentran en este Hospital, en el cual fue recibido el muy querido señor general Ramírez de Arellano. La carta manifiesta la pura verdad, particularmente en lo que se trata del dinero dejado por el difunto.—Para honra del general y consuelo de su entera familia, puedo asegurar que en toda su enfermedad, y muy particularmente en las últimas horas de su vida, dicho señor conservó sentimientos muy vivos y edificantes de piedad y fe. Dispuse que en su misma recámara se levantara un altar para celebrar la misa, como ardientemente deseaba el enfermo, pero no alcanzó el tiempo para esto.—Que se consuelen sus parientes, que se acuerden de él sus buenos amigos; el general ha muerto como ferviente católico, ha muerto como vivió; su nombre es una lección, su muerte



enfermedad, que lo atormentaba, no se le vio jamás molesto ó impaciente; más bien siempre resignado a la Voluntad Divina.— De vez en cuando expresaba la grande pena que tenía por su lejana familia, y decía: ¡Ay, pobres hijos míos! después volvía a tomar su calma acostumbrada. Le gustaba que le hablasen de la Sma. Virgen, hacia la cual tenía mucha devoción. Tenía siempre bajo de su almohada un estuche que contenía la imagen de la Dolorosa, más una medalla de la Purísima, que llevaba la fecha del 8 de diciembre de 1875, en cuyo día, decía, había recibido la Comunión de las manos del Sto. Padre Pío Noveno; después un curso de Ejercicios Espirituales. Se mostraba muy agradecido por los cuidados que se le hacían, y a cada pequeño servicio correspondía con sinceras gracias. En su enfermedad, tuvo algún intervalo de mejora, y entonces se consolaba con la esperanza de volver a ver a su amada familia. Mirando, después, que la enfermedad progresaba siempre más, pidió una junta de médicos, y por tanto se llamaron tres facultativos, quienes examinando la enfermedad, la encontraron muy adelantada para poder poner algún remedio; todavía recetaron algunas medicinas, que fueron luego suministradas, pero que para nada sirvieron.

Después de esto, él comprendió que no podía esperar una mejoría, y se dispuso a recibir los últimos auxilios de nuestra Santa Religión, lo que se verificó el día 7 de diciembre. Hizo su confesión a muy respetable sacerdote, con verdaderas muestras de arrepentimiento; después quiso que el Capellán le hiciera alguna lectura espiritual, que le sirviera de preparación a la Santa Comunión. A la mañana siguiente, se hizo leer los actos preparatorios, y después pidió que se le leyesen los actos de gracias; en una palabra, comulgó con toda devoción, que llamó la atención de todos aquellos que lo circundaban. Pasó todo el resto del día, como de costumbre.

Al oscurecer tuvo profundo sueño, despertándose a cada rato, y hablando de cosas religiosas, sobre todo parecía gozaba hablando de la Santísima Virgen, tanto que quiso contar minuciosamente la historia de la aparición de la Santísima Virgen de Guadalupe y la tierna devoción que para Ella tienen los mexicanos. Esta historia la contó con mucho trabajo, por el cansancio de la enfermedad; le aconsejamos de dejarla, porque se cansaba mucho, y a pesar de esto seguía hablando con tanto éxtasis que nos arrebatava. ¡Ha sido su último discurso!

A las seis y media de la mañana del día 10 perdió el habla, mas no los sentidos; después le fue suministrada la Extremaunción, que recibió con perfecto conocimiento y verdadera devoción. Tenía en sus manos un crucifijo, y de rato en rato lo acercaba a la boca, besándolo con ternura; estuvo después, cerca de

---

un ejemplo, su fin una gloria.— Todos debemos aprovechar de esto con la ayuda de Jesús, como yo prometo hacerlo para siempre.— Su Dvmo. servidor en Jesús.— Luis Rafael Zampetti, Obispo de Rimini.”



tres horas, sin conocimiento, y a las doce y cuarenta y cinco minutos expiró, entregando su bella alma a Dios Bendito.<sup>7</sup>

Mucho se hizo para que le fuesen tributados los honores militares, pero nada se pudo obtener, pues no se encontraron documentos bastante auténticos. Le fueron prestados los últimos servicios por la servidumbre de la casa, que llevaron el cadáver a la iglesia, a donde se le cantó una misa, y después fue transportado al cementerio, en cuyo lugar se le hizo levantar una pequeña tumba por el señor Valentino Vacchi, expresamente ó a propósito; y este señor retiró el dinero y los efectos pertenecientes al difunto. Es preciso tener presente que en el curso de la enfermedad el señor Arellano hizo muchos gastos en vestidos y otras cosas.

Ramírez de Arellano estaba a punto de regresar a México, perdonado de sus graves faltas por el presidente de la República, general Díaz. Iba a recibir el dinero para su retorno, que sus hermanos le enviaban; mas cuando llegó, había expirado el proscrito infortunado.

En su abandonada tumba, llamada a desaparecer próximamente, por las obras de ensanche, que se hacen en el cementerio, se lee este epitafio:

Aquí duerme el sueño eterno  
*Manuel Ramírez Arellano*  
desterrado mexicano  
General del Primer Imperio  
que con extraño valor  
privado del beso de sus deudos  
á la edad de 45 años  
consumido por una lenta enfermedad  
rindió su alma al Hacedor  
el 10 de diciembre de 1877.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> En el nombre de Dios y así sea.—El que suscribe declara y atestigua a quien toca, que el señor don Manuel Ramírez de Arellano ha muerto en este Hospital Civil el día 10 de diciembre de 1877, a las 12 y tres cuartos p.m., con todos los Sacramentos que nuestra Santísima Religión Católica confiere a los enfermos, habiéndose confesado y comulgado el día ocho de diciembre, consagrado a la Inmaculada Concepción, y en la mañana del día 10 recibió el Sacramento de los Sagrados Oleos con Bendición Papal, todo con mucha fe y devoción.—En el día siguiente se ha celebrado por su alma un decente Oficio, y después se ha llevado el cadáver al cementerio público, depositándolo en el sitio para él comprado por un amigo suyo de San Marino.—Tanto puedo certificar y en confirmación suscribo el presente en el Hospital de Rimini, hoy, abril 10 de 1878.—Dr. Pedro Giulianelli, Capellán del Hospital.— Un sello que dice: Parroquia de Santa María de la Nieve.

<sup>8</sup> Debemos estos datos al Cónsul don Enrique Angelini y la traducción de ellos al inteligente literato don Enrique Fernández Granados.



## EL LIBRO

### LOS TRAIADORES DE LOS TRAIADORES

El general Manuel Ramírez de Arellano murió en el Señor; pero creemos que la absolución que le dio su confesor, al cerrar los ojos, no es válida como católica, ni menos como cristiana, porque teniendo en la punta de la lengua su pecado moral más nefando, no lo confesó.

—Padre —debía haber dicho para entrar en el descanso eterno— acúsome de que he escrito un libro titulado *Últimas horas del Imperio*, en el que yo soy también pecador de lo mismo que abomino.

Mas no ha sido así: en este libro hermoso, en que hay sinceridad y vehemencia, el autor vela sus faltas graves con la maestría que le dan su talento y su pasión.

Este libro vive todavía la vida intensa que le trajo al mundo. Su lectura entristece o alegra, hace despreciar u odiar, hace cruel o humaniza; pero no infunde en el ánimo la conmiseración para esos desgraciados réprobos, culpables de traición a la patria, que el autor retrata a rasgos.

Leonardo Márquez, Tomás Mejía, Severo del Castillo, Santiago Vidaurri, Quiroga, Ramón Méndez, Silverio Ramírez, Tomás O'Horán, son figuras antipáticas, en quienes ni por asomo hay gratitud a la patria.

El Emperador, con sus malas entrañas é hipocresías, y Bazaine, con sus malas entrañas, asomaron también en esta escena para ser más odiados.

Treinta y seis años no han bastado para apagar siquiera el rescoldo de las cenizas del Imperio.

A tres mexicanos se les debe el Imperio de Maximiliano: a don José María Gutiérrez de Estrada, presidente de la diputación mexicana que fue a Miramar a ofrecerle el trono; al general Juan N. Almonte, alma de las revoluciones del partido clerical y consejero y guía del invasor ejército francés; y a don Pelagio Antonio de Labastida y Dávalos, arzobispo de México, que tentó con una acción impura en las Tullerías a Napoleón III y llamó “enviados del cielo para reparar todas las ruinas y estragos de México, a Maximiliano y Carlota.”

El primero de estos perversos mexicanos fue centralista en 1831, federalista en 1834, y trajo, después de cuatro años de correrías por Europa, la idea de implantar una monarquía constitucional ejercida por un príncipe extranjero; sin embargo de proclamar, como Chateaubriand, que la República representativa será el estado futuro del mundo y que casi le parecía todavía tiránico aún el más libre de los gobiernos conocidos.<sup>9</sup>

El segundo, siendo ministro de guerra en la época de Bustamante, combatió a los liberales; mas luego que vislumbró el triunfo de éstos, pasóse a sus filas.

Nombrado ministro en Francia, por Paredes, permaneció en Veracruz so pretexto de no poder embarcarse por no haber buque; pero la verdad era que estaba entendiéndose con el gobernador del estado para derrocar a Paredes.

Fue amigo y protegido de Santa Anna, y luego uno de sus mayores enemigos.

Hecha la paz con los Estados Unidos, se propuso como candidato a la presidencia.

Cuando estuvo en Madrid, así que vio que Miramón era bien recibido por el alto clero y tenía conferencias secretas con el gabinete O'Donnell-Posada, el cual pretendía ponerle a la cabeza del régimen dictatorial que proyectaba imponer a México, entréronle celos y partió a París, donde, unido al arzobispo Labastida, dio ser a la candidatura de Maximiliano.

Fue amigo de Juárez, durante su gobierno en Oaxaca, y escribió y dedicó al Estado en 1852 su libro *Manual de guerrillas para la guardia nacional del Estado libre y soberano de Oaxaca, ó sean Breves instrucciones para el servicio de los puestos avanzados de campaña, compiladas de los mejores autores*. Juárez mandó

<sup>9</sup> Carta dirigida al Exmo. señor Presidente de la República sobre la necesidad de buscar en una Convención el posible remedio de los males que aquejan a la República y opiniones del autor acerca del mismo asunto, p. 39.



imprimir competente número de ejemplares y los distribuyó entre las tropas y los pueblos amagados de la invasión extranjera.

Entre los elementos de su carácter, sobresalía la venganza.<sup>10</sup>

El tercero empleó toda su vida en fomentar las disensiones, derrochando el dinero de la Iglesia, sin importarle la paz y el progreso de México, ni a la misma patria. Cuando no pudo dirigir a Maximiliano en su política, suministró dinero y obligó a muchos sacerdotes a que engrosasen las filas de los descontentos.

Estos tres: Gutiérrez de Estrada, Almonte y Labastida debían formar un triunvirato que serviría de transición entre el gobierno republicano y la monarquía austriaca. Los tres se acordaron de Maximiliano para elevarlo al trono y pusieron su candidatura bajo el amparo de Luis Bonaparte.

Y los tres ellos, a poco de llegar la Intervención, su primera obra, le volvieron las espaldas y la minaron con su conducta de discordias, porque Forey deslizó en su manifiesto a la nación mexicana, el 12 de junio de 1863, “que el Emperador vería con placer, fuera posible al gobierno proclamar la libertad de cultos, este gran principio de las sociedades modernas.”

<sup>10</sup> El señor Gabriel Benítez, ilustre diplomático paraguayo, con cuya amistad nos honramos, hace esta descripción, que no carece de interés por haber sido testigo de los sucesos referentes a México en Francia:

¿Qué puedo decirle, señor Pola, de sus compatriotas los generales Miramón y Almonte, y los Señores Hidalgo y Gutiérrez, que usted no conozca históricamente mejor que yo?

Sin embargo le diré que yo conocí al general Almonte como Ministro del gobierno republicano de México en Francia, y al señor Hidalgo como representante diplomático en París, del invasor extranjero. Creo que posteriormente el general Almonte se hizo monarquista, y formó parte de la Comisión de mexicanos que fue a ofrecer la corona imperial al príncipe Maximiliano de Austria. Ambos, Almonte é Hidalgo, tuvieron fácil acceso en las Tullerías, sobre todo el último. La bella Emperatriz Eugenia [que decía, *test maquerre*] le trataba con mucho favor; pero entre los representantes diplomáticos y los nacionales de las Repúblicas Americanas no gozaban de ninguna consideración.

No podía ser otro modo, por el aborrecible rol que jugaban. Los franceses no les apreciaban tampoco por el mismo motivo. Llegaron a ser más desconceptuados todavía, a medida que la campaña militar y la influencia de la Francia en México la debilitaban, con motivo de la actitud de Estados Unidos.

Vd. sabrá que la campaña militar contra México fué antipática en Francia. En la prensa y en el Parlamento de aquella gran Nación, fue muy combatida la política de Napoleón III. Los notables oradores Thiers, Julio Favre, Emilio Ollivier, Picard y otros, la atacaban con energía. De manera que la decadencia del prestigio del Soberano francés empezó con la guerra de México, y acabó en la catástrofe de Sedan.



Según confesión de los imperiales, de la flor de la monarquía, todo fue una serie de traiciones durante la Intervención y el Imperio.

El general Agustín Pradillo, “que tuvo la fortuna de que sin ser príncipe, estuviese al lado de Maximiliano desde los primeros días de su llegada a México, obteniendo progresivamente su afecto y confianza,” dice que Napoleón traicionó a lo pactado y a la obra en que tanta parte tenía, abandonando la empresa, retirando su ejército y entregando sin defensa las principales ciudades de México a las tropas republicanas.<sup>11</sup>

El licenciado Ignacio Alvarez, llamado cronista de Su Majestad por los mismos imperiales, dice, juzgando a Napoleón y a Maximiliano con motivo de la convención firmada en el palacio de Miramar, y concertada anteriormente por ambos en las Tullerías:

Los dos Emperadores jugaron con la suerte de un pueblo y faltaron a sus más grandes y solemnes compromisos, contrayéndose una responsabilidad inmensa.

El mariscal Bazaine, a quien Maximiliano colmó de honores y le regaló el palacio de Buenavista, el día de su matrimonio con la señorita Josefa Peña y Azcárate, fue el segundo gran traidor: propuso armas, equipo y vestuario, a precios ínfimos, al general Porfirio Díaz, que no quiso comprarlos, porque, no obstante lo bajo de su precio, estaba seguro de poderlos obtener a otro aún más bajo, como sucedió: pues los declaró contrabando de guerra y los persiguió, ofreciendo un tanto por ciento a los denunciantes, con la más plena garantía de sigilo.<sup>12</sup>

Pero hay más, según Arnold de Thiers, el mariscal Bazaine trató con los señores Malo, Montes y Rincón, para que el 12 de septiembre de 1866, a las dos de la mañana, hicieran una manifestación popular contra el Imperio, a fin de destronar a Maximiliano y proclamar dictador a aquél; y el 22 de octubre del mismo año, a las cinco de la tarde, entregó al Cónsul de México en Viena dos órdenes contra el tesoro francés, pagaderas en París, de los fondos secretos puestos a su disposición, el 21 de diciembre, y de las cuales una de 20,000 francos, marcada A,<sup>2</sup> era para Hergsfeld, y la otra marcada A,<sup>5</sup> para

<sup>11</sup> *Maximiliano y los últimos sucesos del Imperio en Querétaro y México*, por Ignacio de la Peza y Agustín Pradillo, pp. 135 y 137.

<sup>12</sup> Entrevista con el general Porfirio Díaz.



el coronel austriaco Kodolich, haciendo el valor de ambas letras 250,000 francos: paga de estos dos personajes para que por su influencia, sus consejos y todos los medios posibles, lograsen la abdicación y marcha de Maximiliano a Europa, Pero habiendo fracasado el complot, Bazaine puso un cable grama para que las libranzas no fuesen pagadas.

Según el licenciado Ignacio Alvarez, el llamado cronista de Su Majestad, don Joaquín Velázquez de León, ministro sin cartera del Imperio, traicionó, firmando el tratado secreto de Miramar; y el general Almonte, también, porque se declaró en favor de las leyes de Reforma, durante la Regencia. Además, éste y el general José Mariano de Salas traicionaron al arzobispo Labastida, expidiendo, como miembros de la Regencia, el decreto en que se prevenía la circulación de los pagarés otorgados por los bienes de la Iglesia.

Almonte traicionaba también sus convicciones: desde hacía mucho tiempo había expresado esta opinión acerca del establecimiento de una monarquía en México, trayendo un príncipe extranjero, en una nota que, con el carácter de ministro de la guerra, dirigió, el 22 de octubre de 1840, al general Gabriel Valencia, jefe entonces de plana mayor del Ejército: “de cuyo precioso bien (hablaba entonces de la Independencia) quedaríamos privados sí, *lo que es imposible*, llegase a tener efecto el anti-nacional proyecto de establecer en nuestro país una monarquía regida por un príncipe extranjero que, para sostenerse, necesitaría traer consigo un ejército, contra el cual combatirían de nuevo los mexicanos, para volver al goce de su independencia y de la libertad que han adquirido al precio de tantos sacrificios: cuyo hecho no sería dudoso, porque si el héroe de Iguala con todos sus títulos a la gratitud nacional corrió una suerte desgraciada en el memorable Padilla, *con cuánta más razón debe creerse que sería peor la de cualquier otro*. Puede, pues, asegurarse que México jamás será pacificado, regido por ningún monarca, y especialmente si fuere extranjero”.

El general Miguel Miramón, que se le tiene por el servidor más leal del Imperio, traicionó a Maximiliano, no sólo entrando en inteligencia con los liberales,<sup>13</sup> sino tratando de aprovechar todas las circunstancias para proclamarse presidente,<sup>14</sup> y hasta intentar, la noche de 21 de abril de 1867, aprehender al Emperador,<sup>15</sup> porque le importaba poco a éste y el Imperio.

<sup>13</sup> *Maximiliano, Emperador de México, su vida y su muerte*, p. 101.

<sup>14</sup> Afirmación del general imperial Ramón Méndez.

<sup>15</sup> Félix de Salm Salm, *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, trad. Eduardo Gibbon y Cárdenas, p. 134.



El general Tomás Mejía, otro de los jefes *fieles* al Imperio, trató de escapar del sitio de Querétaro, disfrazándose de indio.<sup>16</sup> Cuando la contienda en la Cruz, el 14 de marzo, estando el Emperador en un punto de peligro, prorrumpió, suplicándole se hiciese a un lado: “Considere Vuestra Majestad que si le matan, todos nos pelearemos entre nosotros por la presidencia”.<sup>17</sup>

El general Ramón Méndez, otro jefe *fiel* al Imperio, en la imposibilidad, por sus crímenes, de entenderse con el Partido Republicano, se unió al general Mejía y otros jefes, para ver de qué manera se capitulaba. Y tanto éste como aquél, al pesar las consecuencias de la discordia que reinaba, se fingieron enfermos.

El general Silverio Ramírez, so pretexto de un ataque contra los sitiadores, trató de entregar un punto de la plaza de Querétaro al general Ramón Corona.<sup>18</sup>

A los generales de brigada Francisco Casanova y Manuel Escobar se les separó de sus líneas, por desconfianza de su lealtad.<sup>19</sup>

El comandante Carlos Adame estuvo preso e incomunicado por estar en relación con los republicanos.

La Gendarmería en masa, con sus oficiales y jefe, estuvo también presa, por igual causa.

Los fracasos continuos para salir con bien de Querétaro, los atribuye el príncipe de Salm a malignidad de Miramón. “Antiguamente, dice, Márquez era el espíritu maligno del Emperador; esta vez lo era Miramón: el primero de éstos es un traidor vil; el segundo pagó con su sangre, al mismo tiempo que la del Emperador; y mientras no haya pruebas de lo contrario, creemos que Miramón, aunque completamente poseído de ambición personal, estaba más bien ciego por sus propias ilusiones y llevado por su ligereza, de intento engañaba al Emperador y le aconsejaba mal, con el fin de elevarse con la caída de éste”.<sup>20</sup>

Y en estas recriminaciones a Miramón, no contamos su salida al campo republicano, donde conferenció con el general Rocha.

<sup>16</sup> Proceso abierto al general Escobedo por su Informe al Supremo Gobierno, en el que fueron secretario el licenciado José Olmedo y Lama, y escribiente el capitán 1° Enrique Sandoval.

<sup>17</sup> Félix de Salm Salm, *op. cit.*, p. 63.

<sup>18</sup> *Maximiliano, Emperador de México, su vida y su muerte*, p. 101.

<sup>19</sup> *La toma de Querétaro*, por Miguel López, p. 11.

<sup>20</sup> Salm, *op. cit.*, p. 145.



Dentro del mismo sitio había imperiales que informaban espontáneamente de cuanto acontecía a los sitiadores. Uno de ellos era el doctor Vicente Licea.

Mas no sólo se traicionaban los traidores entre sí en Querétaro, también se traicionaban en México: el general Tomás O'Horán ofrecía al general Porfirio Díaz la entrega de la plaza y del general Leonardo Márquez.

Este entendíase muy bien con don Juan José Baz, el célebre liberal rojo, que le tuvo escondido en su casa y despistaba a la policía para que no diera con aquél. Más aún, la señora su esposa, de grandes virtudes, fue la autora de la carta de recomendación que Márquez presentó en Veracruz a don Jorge de la Serna, para ser protegido y para que escapara con buen éxito en 1867.

Don Nicolás de la Portilla, Ministro de la Guerra de Maximiliano, tenía un salvo-conduto para salir de la ciudad y entenderse con los republicanos.<sup>21</sup>

<sup>21</sup> Guadalupe Hidalgo, Mayo 3 de 1867. —Mi querido amigo.— Mientras que sitiaba a Puebla, supe que Márquez abandonaba México para marchar contra mí con cinco mil hombres. Os confieso que me ví afligido para tomar algún partido. ¿Qué debía yo hacer? ¿Levantar el sitio y marchar al encuentro de Márquez, esperar su venida, ó bien dar inmediatamente el asalto? Esto último fue mi resolución.

“El suceso favoreció la impetuosidad de nuestras tropas, que, aunque poco aguerridas, asaltaron con gran valor las posiciones de los imperialistas, sin hacer caso del fuego nutrido de fusilería y de las granadas de mano que se les lanzaban de lo alto de las casas y de los balcones. Cuando los atrincheramientos fueron tomados, los soldados de la guarnición que se habían refugiado en el interior de las casas, temieron ser atacados por retaguardia, abandonaron sus escondites y fueron hechos prisioneros. Las alturas de los alrededores estaban aun ocupadas por el enemigo; pero su guarnición capituló poco después.

“Desde luego pude marchar al encuentro de Márquez. Con la ayuda de una división de caballería mandada por el general Guadarrama, y destacada del ejército de Escobedo, lo derroté completamente.

“La derrota de Márquez tuvo lugar el 10 de abril, aniversario del día en que el austriaco había aceptado la corona de México, en 1863. Había resuelto atacar inmediatamente a México, y aun me puse en marcha con intención de fijar mi cuartel general en Tacubaya, pero el general Escobedo llamó la división de Guadarrama, y me ví obligado a cambiar mis planes y establecerme aquí. Poco tiempo después de mi llegada, el padre Fischer, confesor de Maximiliano, vino a hacerme proposiciones inaceptables, que rechacé inmediatamente. En seguida la princesa prusiana Salm Salm, mujer de un ayudante de campo de Maximiliano, vino a verme para pedirme un salvoconduto, a fin, según decía, de volver a Querétaro a exponer a Maximiliano la situación de México y persuadirlo de que se rindiese Querétaro. Igualmente rechacé esta proposición, pues, para hablarlos francamente, yo no tenía confianza en sus resultados.

Como plena ratificación de lo que afirmamos acerca de la perversidad de los traidores, publicamos esta hermosísima carta del general Porfirio Díaz, cuyo tono hay que explicarse por su estado de ánimo en aquella época de revueltas sin tregua y en que la integridad de la patria y el sostenimiento de la República eran la bandera del Partido Liberal:



Las mismas tropas austriacas, según el general Agustín Pradillo, traicionaban al Imperio, celebrando tratados o convenios por mediación del barón de Lago.

Durante el sitio de México, fueron juzgados por delito de traición el teniente Bourlon y los subtenientes Certain y Caret.

Manuel Domenech, capellán del ejército francés en México y director de la prensa en el gabinete de Maximiliano, afirma que el clero traicionaba al Emperador, y que a su vez el Emperador traicionaba al clero, reconociendo las leyes de Reforma y buscando la amistad de Juárez.

Hay que reconocer que, dadas tanta infidencia y malignidad, Maximiliano, agobiado por una enfermedad secreta, contraída en su juventud tempestuosa, que le había hecho perder su virilidad; Maximiliano, para salvarse de los efectos de las discordias entre sus mismos partidarios, de quienes desconfiaba más que de los mismos republicanos, sus enemigos, se encontró en la necesidad de entregar la plaza de Querétaro.

---

Antes de mi llegada frente a México, Portilla, que se hacía llamar ministro de guerra, ofreció poner la ciudad en mis manos, con tal de que le diese garantías de seguridad personal. Por otra parte, O'Horán me hacía la misma oferta, añadiendo que si le garantizaba la vida y le daba un pasaporte para el extranjero, me entregaría a Márquez. (Los malvados siempre se traicionan, aun estando a la vista los unos de los otros).

Actualmente nuestras baterías están establecidas a 200 metros de las fortificaciones enemigas, y continuamos nuestros trabajos de zapa, de manera que caiga prontamente en nuestro poder la capital de la República, ya sea por un asalto, ya por una capitulación.

En el interior de la ciudad no hay violencia ni extorsiones a que no haya recurrido Márquez para hacerse de dinero y para aumentar su ejército. Los comerciantes extranjeros han cerrado sus establecimientos, y están actualmente bajo la protección de sus ministros respectivos, que han protestado contra los actos de Márquez. Los diarios de ayer anuncian que éste último debe expedir una nueva orden muy rigurosa contra los comerciantes. El cuerpo diplomático parece estar deseoso de dejar la ciudad y retirarse a Tacubaya. Naturalmente, yo no reconoceré a sus miembros como funcionarios oficiales, sino como simples particulares.

El general Bazaine me ha mandando ofrecer, antes de su salida, por medio de un tercero, entregarme las ciudades ocupadas por los franceses, y también a Maximiliano, a Márquez, a Miramón, etc., con tal que accediera a una proposición que me hacía y que rechacé porque no la creía muy honrosa. Otra proposición también se me ha hecho por el intermediario de Bazaine, para la compra de 6,000 fusiles y 4 millones de cápsulas. Si lo hubiera deseado, también me habría vendido cañones y pólvora, pero yo rehusé aceptar estas proposiciones. La intervención y sus resultados nos han abierto los ojos, y en lo de adelante seremos más prudentes al tratar con las potencias de Europa, y especialmente con la Francia.— *Porfirio Díaz.*"



¿Y de quién debía valerse sino de su amigo y compadre, el coronel Miguel López, a quien “el Emperador, dice el príncipe de Salm, confiaba cosas que no debía”.<sup>22</sup>

Uno de estos grandes traidores, tal vez el más renombrado, José María Gutiérrez de Estrada, falleció en Europa dos meses antes del fusilamiento de Maximiliano, habiendo dado este sabio consejo, desde 1840, a los políticos mexicanos de la época: “Si esta nación, por su corta edad, se entrega sin parar a continuos desórdenes; si se halla condenada a vivir todavía por mucho tiempo en tan peligrosa *infancia*, es preciso convenir en que se necesita de un tutor o pedagogo, que armado de competente autoridad y poder, ponga término a semejante estado de cosas, y le haga entrar en el camino de la discreción, del honor y de la virtud”.<sup>23</sup>

<sup>22</sup> En la obra *El General Miguel Miramón*, que son sus memorias, se lee en el 2º tomo, p. 141, edición de El Tiempo, diario conservador y admirador incondicional del valiente militar imperial:

Miramón deploraba tener como jefe a un príncipe débil que en la intimidad prestaba oídos a los consejos de un coronel tan ignorante como López, y tener que combatir en un ejército cuyo jefe de estado mayor era Márquez, su enemigo mortal, y verse obligado a luchar una vez más con Méndez, hombre extraordinariamente envidioso, no obstante sus brillantes cualidades militares”.

<sup>23</sup> Carta citada, p. 72.





## MAXIMILIANO

### CÓMO ENTREGÓ LA PLAZA DE QUERÉTARO

La Historia es concisa y seca en su enseñanza de la ocupación de Querétaro, no obstante ser ésta un punto capital, cuyos detalles dejarían menos duda en el ánimo sobre la traición de Maximiliano que la duda que deja la lectura del suceso narrado en globo. Dicen los autores de Historia, los que más dicen: que el coronel Miguel López salió del sitio la noche del 14 de mayo y que en la madrugada del 15 entregó la plaza por el punto de la Cruz.

Es, pues, de importancia para la Historia saber en detalle el hecho, referido por las mismas personas que jugaron papel principal en la escena; saber por qué, a qué hora, cómo y por dónde salió López; en qué punto preciso y línea de los republicanos fue a dar; con quién habló primero, qué dijo, cómo se le internó entre la tropa enemiga, cómo habló con el general Mariano Escobedo, qué tiempo duró la entrevista y dónde fue, cómo regresó a la ciudad, qué hizo Escobedo inmediatamente después, a qué hora y cómo López volvió a salir para entregar la plaza, su encuentro con el general Vélez, el avance de éste, su entrada en la Cruz y sus movimientos y órdenes en el campo imperial.

Nuestra labor es de reportero, pero creemos que es una contribución a la Historia: en ésta los detalles explican los hechos y no el talento, ni la erudición, ni el arte literario del autor.

A los generales Julio M. Cervantes y Francisco A. Vélez se debe este glorioso hecho de armas. Su discreción y valor, a veces rayando en temeridad, que pone empeño en deslucir el partido retrógrado, constituyen el punto brillante en su hoja de servicios. Por él son acreedores a la gratitud nacional.

El porvenir les hará justicia en el desarrollo de este suceso y no se olvidará que por la República y la patria ofrecieron su vida, la cual llegó a pender a ratos hasta de cualquier cosa.

#### ENTREVISTA CON EL GENERAL JULIO M. CERVANTES

—En el mes de marzo de 1867, no recuerdo si a fines, las primeras posiciones que ocupé, fueron en el Cimatario. Mandaba entonces el general Régules; miento, el general Corona; pero, antes del famoso 27, nos retiraron. Algunos días después, me mandaron poner a las órdenes del general Rocha, que mandaba la 1ª División del Ejército del Norte. Ocupaba yo, con la Brigada de San Luis, que se componía de los batallones 3º, 4º y 5º del Estado, la margen izquierda del río que divide la ciudad de Querétaro, en lo que se llama La Otra Banda. Mi posición era la Casa de Matanza y el Panteón clausurado de San Miguel, estando siempre dentro de este perímetro y parte de lo que se llama Molino de San Antonio. Allí estuvo mi cuartel general. Pocos días después de estar en esta posición, el general Paz, Comandante General de Artillería, fue a revisar los trabajos, tanto en el Panteón como en los demás puntos. Se hizo preciso atrincherar la Casa de Matanza y levantar, entre una pequeña llanura, la Casa de Matanza y San Miguel, una trinchera que pudiera ponernos al abrigo de golpes de mano, construyendo, además, un reducto bajo mi dirección. Una vez que el general Paz me indicó que el general Escobedo había pensado nombrarme Comandante Militar del Estado y que quería saber si estaba yo conforme, contesté que sí: primero, por la distinción honrosa que se me hacía, y segundo porque, como era yo soldado, tenía que obedecer. Y allí recibí el nombramiento de las manos del general Escobedo. Este nombramiento se quemó también entre los papeles de que hablé a usted. Reconocía por origen los antecedentes de conocimiento que ya tenía de la posición de Querétaro, por mi estancia allí; puesto que, tanto en San Juan del Río como en la capital del estado, había servido y conocía algo de la localidad. Ya con el nombramiento que se me diera, me ocupé en procurar los medios para inquirir lo que pasaba en el interior, a fin de que no nos faltaran noticias, y entonces con mayor amplitud poder desarrollar mis investigaciones y saber cómo se manejaban esos señores y evitar gol-



pes de mano. A ese efecto, pude hacerme de un señor que se llamaba Juan Sánchez, alias *Camote*, y éste, aunque hombre burdo, pero de conciencia, hacía toda clase de sacrificios y daba informes, a veces inexactos, otras verídicos, porque su inteligencia no le ayudaba; además servía para ponernos de acuerdo Licea y yo; pues Licea estaba más interiorizado, porque vivía en el corazón del Imperio y tenía infinidad de amigos.<sup>24</sup>

—General, ¿qué, este Licea era el médico, que, en compañía de otros, hizo la autopsia de Maximiliano?

—Sí, y era muy bien conocido en Querétaro: no era tonto, había prestado servicios al Imperio y esto le daba ocasión de estar al tanto de todo lo que pasaba, y él me proporcionaba algunas noticias.

—Y, ¿dónde se veían ustedes?

—Celebrábamos nuestras entrevistas en una casa que se conocía con el nombre del Torreón. Juan Sánchez salía y nos encontrábamos en este punto, mediante unos alfalfares. Algunas veces penetraba yo hasta donde él estaba. Otras, intentaba que Licea saliera o Hilarión Frías y Soto; pero no siempre podía conseguirse, porque el *mieditis* que tenían no les dejaba mucho tiempo para ello. Así adquirimos las noticias más precisas y veníamos resistiendo los golpes que nos preparaban. Cuando se nos indicaba que saldría una columna por lugar determinado, se aglomeraba por allí nuestra tropa y aquella encontrábase con una masa inexpugnable, y con esto fracasaba su intento. Por fin, el día 13 de mayo en la noche hablé con Juan Sánchez y me informó del movimiento que se notaba en la plaza y de que tres columnas saldrían el 15 en la madrugada, que fue cuando ocupamos la plaza referida. Me afirmaba que saldrían tales o cuales columnas, sin saber naturalmente si su idea era la de la ruptura del sitio, concretándose a estas palabras: —Van a salir, una por el camino de Celaya; la otra por la Cañada, que es la más grande, la más numerosa; y la tercera, por el camino de México. Al tener yo conocimiento de todo esto, daba cuenta

<sup>24</sup> Félix de Salm Salm, encargado por Maximiliano de escribir la historia del sitio de Querétaro, dice en *Mis memorias sobre Querétaro y Maximiliano*, p. 152:

“Notamos que se hacían contraseñas de las diversas azoteas de la ciudad, y más tarde oímos decir que había organizado el enemigo en la ciudad un sistema perfecto de espionaje. Había un escondite de estos espías cerca de la Cruz en las casas ocupadas ya por el enemigo. Aún oficiales liberales en traje de paisanos habían estado en la Cruz.”



inmediatamente al cuartel general, que tomaba sus disposiciones, que yo conocía, y nos organizábamos para recibir el ataque. El día 14, poco antes de las seis de la tarde, más o menos, se presentó Miguel López, dando la señal de parlamento, con un pañuelo blanco enarbolado en la punta de su espada.

—¿Recuerda usted el punto preciso por donde López salió?

—Debe haber sido esto entre la calle de La Espada y los alfalfares, probablemente cerca de la casita del Torreón; vino atravesando parte de la siembra, por el alfalfar, a venir a tropezar con el puesto avanzado mío.

—¿Y quién era el jefe de la avanzada?

—El subteniente Concepción Soberanes a las órdenes del teniente Olgún.

—López, como usted se ha servido decirme, salió como a las seis de la tarde; ¿de manera que había bastante luz? ¿Era todavía de día?

—Indudablemente.—¿Qué le dijo López a Soberanes?

—Que quería hablar con el jefe de la línea; y, faltando éste, con el jefe inmediato. Y fue cuando lo metió hasta mi presencia. Yo estaba en el cuartito, de la esquina del Molino, que me servía de cuartel general. En esos momentos estaba comiendo con los coroneles Carlos Fuero, Juan López, el jefe de mi Estado Mayor Evaristo Dávalos y otros jefes, cuando llegó Soberanes con el hombre este. Le reprendí por tal imprudencia.

—¿Y qué le dijo a usted?

—¿Quién es usted? —le pregunté. —El coronel Miguel López, me contestó, del Regimiento de la Emperatriz. Traigo una misión.

—Dígame cuál es. —No puedo decir nada, hasta que no me pongan en presencia del general Escobedo.

Entonces le ordené a Dávalos que fuera a avisarle al general Escobedo, que un jefe de las fuerzas imperiales acababa de salir de la plaza y traía una misión cerca de él; que si se lo mandaba o lo retenía.

—En ese intervalo, ¿López platicó con usted?

—No recuerdo si atravesamos algunas palabras.

—¿Vestía uniforme?

—Sí; su traje de militar.

—¿Se le notaba inquietud? ¿Tenía miedo?



—No, nada: estaba tan tranquilo que ni le conmovió siquiera el recibimiento duro y cruel que le hice: no le ofrecí una silla, ni qué comer. Obraba yo con la grosería propia, con el encono que había entre un partido y otro. No se inmutó por nada de eso.

Llegó por fin mi comisionado y me dijo que la orden del general era, que retuviera yo a ese hombre hasta que viniera. A poco llegó a caballo con un ordenanza, se apeó y me dijo: —¿Quién es ese jefe? —Dice que es el coronel Miguel López, jefe del Regimiento de la Emperatriz.

Entonces salió López y saludó con mucho respeto al general Escobedo; se quitó el kepi. Esto sería como a las seis de la tarde. —¿Qué desea usted?, preguntó el general Escobedo a López. —Deseo hablar reservadamente con usted, contestó López. Y se metieron en el cuartito y nosotros nos retiramos a cierta distancia.

—¿Qué tiempo hablarían?

—Como un cuarto de hora.

Una vez que hablaron y salieron del cuartito, López le daba la mano al general Escobedo, pero se la rehusó, diciendo:—Acompañen a este hombre; que lo saquen de la línea con las formalidades necesarias, sin causarle algún mal.<sup>25</sup>

Se le vendaron los ojos a López, para volver a la ciudad; mas la parte visible, donde estaba el reducto, ya había tenido oportunidad de observarla a su entrada; de manera que hasta salió sobrando esta precaución. En seguida

<sup>25</sup> Sabemos por un altísimo personaje que López salió de las filas republicanas acompañado del general Julio M. Cervantes, quien recibió esta orden del general Escobedo:

—Vaya usted con ese hombre a ver si es cierta la misión que trae.

El general Cervantes, en compañía de López, entró en el sitio por una puerta de la Cruz y penetró en el Convento, donde subió al piso alto, en que habitaba Maximiliano. Cuando llegaron a las habitaciones de éste, López dijo al general Cervantes que esperara un momento.

—¿Y si me reconocen? —preguntó el general Cervantes.

—No tenga usted cuidado —dijo López.

El general Cervantes iba vestido de militar y su traje fácilmente podía confundirse con el de muchos jefes imperiales.

Transcurrido un instante, apareció López con el Emperador, quien, después de escuchar a López que le decía algo al oído, habló así, con voz natural, dirigiéndose al general Cervantes:

—Perfectamente autorizado, perfectamente autorizado.

Había ya obscurecido cuando el general Cervantes volvió a su punto.

Al general Cervantes, invocándole su honor, le hemos preguntado acerca de este suceso, de verdadera importancia para la Historia, y ha guardado silencio, pero sin negarlo.



me dijo el general Escobedo: —Esté usted prevenido y listo para cualquier circunstancia que pueda sobrevenir. Ya le mandaré órdenes.

—General, cuando usted sacó a López fuera de su línea, ¿hablaron algo?

—Hablamos unas cuantas palabras.

—¿No le dijo a usted si la situación del ejército imperial era muy seria? ¿Si se habían acabado sus elementos de defensa? ¿Si había perdido la moral?

—No.

—¿Le habló algo del Emperador?

—No.

—¿Guardó secreto acerca de lo que habló con el general Escobedo?

—Indudablemente, porque hubiera sido tanto como confesar a lo que iba y él se negó a decírmelo desde un principio.

Siguiendo nuestro relato, manifestaré a usted, que después de este suceso, me puse a reconcentrar mis tropas, para ponerlas en disposición de marchar. Inmediatamente, entre otras disposiciones, se dio la de que si se oían unos tiros, se dispararan cañonazos sobre el Cerro de las Campanas y las Cruces, para proteger, por lo que pudiera suceder. Sin haber oído muy bien, al día siguiente, temprano, dispuse que se tiraran algunos cañonazos y recibí luego la orden de marchar hacia el Cerro de las Campanas. Y así se verificó. Cuando llegué, Maximiliano había entregado su espada a Escobedo; Vélez, entrado en la Cruz; y las tropas, penetrado en el centro de la plaza. Después se procedió al cateo.

—Hay un hecho muy importante que debe usted conocer: la salida de Miramón para conferenciar con el general Sóstenes Rocha.

—No conozco los preliminares que hubo para ponerse de acuerdo Miramón y Rocha; pero sí sé que en el puente cercano a La Otra Banda fue donde se verificó la conferencia, a la que estuvimos presentes Montesinos y yo.

—¿Fue de noche?

—Fue por la tarde, en pleno caserío. Mutuamente se hicieron proposiciones: —Vente con nosotros, decía Rocha a Miramón.— Venga usted a nuestro partido y, entre nosotros, todos ustedes y los del Colegio encontrarán amigos y compañeros, decía Miramón a Rocha, a quien trataba con respeto y consideración.

—General, ¿usted había sido también discípulo de Miramón?

—Sí, señor.



—¿De quién partió la iniciativa para la entrevista?

—Creo que fue motivada por Rocha y autorizada por el general Escobedo. Sucedió frecuentemente esto: que siempre que Miramón ó Rocha estaban en algún punto, donde había tropas del ejército del Norte, no era atacado éste: era respetado. Pero volviendo a la conferencia, diré a usted, que no tuvo resultado de ninguna especie: en nada quedaron.

—Véngase usted con nosotros, con el Imperio, repetía Miramón a Rocha.— Pásate a nuestro partido; no es posible que pueda triunfar en nuestro país el Imperio: lo rechaza el mayor número de gentes, no hay simpatías para él, contestaba a su vez Rocha. Y la despedida fue un abrazo; sin pronosticar qué era lo que iba a suceder.

—¿Algún otro jefe de los imperiales llegó a salir de la plaza y hablar con alguno de ustedes?

—Excepto Miramón y López, al menos que yo sepa, ningún otro.

—Y usted, ¿volvió a ver a Miramón?

—Tomada la plaza y dada la orden de que nadie penetrara en ella, yo, con el carácter de Comandante Militar, me encargué de la dirección de todo: mandé capturar a los jefes y oficiales que faltaban y hacer el cateo de algunas casas; en fin, lo que en estos casos se necesita hacer. No había del Colegio sino algunos. El general Escobedo se había quedado fuera y mandado que llevaran a Maximiliano a la Cruz, y a algunos otros jefes. Yo mandé hacer la requisición de todos estos caballeros. Antes me dieron aviso de que en la casa del doctor Licea había algunos prófugos, con unas mulas de que los imperiales se servían. Monté a caballo y encontré allí a un centinela y el cabo de un batallón, apostados; les pregunté qué hacían y me contestaron: —Señor, estamos al cuidado de estos imperialistas que mataron unas mulas para comer. El doctor Licea, a quien no había visto, salió a saludarme y después de su saludo cariñoso me dijo: —Aquí tiene usted una reunión de amigos. —Veré que reunión es esa, le contesté. Había algunos jefes y oficiales. Entré en la sala, y salió la hermana de Licea a saludarme, diciéndome: —Pase usted. Me encontré a Escobar y otros, todos en el mayor desorden, algunos con los bigotes recortados: como unos cincuenta ó sesenta imperiales. Se me acercó el ayudante Segura, hablándome de esta manera: —Dicen que por aquí anda Miramón. —Si ustedes lo tienen, hice observar a la señorita, ocúltenlo bajo tres sitios de



tierra. —No está aquí, ni ha venido, ni lo conocemos, dijo ella. —Bueno: si lo quieren salvar, ocúltenlo de una manera que no podamos dar con él. Esto lo estaba yo diciendo precisamente en la misma pieza donde se encontraba Miramón. Luego dijo al coronel Refugio González: —¿Ya había usted dado cuenta de este encierro que tiene aquí? Se quedaron Miramón y algunos otros, monté a caballo y me fui. Estando en la casa de un señor Marroquín, adicto al Imperio, tomando chocolate, recibí una carta de Miramón en que me decía: “He sido descubierto; estoy herido. Te empeño mi palabra de no fugarme.” Esa carta la mandé al general Escobedo, que me la devolvió en seguida, con esta nota de su puño y letra al margen: “Queda prisionero bajo la responsabilidad del coronel Cervantes.”

Entonces regresé a la casa de Licea y hablé a Miramón: —Pero hombre, ¿qué pasó? Siempre se te había dicho el resultado. —Nada, contestó, con... y muchachos ni a bañarse... y con traidores, menos. Y dejándole un centinela, le manifesté: —Hago esto, no porque te vayas a fugar, no; sino porque pudiera venir gente de poca consideración; hago esto, para que te evites disgustos. No seguí hablándole, porque era una imprudencia; ese hombre estaba tan tremendamente excitado, que hubiera sido una crueldad. En la casa de Marroquín, al hacérseme algunas preguntas sobre Miramón, había yo dicho: —Si ustedes quieren ayudar de algún modo a Miramón, si tienen este deseo, está en la casa de Licea. Así dije por si pretendían mandarle auxilios de algún género.

Al día siguiente recibí orden de Escobedo para pasar a otra parte a Miramón. —Hay orden de que se te pase a Capuchinas, orden a la que no puedo oponerme en manera alguna, le dije; así es que mandaré que te lleven con toda clase de consideraciones.

En la celda que ocupó Miramón en Capuchinas, se le puso la misma cama que usaba en casa del doctor Licea, y siguieron curándole los mismos médicos, hasta que se restableció. Ya no volví a verle, sino el día del consejo de guerra, que se verificó en el Teatro Iturbide.

El Emperador no concurrió; lo mismo Mejía, que se encontraba enfermo. Miramón fue el único. Estaba en el pórtico en un asiento, echado para atrás, entre una valla de soldados. Entré a saludarle. —Hombre, dile al orejón, me dijo, que qué placer tiene en estarnos atormentando; ¿para qué conse-



jos de guerra y todas estas tonterías? Más valía que de una vez nos mataran y que se acabara así este mitote.

—No creo que te fusilen, le advertí. —Si no nos fusilaran, serían muy... ¡Ay de ustedes si no nos fusilan!

—General, ¿de manera que a Miramón no se le notaba sobresalto, ni menos miedo?

—Tenía su sangre entera; puede que yo esté en estos momentos más excitado, al relatar esto, que él en aquellos instantes. —Hombre, le dije, no creo esto, porque me parece que ustedes no volverán a las andadas, ni tampoco nosotros. —No volveremos, hablé, porque nos han de matar. —¿No se te ofrece nada? ¿no quieres alguna cosa? —No.

Nos despedimos y no le volví a ver más, ni el día del fusilamiento.

—¿A Maximiliano lo vio usted antes del consejo de guerra?

—Uno de tantos días, no me acuerdo cuál (yo no participaba del deseo de conocerle, porque me repugnaba el hombre, su pasado de sangre y de iniquidades con nosotros), un día de tantos, al preguntarle al médico Rivadeneira cómo seguía Miramón, me dijo: —Y al tudesco, ¿no quiere usted verlo? —No tengo curiosidad. Sin embargo, arrastrado por Rivadeneira, pasé a donde se encontraba. Estaba recostado en un catre de metal. Después de que habló con el doctor Basch, se dirigió a mí con mucha urbanidad. El médico de nosotros le dijo: —Voy a presentar a usted, Sire, al General de la plaza. Y yo, con esa vulgaridad, le di la mano; y él me la dio a su vez, quiso que no. Me encontré con una mirada muy dulce; era hombre muy educado. Se incorporó un poco y me habló así: —Me llama mucho la atención en México, y muy particularmente en las tropas liberales, la juventud de la mayor parte de sus principales jefes. ¿Cuántos años tiene usted? —Tengo veintisiete años, le respondí. —Pues me parece poca edad para un puesto tan importante, como el que está a su cargo; un puesto tan difícil no concuerda con su juventud. —Señor, hay que tener en cuenta las continuas reyertas de la Nación, que ha estado en continua lucha para conquistar su autonomía; y ha tenido, por lo mismo, que hacerse de hombres que le hacían falta. —Eso no se ve en Europa. ¿Qué grado tiene usted? —Soy coronel. —En mi país apenas sería usted capitán. —Sire, dijo uno de los que allí estaban, no habíamos dado a usted de intento una noticia cruel; pero hay necesidad de que Su Majestad la sepa.



Y con esa misma dulzura atendió lo que se le manifestaba. Era en efecto un hombre insinuante y peligroso por su fineza y su buena educación, y con modales exquisitos y manera amable. —¿Qué tenéis que decirme? preguntó. —Pues, Sire..., dijo el otro, haciendo muy bien un papel cómico, rodándosele las lágrimas. —Bien, bien, ¿qué pasa? —Su Majestad... la Emperatriz, ha muerto.

Se comprendió el esfuerzo tremendo que el Emperador hizo. Luego prorumpió: ¡Dios me ha protegido! Era lo único que me ligaba a la tierra ¡ya puedo morir!

Y dirigiéndose a mí, como si nada se le hubiese dicho, continuó: —Decía yo a usted que en Europa es imposible ver militares ocupando la clase de puestos que usted desempeña a la edad que cuenta.

—General, ¿así le habló después de recibir tan tremenda noticia?

—Sí, señor, así: con toda esa energía, con esa serenidad estoica: Era lo único que me ataba a la tierra. ¡Puedo morir a la hora que gusten!

Yo me conmoví. Se lo dijeron para tranquilizarle; fue la idea de ellos, que no se fuera al otro lado con el pensamiento de que dejaba a Carlota. Después me despedí de él y se levantó con mucha atención. No lo volví a ver, ni concurrí a su ejecución.

—¿Podría usted decirme algo acerca de la conducta observada por el doctor Licea, después de la ejecución?

—Antes deseo referir a usted un incidente, del que me acuerdo en estos momentos. Terminado el consejo, lo sentenciaron a muerte, y entonces intervino la princesa Salm Salm a fin de conseguir que Maximiliano se fugara. Hubo un pasaje entre ella y el coronel Miguel Palacios, que probablemente no habrá llegado a conocimiento de usted. Uno de tantos días que la princesa Salm estuvo a demandar gracia a Escobedo, se hizo acompañar de Palacios. —Coronel, hágame usted favor de acompañarme; no hay más que una cuadra, dijo la princesa. Llegaron a la puerta del Hotel de Diligencias. Ya había pasado lo del giro. —Acompáñeme usted a mi cuarto, habló la princesa en las puertas del Hotel. Al llegar al cuarto, prorumpió Palacios: —Hasta aquí, señora. —Voy a pasar, habló ella. Y sacando una llave, hizo que entrara el Coronel, y apenas lo había hecho, cerró violentamente y echó llave. —¿Para qué cierra usted, señora? preguntó Palacios. —Quiero, dijo la princesa, que hablemos por última vez: ¿no es bastante el dinero que se le ofrece a usted para que salve a Maximiliano?



Era una suma fabulosa, al menos en aquellos tiempos.

—¿Cómo qué cantidad sería?

—Unos cien mil pesos. El coronel Palacios respondió a la princesa: —Yo, señora, soy soldado y necesito cumplir con mis deberes.

—Con cien mil pesos en Europa, ¿qué necesita usted? arguyó la princesa. —Tal vez nada; pero no puedo, ni debo obsequiar sus indicaciones. —¿No le basta usted el dinero?

Hubo una pausa y luego prorrumpió la princesa: —¡Pues, coronel ... aquí estoy yo!

Esto decía la princesa muy nerviosa, quitándose violentamente el traje. Era notable como hermosura, y hábil también. Palacios le manifestó: —Señora, me pone usted en una posición difícilísima; sin embargo, no puedo acceder, y aun cuando quede en ridículo, como hombre, si no abre usted la puerta, salgo al balcón y doy voces. —Es usted un mal caballero, exclamó indignada ella; es usted un hombre indigno...

Y dijo otras frases de enojo, de despecho, en fin lo que sucede en estos difíciles casos. Los primeros que supimos este incidente, fuimos Escobedo y yo. Palacios salió del Hotel de Diligencias y ella se quedó enojadísima,<sup>26</sup> Ricardo Villanueva, que era ayudante de Escobedo, sabía muy bien toda esta escena; pues conocía el francés y el inglés.

—Y volviendo, general, a lo del doctor Licea, ¿recuerda usted algo?

—Ejecutado Maximiliano, se recogió el cadáver, colocándole en un ataúd y se le llevó a la iglesia de las Capuchinas, para ser embalsamado. Para esto se comisionaron a Rivadeneira, jefe del cuerpo médico del Ejército, a Licea y otros médicos. Los embalsamamientos en aquella época no eran tan perfectos como ahora. Había necesidad de la extracción de las entrañas, de lo que se encargó Licea, teniendo muy buen cuidado de guardarlas, así como todo lo demás que importaba algún mérito en lo de adelante. Comenzó por vender parte de la barba de Maximiliano. Hacía también degradantes especulaciones, humedeciendo pañuelos de las personas que iban a tributar sus últimas demostraciones de respeto y admiración al Emperador, mediante una ó dos onzas de oro. Empapaba

<sup>26</sup> Lo anterior fue transmitido de viva voz por Palacios al general Escobedo y al general Cervantes, que en ese momento se encontraba en el cuartel general.



los pañuelos con sangre y a nadie le regalaba nada. ¡Conducta verdaderamente reprochable! El comercio a que me refiero, duró no sé cuántos días; pero Licea siguió esta clase de tráfico ya no con la sangre, sino con las barbas del Emperador. Y cuando éstas se habían acabado, entonces especuló en mayor escala, aunque más groseramente: quitaba las cerdas a un caballo alazán que tenía, vendiéndolas a peso, a peseta, a como caía el postor. La ropa con que fue ejecutado, el anillo nupcial: todo lo recogió. El coronel Doria, me parece, se quedó con algo, que entregó después al Ministerio de Relaciones. No sé por qué conducto, pero el caso es que el señor Lerdo supo todo esto y entonces me puso una comunicación, ordenándome que indagara este asunto, que procurase quitar esas cosas y que recogiera todo y lo mandara a Relaciones, porque en verdad este era un acto asqueroso. Remití hasta la mascarilla de Maximiliano, la que procuré fuera bien empacada, con objeto de que no pudiera destrozarse. Con excepción del anillo nupcial, mandé camiseta, calzoncillos, botas; todo a Relaciones.

—¿Recogió usted algunos documentos?

—Licea tuvo muy buen cuidado de guardarlos.

—¿De Miramón recogió usted alguna cosa?

—De Miramón también se recogió algo y se mandó todo. Después me entregaron el cadáver del Emperador, encajonado, para que estuviera a disposición del gobierno. Lo tenía yo en un entresuelo del palacio del Estado; y fue tan mal embalsamado que al poco tiempo comenzó a descomponerse, a tal grado que la cara se llenó poco a poco de substancias verdosas e iba desfigurándose el hombre. Allí lo iba a ver todo el que quería, hasta que ordenó el Gobierno que se mandara; y fue traído en un carro por una persona que tenía una partida con mulas. El dueño se oponía; pero, después de vencer algunas dificultades, se consiguió que accediera. Y esto se hizo, porque había su excitación en Querétaro, población demasiado fanática.

—Y con Licea, ¿Qué pasó?

—Se le procesó, y creo que fue castigado.

—Y al coronel Miguel López, ¿le volvió usted a ver?

—No recuerdo bien que día; pero del dieciséis al veinte de mayo le di su pasaporte.



—¿Y a Yablonsky?

—A los dos se les dio su pasaporte.

—General, ¿recuerda usted algún otro incidente curioso, como el de Palacios, que me ha referido;

—Tengo recuerdos de otro incidente demasiado curioso. Uno de tantos días del mes de abril, en esa trinchera de que le he hablado a usted, que atravesaba desde la Casa de Matanza al panteón, había varios centinelas, y una tarde tocaba la música del batallón los Cangrejos, en son de burla al enemigo. Se enojaron los de la Cruz y empezaron a disparar algunas granadas sobre nosotros. Una de tantas cayó de tal manera, como a dos o tres pasos del centinela Damián Carmona, que, al reventar, uno de los cascos le hizo pedazos el fusil. Carmona, sin moverse de su punto, impassible, gritó, permaneciendo de pie como si nada hubiera acontecido:

—Cabo cuarto, estoy desarmado.

Yo me encontraba en el panteoncito y el comandante fue a darme parte: Ha caído una granada, ha reventado y hecho pedazos el fusil de un centinela, quien, sin abandonar su puesto, gritó: “Cabo cuarto, estoy desarmado.” Y se le ha dado otro fusil, y continúa en su guardia.

Se dio cuenta del suceso al Cuartel General, que ordenó el ascenso de Carmona a cabo, luego a sargento segundo y en seguida a sargento primero. Don Juan,<sup>27</sup> gobernador de San Luis Potosí, hizo con este motivo gran alharaca: abrió una gran suscripción de dinero entre los vecinos prominentes, compró una corona y se le compusieron versos al soldado. Más tarde se dio orden de que formaran todas las tropas y que se entregara a Carmona todo aquello, haciéndole demostraciones de afecto y reconocimiento por su valor, y se le coronó por añadidura. El señor Presidente mandó que se le diera absoluta libertad y se le regalara una regular cantidad de dinero, pero con la condición de que comprara una casa en San Miguel Mixquitic, que era su pueblo, para que se retirara del servicio. En presencia de cuatro mil ó cinco mil hombres, se le ovacionó materialmente.

En la plaza se levantó un templete, formaron todas las tropas y desfilaron ante Carmona, llevándose a efecto la entrega de los objetos y lo demás de que he hablado a usted. Carmona era un indio de un valor enteramente estoico.

<sup>27</sup> Don Juan Bustamante.



—Señor general, ¿volvió usted a ver después a Carmona?

—Últimamente, estando en San Luis, tuve oportunidad de verle: vivía en San Miguel, rodeado de muchos hijos, en la casa que le mandó comprar el señor Juárez.

Deseo recordar un hecho muy meritorio, que no sé por qué ha olvidado la Historia, señor Pola, —habló el general Cervantes para terminar; —un hecho muy digno de recordación, y es que, cuando carecíamos más de parque, cuando cualquiera salida del enemigo hubiese bastado para destrozarnos, el coronel Agustín Lozano, entonces ayudante del general Escobedo, vino de Querétaro a México, al cuartel del general Díaz, por parque. Salió con un puñado de soldados, atravesó una línea extensa peligrosísima del enemigo, haciendo jornadas sobrehumanas y jugando el todo por el todo. Cumplió muy bien su comisión; pero cuando regresó, arrojaba sangre.

Y nosotros agregamos también para terminar, que el sitio y la ocupación de Querétaro resaltan más en mérito, si se tiene en cuenta que el ejército republicano que podía hacer frente al imperial, era en número casi la mitad de éste; la demás tropa sitiadora era gente indisciplinada, mal armada y sin municiones, la cual gente a la menor embestida del enemigo daba luego las espaldas, y en grado tal, que cierta vez un grueso de ella no paró sino hasta Celaya. Pero tenía una virtud: hacía bulto ante el peligro, muchas veces sin pan y sin pegar los ojos, por sólo amor a la patria y el deber de defender a la República, cuya alma era Juárez.

#### ENTREVISTA CON EL GENERAL FRANCISCO VÉLEZ

El 14 de Mayo, a las ocho de la noche, el general Mariano Escobedo se presentó en los baños de Paté al general Francisco Vélez.

—¿Conoce usted a Miguel López? —preguntó Escobedo a Vélez.

—Sí, señor; le conozco —contestó Vélez.

—¿Qué fe puede usted tener de este hombre?

—Ninguna, señor.

—Y de los de adentro, ¿a cuál le merece usted confianza?

—Ninguno, señor.

—¿Por qué?

—Sencillamente por ser enemigo y estar al frente de nosotros.



—Pues López me ha venido a ver, de parte de Maximiliano, para la ocupación de la Cruz, y usted es el designado por mí para el mando de esta operación, para lo cual le doy dos batallones, que son Supremos Poderes y Nuevo León. A las cuatro de la mañana ha de venir López, para conducir a usted con estas tropas. Sitúese en la línea de Arce, que está frente a la Cruz, y allí espere a López; y en lo demás usted sabrá cómo se arregla este negocio.

—Todo se hará como usted me indica y espero que quedará complacido, siempre que esto no envuelva alguna traición por parte de los imperialistas; pero, permítame usted que le haga alguna observación.

—Diga usted.

—¿Por qué, señor, se ha fijado usted en mí, cuando tiene usted sesenta generales de más confianza por ser liberales probados, mientras que yo soy nuevo en este partido?

—¿Tiene usted miedo?

—Sí, señor, lo tengo; pero un miedo distinto del que usted cree.

—¿Cuál es?

—Que si esta operación fracasa, por cualquier motivo, ó por ser una celada, que hábilmente nos pone el enemigo, todos dirán que yo fui a entregar la situación, por ser los imperialistas amigos míos de ayer, y usted reportará el epíteto de tonto por haberme escogido a mí, sabiendo esto. La idea de perecer en la demanda, nada me hace; sí el que mis hijos reporten el anatema de traidores.

—Pues usted va.

—Pues iré.

Un jefe liberal, que tuvo noticia de la comisión tan delicadísima que iba a desempeñar el general Vélez, hizo ver a éste que corría inmenso peligro su vida, porque quizás era una celada del enemigo, para apoderarse de él, a su presentación en el punto.

—Tengo que cumplir la orden que se me ha dado —manifestó el general Vélez— aunque me maten; de lo contrario, aquí me matarían también por insubordinado.

A las cuatro de la mañana, prevenida la tropa que debía marchar a las órdenes de Vélez, aparecieron en la dirección de la Cruz, entre la semiobscuridad, dos bultos que avanzaban hacia Paté. Eran el coronel López y el teniente coronel



Antonio Yablonsky. Vélez tomó del brazo a López, que iba muy borracho, y comenzó el avance casi de puntillas, sin hacer el menor ruido y procurando no hablar, sino muy a media voz, cuando era en absoluto necesario. Descendieron la pendiente que da al lecho del río y luego ascendieron para alcanzar el punto que debía ser entregado. Vélez iba a la cabeza con López, recomendando a cada paso guardar el mayor silencio para que no se perdiera todo. La misión que iba a cumplir era cuestión de vida ó de muerte para el Imperio. Vélez se posesionó por completo de su importante papel: daba un paso y se volvía a los suyos para reiterarles silencio y que se avanzara con el cuerpo inclinado, y el arma casi en tierra, para que no se percibieran los bultos por el enemigo. A punto de llegar a la brecha, donde debía entrar Vélez, había un montón de tierra derrumbada del fuerte, difícil de salvar. Vélez lo hizo casi a gatas, asiéndose de aquí y de allá, al tanteo, hasta que llegó a la brecha, en la que tropezó con el centinela, que vestía sarape rojo y sombrero de petate. Dormía de pié con el arma al brazo, reclinado contra el muro. A sus pies había otros soldados, vestidos lo mismo, que dormían también. Vélez asió fuerte del cuello al centinela y despertándole, díjole que si hablaba una palabra, le mataría en el acto. En este supremo momento estaba adentro sólo con López. En seguida empezó a darles la mano, uno por uno, a los jefes y oficiales republicanos, y aún a los soldados para que subieran y entraran en el boquete, tornando a repetirles que guardaran silencio, que obrasen con prudencia, porque si no todo se perdería, siendo ellos las primeras víctimas. Cuando todos estuvieron adentro, Vélez mandó la primera noticia a Escobedo, y Yablonsky, luego de escuchar en secreto algo de López, desapareció como por escotillón.

—Vamos adelante —dijo López a Vélez.

—No, no vamos adelante —contestó Vélez.— Antes de ir adelante me releva usted todos los puntos imperiales, que están a retaguardia, con tropas mías.

—No hay necesidad.

—No le pregunto a usted si hay necesidad ó no. Que me releve usted los puntos.

—Le repito a usted que no hay necesidad.

—Basta de observaciones —exclamó ya incómodo Vélez; —haga usted lo que se le manda.



—Es que yo mando aquí —contestó con énfasis López.

Todos los que estaban con el general Vélez se le acercaron, y abrazándolo, decíanle suplicantes a media voz:

—Pancho, Panchito; ¡estamos perdidos!

Se desprendió de ellos y habló en voz más alta:

—El que no esté a gusto puede largarse inmediatamente. El camino está expedito.

Y sin acabar de decir esto, metió su pistola por la cara a López, y asiéndole del traje, por el pecho, dióle un fuerte golpe en la frente con el cañón, y prorrumpió:

—Mandaría usted ayer... Lo que es ahora yo mando.

—No, mi general —dijo López— usted manda. Fue una equivocación.

Relevados los puestos, desde ese momento el general Vélez avanzó con más desconfianza.

Al entrar en la huerta, Vélez despachó a otro ayudante para participar al general Escobedo el lugar en que se encontraban.

—Dígale usted —habló Vélez— que Querétaro es ya nuestro.

—¿Por qué? —exclamó el ayudante.

—Porque tenemos ocupado el punto principal.

Los soldados imperiales iban siendo desarmados, apartados de sus puntos y conducidos a un lugar bajo la custodia de centinelas de vista.

Los ayudantes de Escobedo partían de prisa a cada avance principal, para ponerle al tanto.

Al llegar al convento, el general Vélez y López subieron. Recorriendo los corredores altos, vieron una habitación, por cuyas puertas, apenas abiertas, salía una ráfaga de luz débil. López tentó a Vélez:

—Asómese usted.

Apenas Vélez hubo asomádose, López satisfecho le preguntó:

—¿Qué ve usted?

Vélez contestó:

—Veo a Maximiliano.

El Emperador peinábase la barba frente a un espejo de tocador y vestía un sobretodo de color de haba. El y las tres ó cuatro personas que le hacían compañía, entre ellas el general Agustín Pradillo, daban las espaldas.

Volieron a la huerta, ya en disposición de ocupar las alturas.

—¿Qué ya sabe todo esto el Emperador? —preguntó Vélez a López.



—Desde hace rato está enterado de todo y hasta sabe que estamos aquí —contestó López.

—Pero, ¿cómo? —tornó a preguntar Vélez, no explicándose como podía saberlo el Emperador, cuando López no se le había desprendido un momento para nada.

—Se lo mandé decir con Yablonsky, desde que entramos en la brecha. Vélez continuó expidiendo con diligencia disposiciones para asegurar bien la Cruz. Una de ellas fue que Margain marchase violentamente a San Francisco y que, al posesionarse de las alturas, echase a vuelo las campanas. Al rato sonaron éstas y empezó a oírse un rumor que iba en creciente, y voces, y carreras, y gritos, y disparos: era que uno y otro ejército habían dádose cuenta de la situación. Entonces se destacó en la huerta, enteramente sola, la imponente y noble figura del general Escobedo. Avanzó hacia Vélez, y dióle un fuerte abrazo hasta levantarle.

A la vez, por el lado opuesto, aparecía el general Paz, que caminaba con paso indeciso, como dudando de si Vélez sería de los suyos ó del enemigo. Respiró, luego que Vélez le gritó:

—Corra usted y voltee esa batería para la plaza.

El primer jefe imperial que se presentó en la Cruz a ver qué acontecía, fue el general de brigada Manuel M. de Escobar, que tropezó con Vélez a la entrada del Convento.

—¡Panchito! ¿qué, tú eres? ¿qué haces? ¿qué ,eres nuestro prisionero?

—No, general, contestóle Vélez. Usted lo es mío. Pase usted.

Escobar, sin explicarse aquello, pasó al lugar en que los imperiales iban siendo recogidos y asegurados.

Cuando había amanecido, apareció el Emperador con su séquito, entre el cual figuraba López. Bajaban de sus habitaciones del convento y se encaminaban al Cerro de las Campanas. El Emperador divisó a Vélez y le saludó quitándose el sombrero con esa elegancia y majestad que le eran muy peculiares.

Y Vélez dijo en voz alta:

—Señor López, en seguida se me presenta usted.

López hizo un ademán de asentimiento y prosiguió largo trecho en compañía del Emperador, hasta el Hotel del Águila Roja.

Cuando todo había terminado, Vélez recibió un recado del general Miguel Miramón para que pasase a verle a la casa del doctor Vicente Licea.



—Hermano, ¿cómo te va? —fue el saludo de Vélez al entrar en el cuarto donde estaba en cama Miramón

—¡Me has...! ¿No? Ya ves: aquí me tienes herido, dijo Miramón.

—No; tu destino. ¿En qué puedo servirte? Ordena.

—Como es seguro que me fusilen, te recomiendo a mis hijos. ¡Siento mucho morir en estas circunstancias!

—¡Ya ves como todavía sirvo para algo!

Y dijo esto Vélez, porque cuando se apartó del partido conservador para engrosar las filas del liberal, Miramón, Arellano y otros jefes dijeron que hacían de cuenta que con Vélez no perdían a nadie, porque ya no servía para nada.

Vélez habló a Escobedo:

—En cambio de lo que he hecho, suplico a usted conceda la vida a Miramón. Se lo pido en recompensa de mis servicios, si algunos he hecho.

Escobedo contestó:

—No pende de mí el perdón, sino del Supremo Gobierno. Diríjase usted al señor Juárez.

Bien se sabe que Juárez fue inflexible para el castigo de Maximiliano, Miramón y Mejía.

La frase “ahora ó nunca” es una solemne mentira. Tras la energía del Benemérito no se vio entonces sombra de sugestión. Debióse el ajusticiamiento de estos tres hombres a que personificaban el Imperio, y Juárez quería el anadamiento del Imperio.

Ese mismo día de la victoria, de paso Vélez por el departamento donde estaban presos el Emperador, Castillo, Salm Salm y otros jefes, aquél preguntóle:

—General, ¿sabe usted qué ha pasado con Miramón?

—Está herido en un carrillo, —contestó Vélez.

—¿Qué, pudiera usted decirnos si también él nos traicionaría?

—Usted es quien mejor debe saberlo.

El Emperador se puso rojo de vergüenza y guardó silencio oprobioso, viniendo a tierra toda su majestad.

México, Octubre 30 de 1903.





## CÓMO AUXILIÓ EL GENERAL GUADARRAMA AL EJÉRCITO DE ORIENTE

El coronel Ignacio C. Ocadiz, que fue mayor general de la 2ª. División del Norte y se portó dignamente en el importante hecho de armas del 10 de abril de 1867 contra las fuerzas del general Leonardo Márquez, nos ha hecho un relato minucioso de los movimientos y el auxilio que prestó el general Amado Guadarrama al Ejército de Oriente.

El señor Ocadiz vive retirado de la política en Silao y desempeñó importante papel en las filas republicanas durante el Imperio.

Partidario del general Porfirio Díaz desde el Plan de la Noria, dirigió en septiembre de 1876 una carta a don Sebastián Lerdo de Tejada en que encarecíale no aceptase su reelección y decía: “Debemos estar convencidos de que las naciones se educan como se educa a un individuo; pero en ese trabajo no tengo noticia de que gobierno alguno se haya ocupado de manera positiva: inecesitaríamos un genio que nos educase como corresponde a la ilustración del siglo!” Así designaba ya al general Díaz en el porvenir.

El señor Ocadiz ha ratificado escrita nuestra entrevista, que es la siguiente: Estando el cuerpo de ejército de caballería en número de ocho mil hombres de diferentes estados, al mando del general Amado A. Guadarrama, en su campamento de la llanura inmediata a la ya sitiada ciudad de Querétaro, sucedió que el general Mariano Escobedo, en jefe de las fuerzas sitiadoras, el 29 de marzo de 1867, ordenó al general Guadarrama, al general Francisco A. Aguirre, como cuartel maestro de ese cuerpo de Ejército, y al coronel Ignacio C. Ocadiz, mayor general de la 2ª División, compuesta de tres mil hombres,

que con esa fuerza salieran de su campamento, por el camino de México, para impedir el regreso del general Leonardo Márquez, que escoltado de mil y tantos dragones había logrado evadirse del sitio el 22, para sacar de México refuerzos y elementos de guerra en auxilio de los sitiados.

En cumplimiento de esa orden, organizada la División en columnas de tres a cuatrocientos hombres con sus respectivos jefes, y la de reserva al inmediato mando del general cuartel maestro; en la misma noche emprendióse la marcha por la Cuesta China hasta llegar cerca de los límites de ese estado, sin que Márquez apareciera. El general Guadarrama no podía salir de esos límites, según las instrucciones recibidas del general Escobedo; pero el coronel Ocadiz, presumiendo que Márquez, dado el caso de que ya hubiera salido de México con fuerzas, posible era que se hubiera dirigido primero a Oriente para atacar al general Díaz, por quien, teniendo Ocadiz simpatías de amistad como compañeros en el Congreso de la Unión en 1863, procuró que se le auxiliara, por lo cual inclinó a Guadarrama a que por los conductos más activos pidiera autorización al general Escobedo para perseguir a Márquez hacia cualquier otro camino en que le encontrara, como en efecto la pidió, siendo autorizado con nuevas instrucciones.

Así fue que la División siguió adelante en busca de Márquez, y al llegar el 1º de abril a Polotitlán, se tuvo noticia de que Márquez ya había salido de México con seis mil hombres de las tres armas, con tres baterías de distintos calibres y sesenta carros con parque y otros efectos, tomando el camino de Puebla, asegurándose que, aunque Márquez ya se había dirigido por los Llanos de Apam, retrocedería pronto en auxilio de los sitiados en Querétaro, la cual noticia se comunicó al general Escobedo, a la vez que al general Díaz, con quien Guadarrama estableció comunicación frecuente por medio de correos y comisionados, no obstante los peligros que corrían. Mayores fueron los que corrió, por lo interesante de las comisiones que desempeñó eficazmente, el coronel Felipe Rubalcaba, diputado en la actualidad a la Legislatura de Jalisco. Guadarrama comunicó al general Díaz las nuevas instrucciones que le dio el general Escobedo, para que si Márquez marchaba para Puebla, forzara sus marchas llevándole la retaguardia.

La División Guadarrama siguió adelante y llegó el 2 de abril a Soyaniquilpan, el 3 a Tepeji del Río, donde Guadarrama, encontrándose allí al coronel Jesús Lalanne con más de mil hombres de infantería y caballería per-



tenecientes a la División del general Riva Palacio, le ordenó marchara para Zumpango, donde llegó Guadarrama con su División el 4, avanzando Lalanne con su fuerza a Teotihuacán, y la fuerza del coronel Fragoso a Otumba.<sup>1</sup> en

<sup>1</sup> El general Jesús Lalanne, que fue uno de los principales en el fracaso de los movimientos de Márquez para socorrer a Puebla, al leer lo que dice el señor Ocadíz, nos hizo este relato:

Guadarrama pernoctó en Tepeji, y al siguiente seguí para Zumpango, inmediatamente que llegué, sin perder mi formación de marcha, mandé descansar armas a mis seiscientos infantes y echar pie a tierra a mis seiscientos jinetes que componían el total de mi fuerza, y me dirigí a la plaza donde estaba Guadarrama con su estado mayor y la mayor parte de los jefes de su división. En los momentos de rendirle parte del estado de mi fuerza, armamento, municiones, etcétera, llegó un ayudante del general Díaz con la noticia de la toma de Puebla, el 2 de abril. Era portador de dos comunicaciones: una para Guadarrama en la que se le invitaba a que detuviese a Márquez por una hora u hora y media, y la otra en que se me ordenaba hiciese lo mismo.

Guadarrama prorrumpió con ironía, después de leer su comunicación:

—¡Vaya! Cómo quiere que teniendo cuatro mil soldados de caballería, pueda yo detener a Márquez, con sus seis mil hombres y dieciocho cañones.

—¿No va usted? —le pregunté.

—Veré.

—Pues yo sí voy.

—Se lo prohíbo a usted.

—Yo no dependo de usted, sino directamente del general Díaz; y voy a cumplir su orden.

Convencido Guadarrama de que le era difícil el impedirme obedecer, por las manifestaciones de simpatía de mis antiguos compañeros de armas en las guerras de Reforma y la Intervención, dejó que partiese. Luego seguí mi marcha hasta la hacienda de Santa Lucía, con la infantería, adelantando las caballerías de Luis Malo y Catarino Fragoso hasta dos ranchos inmediatos.

Seguí mi camino de Santa Lucía a San Juan Teotihuacán, llegué al otro día a Jala y el siguiente a la hacienda de Mal País. La caballería de Fragoso avanzó hasta San Lorenzo, la infantería al rancho de Santa Efigenia y yo con la caballería de Malo a Mal País. A las once de la noche recibí en papel de seda, hecho un bulto muy pequeño, la noticia pormenorizada de las fuerzas imperiales que habían llegado a San Nicolás el Grande, hacienda que administraba don Luis Carballeda, después general, de quien era el recado. Dispuse marchar muy temprano para encontrar a Márquez delante de la Hacienda de San Lorenzo, donde se bifurca el camino de Puebla a México, tomando el de la izquierda por Otumba y San Juan Teotihuacán. Avancé hasta Zoroluca. allí fue el encuentro de la vanguardia de ambas fuerzas y comenzó el combate a las ocho de la mañana. A las tres de la tarde verificóse la última carga que hice a los imperiales. Por la noche pernocté en Otumba y al otro día seguí a San Juan Teotihuacán, encontrándome a legua y media más allá de la población a Guadarrama emboscado con su fuerza entre unos mezquites. Inmediatamente que me reconocí, díjome como saludo:

—Ya se lo había yo dicho que lo habían de..... de derrotar.

—A eso iba; y se logró el objetivo, porque el general Díaz ha alcanzado a Márquez en San Lorenzo.

En esos momentos llegó el teniente coronel Joaquín Rangel, ayudante del general Díaz, con dos comunicaciones: una dirigida a Guadarrama, ordenándosele que con fuerza cubriese todo el occidente de la Hacienda de San Lorenzo, donde ya se tenía encerrado a Márquez, merced al combate del día 8; y la otra comunicación para mí, muy honrosa, y para mi fuerza, en la cual se me prevenía situarme a tiro de fusil del enemigo. Contramarché en el acto y me situé en el rancho de Santa Efigenia, muy inmediato a San Lorenzo. Guadarrama se situó a legua y media de distancia del enemigo; comenzó a llegar a las ocho de la noche y no acabó sino hasta las once. A esa hora se oyó fuerte tiroteo a la izquierda de mi línea.



---

Acudí violentamente con la reserva y me encontré con treinta y ocho carros del enemigo, escoltados por un pelotón de caballería. De este pelotón ni un solo soldado quedó vivo, al apoderarme de los carros. En estos momentos llegaba el general Antonio Carbajal, a quien entregué el convoy aprehendido. Me dirigí a San Lorenzo, y corroboré mi idea de que el envío del convoy por el camino de esta hacienda era una estratagema de Márquez para escapar por el de la izquierda, es decir, el que viene de Texcoco.

Luego de haber quitado el convoy al pelotón de Húngaros, lanzando a éstos, lo entregué al general Carbajal, quien llegó cuando ya lo tenía yo en mi poder. Me dirigí con las debidas precauciones a la casa de la hacienda de San Lorenzo, la encontré abandonada por el enemigo, penetré en ella, y acompañado de mi estado mayor, comenzamos a hacer las listas de los numerosos heridos del enemigo y míos hechos en los combates anteriores y abandonados allí, y las de los muchos objetos de Márquez. Al rayar el alba, cuando estábamos ocupados en tales trabajos, oímos repetidas voces de: ¡ahí está Márquez! acompañadas de fuego nutrido de fusilería. Monté a caballo y salí a ver lo que acontecía, y vi á las luces de la aurora una larga línea negra de donde partía el fuego contra mi caballería, que contestaba. Por fortuna los gritos de ¡viva Lalanne! Hicieron que se suspendiera el fuego. Tuve dos hombres heridos ligeramente. Momentos después, nos reunimos el general Díaz y yo; y le referí todo lo que había pasado; entonces tuve la explicación de los gritos ¡aquí está Márquez! El general Díaz se había acercado á reconocer la posición, llegó a un espaldón de los mandados levantar por Márquez, del cual brotó repentinamente uno de los lanceros, quien echándose lanza en ristre sobre el general Díaz, gritó ¡aquí está Márquez! y acometióle furiosamente; pero el general Díaz se salvó gracias á su sangre fría, á los gritos de su clarín de órdenes y del jefe de su escolta, el capitán Cañizales, que decía á voz en cuello á mi lancero:

—¡Es el general Díaz!

El lancero, al saber esto, desapareció sin haberse podido averiguar quién había sido.

Aclaraba más el día, cuando notando la rodada de la artillería, se la señalé al general Díaz y le dije

—Aquí va Márquez; no tardamos en saber cual es su camino.

Pusimos al galope nuestros caballos, seguidos por nuestros estados mayores y escoltas respectivos.

Momentos después se me presentó un oficial del escuadrón que mandaba Tito Flores, perteneciente á mi fuerza, á participarme que ya habían alcanzado la retaguardia de Márquez y estaban batiéndose con ella. En el acto lancé a mis tres escuadrones para apoyar al de Tito Flores; y continuamos el general Díaz y o el mismo camino. Se presentó el general Leyva y le dio el mando en jefe de la caballería del Ejército de Oriente el general Díaz, en la que iban los generales Toro Manuel, Félix Díaz, Eufemio Rojas y otros cuyos nombres no recuerdo. Esas columnas siguieron a retaguardia de la mía, apoyándola. Estábamos ya en los contrafuertes de la serranía de los volcanes; el camino, aunque carretero, era estrecho, y no podía tomarse otros transversales. Así es que no se podía ir más que en columnas por secciones. Al llegar el general Díaz y yo a una de las eminencias de un lado del camino, le hice notar que el enemigo estaba a la orilla de una barranca, preparándose a la resistencia. En esos momentos, llegó un escuadrón de rifleros pertenecientes a la brigada del general Pedro Martínez, que lanzándose en apoyo de mi fuerza, emprendió nutrido tiro; pero el enemigo no se había detenido más que el tiempo necesario para echar a la barranca sus doce piezas de batalla con sus correspondientes carros de municiones y de batería, porque no podían atravesar el puente. El general Leyva había destruido todos los puentes de los caminos carreteros de por aquellos rumbos y llenado de obstáculos todos los pasos. Esta artillería y estos carros fueron sacados de la barranca por el entonces coronel de ingenieros Joaquín Rivero, quien por orden del general Díaz se quedó en el lugar hasta lograr el objetivo. El enemigo continuó su marcha llevándose seis piezas de montaña, dando cargas furiosas los Húngaros al momento de Kevenhüller, de las que contamos catorce que pueden servir de modelo de valor y disciplina. En una de ellas apareció la caballería irregular de Guanajuato, que cargó con mucho valor, y fue contenida por los Húngaros. Sucesivamente iban cayendo grupos de infantería enemiga que se rendían sin combatir, hasta llegar a la hacienda Blanca, donde murió el coronel Mucio Maldonado, perteneciente a mi fuerza.



tanto se ejecutaban esos movimientos, debido a los que de avance y retroceso hacía Márquez, que se hallaba en la hacienda de Guadalupe, la división Guadarrama permaneció en Zumpango el 5, en observación del enemigo, ordenándose el 6 que la fuerza del coronel Fragoso avanzase a la hacienda de Jala, y a la caballería de Lalanne a san Bartolo, así como la de observación del general Antonio Carbajal a San Nicolás; a la vez que Guadarrama, con su División, llegó a Otumba, donde recibió parte de que el enemigo tomaba rumbo a Veracruz, abandonando su tren de carros por la persecución que le hacía el jefe del cuerpo del Ejército de Oriente. En virtud de tal noticia, inverosímil y dudosa, Guadarrama ordenó que las fuerzas de Lalanne y Fragoso siguieran su marcha *en auxilio de nuestras fuerzas* (se supone que en el parte oficial de referencia se quiso decir que *esas nuestras fuerzas* eran las de Oriente), que él, Guadarrama, con sus columnas regresaría a situarse entre México y Querétaro, lo cual, como inusitado y por las reflexiones de Ocadiz, no se verificó.

Guadarrama llegó con la División a San Juan Teotihuacán el día 7, y el 8 recibió varios correos de Carbajal, con quienes le comunicaba que el enemigo

---

Márquez se embarcó en Texcoco, atravesó la Laguna para llegar a México y quedó con el mando de sus fuerzas el mayor general coronel Arrieta, quien continuó combatiendo con el mismo denuedo.

De los seis cañones de montaña, el primero les fue quitado por el comandante de escuadrón Tito Flores, el segundo por el de igual clase Nicolás Malo, el tercero por su hermano el coronel Luis Malo y el cuarto por el comandante de escuadrón Velasco, español, alias El Tuerto. De estas cuatro piezas, tres fueron lazadas.

Al llegar a Texcoco, el general Leyva emprendió sus movimientos de flanco, por la izquierda con la caballería del Ejército de Oriente, y yo continué con la pequeña fuerza que me quedaba hasta el pueblo de Coatlinchán, en donde ya no tenía más que veinticinco hombres, entonces, a punto de regresar a Texcoco, encontré a un grupo como de doscientos hombres, que acompañaban a cuatro indios a pie, quienes conducían un bulto envuelto en un sarape rojo. Al acercarme, conocí al estado mayor del general Guadarrama, y al preguntar qué había pasado, porque no era posible que hubiese sido herido, se me contestó: —“que el bulto era el general Guadarrama, quien iba muy malo para Chapingo”.

Seguí para Texcoco a darle parte a mi jefe, el general Díaz, de todo lo que había acontecido, y marché al siguiente día a mi cuartel general de San Ángel, a cumplir las órdenes que se me dieron.

Según las que había yo recibido y sabiendo que el general Díaz permanecería todo el día 11 en Texcoco, que el 12 avanzaría a la Villa de Guadalupe para llegar el 13 a la hacienda de Los Morales y Molino del Rey, marché este mismo día a la una de la mañana, de San Ángel sobre Tacubaya, donde no hallé enemigo. Seguí sobre Chapultepec, que me encontré abandonado, y al amanecer hice que un sarape tricolor con su águila republicana, que era de uno de mis subalternos, fuera izado en el asta bandera de Chapultepec, y al ir al Molino del Rey a encontrar al general Díaz y darle parte de lo que había pasado, le manifesté que Tacubaya y Chapultepec estaban en mi poder y que ya flotaba nuestra bandera en este Castillo, lo que ratificó mirándola con sus anteojos de campaña, y después sonrió.



había vuelto a situarse en la hacienda de Guadalupe. Por ese movimiento del enemigo, el coronel Lalanne, que se encontraba en San Lorenzo, marchó a su encuentro con el propósito de contenerlo unas cuantas horas para dar tiempo a que las fuerzas del general Díaz, que perseguían a las de Márquez, pudieran darle alcance; pero Lalanne fue rechazado perdiendo parte de su fuerza.<sup>2</sup>

El parte del desastre lo recibió Guadarrama a las dos de la tarde del día 8, por lo que inmediatamente avanzó sobre el camino de San Lorenzo, y el 9, ya en marcha, recibió orden del general Díaz para que avanzara y se situara al Occidente de la hacienda para atacar al enemigo al siguiente día.

En cumplimiento de la orden, la división Guadarrama, a la que únicamente quedó incorporado el general Carbajal y su segundo, el coronel Kampfner, con su columna de doscientos lanceros, a las seis de la tarde de ese mismo día, con bastante luz y algo lluviosa, llegó por el Norte a un extenso llano, no lejos de la casa de dicha hacienda, como a dos millas de distancia, atravesando un puente de mampostería bastante amplio que sirve de paso en una grande zanja de altos bordes, donde se situó la división, y formó en línea de batalla dando el frente a dicha casa, que no se veía por las sinuosidades del terreno, colocándose al frente de la tropa el general Guadarrama y el mayor general Ocadíz en espera de las órdenes del general Díaz.

Al llegar y acampar la División, como queda explicado, se percibía hacia la casa un nutrido tiroteo de artillería y de fusil, tiroteo que cesó al obscurecer,

<sup>2</sup> Sucedió que estando la división Guadarrama en Teotihuacán, el 18 de abril, días antes el mismo general mandó violentamente en comisión importante para el general Díaz, al coronel Felipe Rubalcaba, como éste no había regresado en el tiempo que se calculó, inquietos Guadarrama y Ocadíz por la tardanza y presumiendo que alguna dificultad con el enemigo le hubiese impedido cumplir su misión, Ocadíz con anuencia de Guadarrama y acompañado de un sirviente, emprendió marcha en busca del general Díaz llevando la misma comisión que Rubalcaba. A su llegada a la venta de Irolo, tomó informes con un hombre que cuidaba la finca para orientarse; y estando a caballo dentro del zaguán de la casa, precipitadamente y a toda carrera llegó un soldado de caballería, vestido de paisano, armado, corneta ceñida a la espalda y tan asustado que no acertó a entrar bien en el zaguán y su caballo dio con la cabeza contra la pared. Ocadíz le calmó y pudo informar que pertenecía a las fuerzas de Lalanne, que hacía pocas horas habían sido derrotadas por las de Márquez cerca de San Lorenzo y que no sabía si también habrían sufrido las del general Díaz. Escuchando los informes del corneta, llegaban grupos de dos o tres soldados dispersos, quienes interrogados referían lo mismo. Ocadíz deruvo como a quince dispersos y en espera de que apareciese algún oficial o jefe de ellos que le dieran mejores informes, permaneció en la venta algunas horas, sin resultado. Debido a esa novedad pareció prudente no continuar de pronto en busca del general Díaz, regresó a Teotihuacán en compañía de los dispersos y dio cuenta de lo acaecido a Guadarrama, quien ya estaba al tanto de todo, informado por Rubalcaba que había cumplido su comisión.



quedando todo en silencio; a las diez de esa noche, muy oscura por los nublados, un grupo como de cuarenta hombres de caballería, que venían del rumbo de San Lorenzo, sin ser sentidos, se arrojó sobre el mencionado puente rompiendo la línea de la fuerza que lo cubría para escapar, lo cual lograron a pesar de la momentánea resistencia que se les hizo, quedando allí del grupo un muerto, dos caballos y un prisionero, por quien se supo que el grupo era de húngaros. En esos momentos el general Guadarrama dio orden al coronel Ocadíz para que mandara perseguir a los que se habían escapado; pero como Ocadíz le dijo que de perseguirles podía resultar una confusión en las columnas de la división, desconociéndose unas de otras por la obscuridad de la noche, sin conocer el terreno, y que el arrojamiento del grupo podía ser una intentona de estrategia de Márquez para poner en desorden a la División, no se verificó la persecución y quedó todo en silencio y espera de órdenes.

Cerca de las doce de la noche, Ocadíz hizo notar a Guadarrama, quienes siempre estaban juntos, que por San Lorenzo, hacia el llano, percibíase sordo rumor, como ruido de ejes de carros, cuyas ruedas no lo hacían bastante por la humedad del terreno y el pasto. Convencidos del rumor, Guadarrama ordenó a Ocadíz que llamase a Carbajal, único conocedor de esos terrenos, para que con su columna hiciera un reconocimiento. Había pasado un cuarto de hora cuando se oyó fuerte tiroteo, que duró igual tiempo, regresando luego el general Carbajal sin su fuerza y verbalmente dio parte de que el rumor era el ruido que producían muchos carros de las fuerzas de Márquez cargados con parque y custodiados por escoltas, con las que se había batido venciéndolas y capturando a éstas y el tren, el cual había dejado al cuidado de su columna. En atención al parte, sin más novedad, Guadarrama ordenó a Carbajal que hiciera avanzar el tren, que quedaba bajo su exclusivo cuidado, y se situase con él y las escoltas vencidas a retaguardia de la línea, pasando sobre el mencionado puente, para entregar todo, al amanecer, al general Díaz, entrega que por su orden se hizo al comandante general de artillería del cuerpo de Ejército de Oriente.

La entrega fue de cuarenta y nueve carros y carretones cargados con parque, uno con una pieza de a seis rayada y con forrajes, y los demás con calderos y soperas de rancho. Trescientas cuarenta mulas agregadas a los carros y veintiséis sobrantes. De los prisioneros, eran cuarenta y cuatro mexicanos y noventa y nueve austriacos.



El parte oficial rendido al general Escobedo de esa aprehensión y entrega, fechado el 14 de abril de 1867 en Cuautitlán, está firmado por el coronel Ocádiz como mayor general de la 2ª División del cuerpo de ejército de caballería, perteneciente a los Ejércitos de Occidente y el Norte, y visada la relación número 1 por el general Guadarrama y publicada por la prensa de los estados.

Ejecutada la aprehensión del tren de Márquez, todo volvió a quedar en silencio y en espera de órdenes, cuando a las cinco de la mañana del 10 del mismo abril, estando, como se ha dicho, Guadarrama y Ocádiz al frente de la División dando vista a San Lorenzo, se les acercó a todo galope un oficial que dijo ser ayudante del general Díaz, quien lo mandaba para comunicar la orden de que Guadarrama avanzase con su División, pues que *el enemigo se había ido*.

Por esa orden, violentamente con las columnas mencionadas avanzó a medio galope, llegando al comenzar la aurora a dicha hacienda, donde al frente é inmediato a la casa de ella se encontraba a caballo, con su estado mayor, el general Díaz, a quien Ocádiz presentó al general Guadarrama, porque no se conocían. Luego, después de breve explicación de lo ocurrido en la línea de Guadarrama, dijo a éste y Ocádiz, que como tenían la caballada de refresco, le hicieran favor de perseguir al enemigo que tomaba el camino de Calpulalpan. Así fue que en el acto se organizaron las columnas de la División para entrar en el estrecho camino, en el que, con la velocidad posible por lo quebrado del terreno en partes, a las ocho de la mañana dieron alcance a la retaguardia del enemigo, que la llevaba bien reforzada, y desde ese momento se le atacó, batiéndole sin descansar con la 1ª y 5ª columnas. El enemigo se batía en retirada sobre el camino unas veces, y otras acometía, dejando muchos de sus muertos y heridos, y destruidos de propósito algunos pequeños puentes de madera que era preciso reponer. Algunos pelotones de infantería se rendían al lado del flanco izquierdo.

Al salir del pueblo de San Felipe, el grueso del enemigo seguía batiéndose en retirada, no sólo para resistir la persecución, sino para acometer, como lo hizo con su caballería en el camino, y con su infantería y artillería por el flanco izquierdo del trayecto por ser terreno quebrado. El mayor Ocádiz que iba al frente de las columnas sin separarse un momento, mirando los movimientos del enemigo, reforzó violentamente las columnas del centro del camino, con las de rifleros del Norte, armadas de rifles de ocho y diez y seis tiros, al mando



del coronel Pedro Martínez, y la de Guanajuato a las órdenes del teniente coronel Juan Bermúdez, protegidas por otras columnas hacia el flanco derecho.

En tales condiciones se trabó combate, en el que luego recibió Bermúdez un balazo en un brazo; pero rechazando por fin al enemigo, que abandonó un carro con parque y toda su artillería gruesa. Siguió vigorosa la persecución, siempre sobre el camino, batiendo al enemigo, que al disminuir en número, dejaba muchos de sus muertos; y otros más pelotones de infantería se rendían, hasta llegar, a las seis de la tarde, a las últimas lomas de ese trayecto de 27 leguas de cuyo punto parte la Calzada para la Magdalena rumbo a Texcoco, en la que el general Julio García, con su columna, persiguió a los restos del enemigo, que despavoridos, en grupos, se dispersaron en distintas direcciones, quedando por la división Guadarrama derrotados por completo los seis mil hombres de las fuerzas del general Leonardo Márquez, en todo el día 10, sin que hubiera sido necesario poner en combate ni aún la columna de reserva de la división.

Como a la mitad del trayecto, el general Díaz mandó decir a Guadarrama que entretuviera al enemigo, que él ya venía cerca; lo que no se pudo hacer porque los movimientos del enemigo no daban tiempo de espera. Por esta circunstancia, las fuerzas de Oriente se ocuparon en recoger los pelotones de infantería rendidos, la artillería y el carro con parque de Márquez, a *quien no se le vio en ninguno de los encuentros de combate.*

En la noche del 10, para dar reposo a la división Guadarrama, éste con la mitad de ella se quedó en la Hacienda de Chapingo, y con la otra mitad el coronel Ocadiz llegó a Texcoco, donde ya se encontraba el general Díaz, a quien personalmente, como prisioneros de guerra, presentó a más de veinte belgas y austriacos, que en el calor del combate, ya vencidos, estuvieron a punto de ser asesinados.

En tal estado permaneció la división Guadarrama el 11, hasta que reunida en Texcoco e incorporada al cuerpo del Ejército de Oriente, salieron ambas fuerzas el 12 para la Villa de Guadalupe, y llegaron a sus orillas a las seis de la tarde. Dispuso allí el general Díaz que de la división Guadarrama, la 2ª columna, formada en batalla, apoyase la infantería del ejército de Oriente, y la 5ª columna cubriera los puntos avanzados. Esa tarde, las demás columnas fueron con Guadarrama y Ocadiz a la inmediata Hacienda de Escalera para



dar más reposo a la tropa y la caballada, rendida por la jornada de 27 leguas, sin comer ni beber, y sin descanso en el combate.

El día 14, habiendo recibido el general Guadarrama orden del general Díaz para que cubriera la línea en la Villa, que ya ocupaba, y en la noche de ese mismo día, la orden del general Escobedo para que se incorporara a las fuerzas del sitio de Querétaro, por convenir así al servicio nacional, el 15 marchó con la División y llegó el 19 en la mañana a la Cuesta China, donde luego le recibió el general Escobedo, quien dispuso llevar consigo a Guadarrama y Aguirre, con la mitad de la División, por el lado de la línea de San Gregorio, y la otra mitad con Ocadiz, por la retaguardia de la línea del Cimatario, hasta situarse en su campamento de la llanura, frente al Cerro de las Campanas, de donde le dispararon tiros de cañón sin causarle daño.

Pocas horas después llegó al campamento con la otra mitad de la división el general Guadarrama, quedando así incorporada a ese cuerpo de ejército; y al siguiente día, por enfermedad de Aguirre, cuartel maestro, en substitución fue nombrado Ocadiz, funcionando a la vez como mayor general de la 2ª división.

Por el contenido del parte oficial<sup>3</sup> que de la derrota de las fuerzas de Márquez rindió Guadarrama el 14 de abril al general Escobedo, con la relación número 1 de los materiales de guerra y prisioneros a que se refiere, sin haberle rendido expresamente la relación número 2 de los heridos y muertos y de los demás prisioneros; y por la aclaración que del parte, fecha 14, se hace ahora, se ve la diferencia que resulta del parte oficial de la derrota de Márquez que con fecha 15 del mismo abril rindió el general mayor de la división de caballería del cuerpo de ejército de Oriente, el cual parte, a la vez, fue también publicado por la prensa oficial de los estados.

Desde el 19 de abril en que Guadarrama y Ocadiz quedaron al frente del cuerpo de ejército de caballería en su campamento de la llanura, siguieron combatiendo a los imperialistas cada vez que con pocas o muchas fuerzas lo graban pasar la línea del sitio, en la que siempre las rechazaba la caballería, siendo la más formidable salida la que ejecutaron en la mañana del 27, atacando por varios puntos, especialmente la línea del Cimatario que estaba al mando del general Corona y otros generales con gran número de infantería

<sup>3</sup> El parte de la batalla empezó a redactarlo Ocadiz; pero el general Guadarrama quiso que lo continuase el coronel Juan C. Doria, predilecto de Escobedo, y así se hizo.



y bastante artillería. El enemigo puso en desorden a esa línea, que traspasó, llevándose para la plaza veinte piezas de artillería con atalajes, una cantidad de municiones de boca y guerra, y cargando además sobre la caballería del general Aureliano Rivera, que se batía en retirada. Los generales Naranjo y Rocha contenían al enemigo y con ayuda del batallón de Supremos Poderes, las caballerías de San Luis y las de los coroneles Francisco Tolentino y Simón Gutiérrez, que cubrían la Calzada de Celaya, conducidas a galope por Ocadíz, lograron rechazarlo y quedó restablecida esa línea del Cimatario, de la que, sin esperar, el general Félix Vega, y creyendo que la salida era una derrota, llevóse para Apaseo trescientos hombres de infantería con dos piezas de batir. Ocadíz comisionó entonces al teniente coronel Green para que, a la cabeza de un piquete de caballería, lo hiciera regresar; y al día siguiente se presentó el general Vega con la fuerza que se había llevado.

Así se continuó el sitio con una serie de ataques, como lo refiere la historia, hasta que habiéndose recibido órdenes del general Escobedo y ciertas instrucciones, el día 14 de mayo en la noche, se situaron Guadarrama y Ocadíz con la 2ª división de caballería a retaguardia de la línea del Cimatario, y como a las cuatro de la mañana del 15 se percibió un continuado tiroteo por el rumbo del convento de la Cruz, que duró poco tiempo, notándose en seguida que los republicanos tomaban la plaza. Al comenzar a aclarar la mañana, Ocadíz pudo distinguir que de la población salía al llano y hacia el Cerro de las Campanas una fuerza de caballería. Notada luego por el general Guadarrama, dirigióse inmediatamente con la división a todo galope a la falda del cerro para reforzar las columnas del frente. Allí hizo alto, sin que hubiera fuegos por ninguna parte. A poco rato subía una fuerza de republicanos, a tiempo que bajaba un coronel con el regimiento de la Emperatriz, en actitud de rendido, dirigiéndose a Guadarrama y Ocadíz que estaban al frente de su caballería. Tomó aquel jefe su espada por la punta y la entregó por el puño, diciendo que era el coronel López y que estaba rendido. Él y el regimiento quedaron bajo la custodia de la columna del coronel Simón Gutiérrez. A la vez, en dicho cerro, los generales Corona y Escobedo tomaban prisionero al Emperador Maximiliano.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Al afirmar el señor Ocadíz que los generales Corona y Escobedo aprehendieron al Emperador, se funda en estos documentos oficiales:



---

República Mexicana.—Ejército de Occidente.—General en jefe.—Después de la entrevista que en el mismo campamento tuvimos a las once y media de la noche del día 14 del corriente, y en la que me manifestó ud. que media hora después atacaría el convento de la Cruz, permanecí en vela esperando la hora de los acontecimientos.

Por un ayudante del C. general Rivera, supe a las cuatro de la mañana del día 15, que el citado convento había caído en nuestro poder, noticia que se confirmó en el campo por el repique de las campanas de la iglesia del mismo.

A esa señal de triunfo, el enemigo comenzó a desocupar la ciudad, pasándose a escape tanto las caballerías como las infanterías al cerro de la Campana. En el acto, dí orden al C. general Rocha para que desprendiera unas columnas de infantería del Norte sobre la Casa Blanca, a la vez que por orden del C. general Régules, el C. general Rivera destacaba sus caballerías por la derecha sobre la Alameda.

La fuerza enemiga que cubría esos dos puntos, no puso ninguna resistencia, saliendo al encuentro de la nuestra victoreando a la República.

Dueños nosotros ya de estas dos importantes posiciones, y mientras el C. general Rocha organizaba sus columnas en la Casa Blanca, dispuse que el C. coronel Viviano Dávalos con la división de Sinaloa, pasara a ocupar la garita de Celaya, punto que empezaba a abandonar el enemigo, concentrándose también de allí al cerro de la Campana.

El movimiento del C. coronel Dávalos iba apoyado por la división de Jalisco y la caballería que mandaba el C. coronel Francisco Tolentino, a la vez que el C. general Amado Antonio Guadarrama con una columna de caballería del Norte, y los CC. general Julio García y coronel Simón Gutiérrez con las que tienen a sus órdenes, cubrían perfectamente bien la línea por la izquierda, rodeando desde la calzada de Celaya hacia el N. O. el cerro de la Campana.

Necesario me fue colocar en esa situación fuerzas tan considerables porque el enemigo había concentrado todas las suyas en el cerro indicado.

A la vez que ese movimiento se efectuaba, se me dio parte que un parlamentario se dirigía hacia mí con bandera desplegada. Me adelanté a su encuentro acompañado del C. general Cortina, quien con la fuerza de su mando se había avanzado al frente de su línea sobre el enemigo.

El parlamentario me hizo presente que venía cerca del general en jefe de parte de Maximiliano y de Mejía. Le dí mi nombre para que regresara a su campamento a informar a sus comitentes que daba yo cuenta al general en jefe de aquella circunstancia, y que mandaba suspender los fuegos en mi línea, esperando se hiciera otro tanto en la contraria.

Al volver segunda vez del cerro el parlamentario, la fuerza enemiga comenzó a moverse hacia la nuestra en actitud de paz, de la que se desprendió un oficial hasta acercárseme para manifestarme que Maximiliano y Mejía descaban hablarme. Inmediatamente me dirigí al encuentro de éstos, siempre acompañado del C. general Cortina y mi estado mayor.

Maximiliano me indicó el deseo de hablar conmigo aparte, a lo que convine, y fue para hacerme presente que ya no era emperador por haber hecho su dimisión ante el consejo de gobierno en México. Como no me tocaba tratar esa cuestión en aquellos momentos, así se lo manifesté sin aspereza, asegurándole que tanto él como todos los individuos que allí le rodeaban, tenían conmigo garantías mientras los presentaba al general en jefe.

En seguida se me presentó un ayudante de ese cuartel general con una escolta, pidiéndome de su parte la entrega de todos los prisioneros, entrega que se verificó en el acto, con excepción de Maximiliano y de Mejía, a quienes acompañé yo mismo hasta presentárselos. Cuartel general de occidente en Carretas, Mayo 16 de 1867. (Firmado) Ramón Corona. —C. General en jefe del ejército de operaciones sobre Querétaro.— En su campamento.

Es copia. San Juan del Río, Mayo 20 de 1867.—Ramón Corona.—C. gobernador y comandante general del Estado de Jalisco. Guadalajara.



Así terminó el sitio de Querétaro en la mañana del 15 de mayo. Los generales Escobedo y Corona se ocuparon en reorganizar sus respectivos ejércitos del Norte y de Occidente. De éste mandó una fuerza para Jalisco el general Corona; al coronel Jesús Toledo, con mil hombres de infantería, de guarnición a Colima; y quedó el cuerpo de ejército de caballería distribuido entre las fuerzas de cada estado a que pertenecían.

Habiéndose reservado una fuerza de catorce mil hombres con el competente número de cañones, el general Corona nombró jefe de su estado mayor a Ocadiz, quien pertenecía al ejército de Occidente como mayor general de la división de Sinaloa, y con la mencionada fuerza reservada salieron de Querétaro

---

Querétaro, 15 de MAYO DE 1867.—Sr. D. Ramón R. de la Vega.—Colima.—Mi estimado amigo.—En la mañana de hoy ha sido ocupada esta ciudad por nuestras fuerzas, lo que se ha conseguido con muy pocos disparos, quedando prisioneros en nuestro poder Maximiliano, Mejía, Miramón (herido de la cara), Castillo, Casanova, Gutiérrez, Reyes, Magaña y otros varios cuyos nombres no recuerdo, además toda la guarnición, armamento, artillería y depósitos.

Desde anoche el señor general Escobedo había recomendado la mayor vigilancia, informándome que a las once atacaría el convento de la Cruz; y a las cuatro de la mañana me envió el parte de haber ocupado esa posición y hecho prisionera la fuerza que la defendía, lo que también se anunció por un repique de las campanas de esa iglesia. Al dar principio este repique comenzaron a salir de la ciudad algunas columnas de caballería con dirección al cerro de la Campana.

En el acto dispuse que el señor general Rocha hiciera avanzar unas columnas de la fuerza de su mando sobre la Casa Blanca y los señores generales Régules y Rivera, con caballería se dirigieran hacia la Alameda.

De ambos puntos se desprendieron fuerzas al encuentro de las nuestras; pero en lugar de hacer fuego, prorrumpieron en vivas a la República, lo que me hizo avanzar con la fuerza de Sinaloa, Jalisco, columna de Tolentino y mi escolta a la garita de Celaya.

En este momento se me incorporó el señor general Cortina, que con la de su mando se dirigía también sobre el mismo punto. A la vez se me presentó un comisionado de parte de Maximiliano, manifestando que deseaba hablar con el General en Jefe. Le hice presente que el señor general Escobedo no se hallaba allí; que volviera a informarlo así a su superior, y que mientras el Sr. Escobedo se presentaba, mandaría yo suspender mis fuegos, siempre que Maximiliano hiciera otro tanto. Lo que se verificó por ambas partes.

Sin embargo, al observar yo que se desprendían de la Campana algunas columnas con dirección a mi línea de batalla, moví las mías a su encuentro sin hacer otra demostración de hostilidad. Luego se me presentó el mismo Maximiliano acompañado de los generales Mejía y Castillo y otros jefes y oficiales cuyos nombres ignoro, y me hizo presente que ya no era emperador por haber depositado en las manos del señor Lacunza, al salir de México, su abdicación; que si necesitaba una víctima, allí estaba él.

Como no me tocaba resolver ese punto, así se lo manifesté, añadiéndole que mientras se presentaba el señor General en Jefe tenía garantías a mi lado, lo mismo que las personas que lo acompañaban. Luego llegó el general Escobedo, a quien se los entregué.

Hecho esto, recibí orden de pasar a la ciudad para evitar los desórdenes.

Sírvase usted comunicar esta noticia a los habitantes de ese Estado, congratulándome con usted por el término feliz de esta campaña.

Soy de ud. afectísimo amigo y seguro servidor.—Ramón Corona.



el 17 para la Villa de Guadalupe, en auxilio del general Díaz, que ya tenía establecido el sitio de México.

Poco antes de llegar a la Villa, se adelantó el general Corona con su estado mayor y llegó a la una de la tarde al alojamiento del general Díaz, hora en que comía en compañía del licenciado Justo Benítez y el general Aureliano Rivera. No siendo conocidos los señores Díaz y Corona, Ocádiz hizo la presentación. Invitados a sentarse a la mesa, en el curso de la conversación, el general Díaz dijo “que en la Calzada de la Villa y la de Chapultepec, a solicitud del general O’Harán, había hablado con él, y ofrecía que con la garantía de la vida, entregaría la plaza y a los principales jefes, comenzando por el general Márquez;” ofrecimiento que a Corona le parecía posible de aceptarse, siendo de opinión contraria el general Rivera, quien dijo exaltado: —No, mi general; ¡a fuego y sangre!<sup>5</sup>

Al acabar de comer, los señores Díaz, Corona y Ocádiz salieron a caballo para señalar los puntos en que, desde cerca del Peñón hasta cerca de Chapultepec, debían situarse los catorce mil hombres mencionados, con su artillería; y como el grupo de personas que hacían el señalamiento, era relativamente numeroso, del centro de la ciudad le disparaban granadas en el trayecto. Un casco de proyectil llevó la cabeza de la montura de un ayudante.

Pocas horas después llegaron a la Villa las fuerzas de Corona, y pardeando la tarde, para no ser vistas del enemigo, fueron colocadas personalmente por el general Corona y el coronel Ocádiz. A la vez el general Díaz cambió su cuartel general a Chapultepec y quedó establecido en la Villa el del señor Corona. Siguió de día y noche el tiroteo de cañón que el enemigo dirigía a la

<sup>5</sup> Como deseásemos más detalles de este hecho, el señor Ocádiz nos ha dicho:

“Lo que pasó en la Villa de Guadalupe, fue que al tomar la sopa los generales Díaz, Ramón Corona, Aureliano Rivera, el licenciado Justo Benítez y yo, únicas personas sentadas a la mesa, refirió aquél que O’Harán ofrecía la entrega de la plaza de México y los principales generales imperialistas, comenzando con Leonardo Márquez, mediante la garantía de su vida y sin explicación alguna; que él no había aceptado el ofrecimiento; pero como esa no aceptación la hiciese en cierta manera como consulta al general Corona, este opinó que sería posible el ofrecimiento para evitar más efusión de sangre. El general Rivera dijo entonces con vehemencia:

—No, mi general; no hay que perdonar a los principales traidores: tienen que sucumbir por el mal estado en que se encuentran; pero si así no fuere, a fuego y sangre.

El licenciado Benítez no tomó parte en el diálogo; y como urgía salir pronto a caballo para que el general Díaz fijase en la línea del sitio los lugares que debían ocupar los catorce mil hombres del general Corona, cuya llegada esperábase por momentos, no se habló más del ofrecimiento de O’Harán.



línea, la cual recorría Ocadíz sin apartarse de ella y estando en frecuente contacto personalmente con el general Díaz, aún por las noches, de acuerdo con el general Corona sobre lo que le ocurría para las operaciones.

En tal estado el sitio de México, en junio, pocos días antes de ser tomada la plaza, Corona recibió comunicaciones oficiales del gobernador de Jalisco, don Antonio Gómez Cuervo, en la que se quejaba de las ofensas personales que le había hecho el coronel Jesús Toledo y de las tropelías y exacciones que había cometido a su paso, con tropa por el estado y con rumbo a Colima. Como Corona tenía a su cargo los estados de Occidente y con esa facultad había dejado de gobernador a Gómez Cuervo, a quien le guardaba consideraciones de respeto, se impresionó por la conducta de Toledo y suplicó a Ocadíz, como amigo y por no tener otra persona de su confianza, que aceptara la comisión de ir inmediatamente a Colima para que las tropelías fuesen castigadas, dándole instrucciones que de no hacer Toledo la debida reparación, lo mandase procesar y se encargara Ocadíz del mando, u otro jefe a su juicio, de las fuerzas que guarnecían a Colima.

Al partir Ocadíz para desempeñar su comisión, como la línea de diligencias estaba establecida en Chapultepec, pasó a despedirse del general Díaz, quien espontáneamente le mandó pagar el pasaje hasta Guadalajara.

Ocadíz llegó a Guadalajara, habló con el gobernador Gómez Cuervo, quien le informó de la conducta de Toledo, y luego siguió para Colima. Ya en esta ciudad, observó la agitada situación en que se encontraba el gobernador don Ramón R. de la Vega, por la oposición que le hacía don Ricardo Palacios, persona ilustrada y de armas tomar, como lo eran sus tres hijos, quienes, ayudados de sus partidarios pretendían ocupar el gobierno con el disimulo sospechoso del coronel Toledo; y como de ambos lados, todos eran antiguos amigos de Ocadíz, sabedores de su comisión, algo se calmaron. Luego habló con el gobernador, que también fue nombrado por el general Corona, e inmediatamente mandó llamar al coronel Toledo, que en el acto ocurrió. Hízole saber el objeto de la comisión que le había confiado el señor Corona, y aunque Toledo era de carácter levantizco e irascible, conociendo la rectitud de Ocadíz, le confesó las faltas que había cometido a su paso por Jalisco y prometió repararlas. Ocadíz le previno que allí en su alojamiento lo hiciera, y en efecto, en su presencia escribió al señor Gómez Cuervo dándole cumplida satisfacción por los actos de que estaba ofendido el personal de su gobierno.



El señor Gómez Cuervo, noble por naturaleza, dióse por satisfecho. Hizo la reparación de las exacciones, según la lista que se tenía, todo a satisfacción de Ocadíz; y así quedó terminada su comisión, la cual en detalle fue comunicada oficialmente al general Corona.

Cuando estaba pasada, el gobernador mostró a Ocadíz las minutas de las cartas que había dirigido al general Corona y al presidente don Benito Juárez, en las que les manifestaba que no podía ni quería continuar en el gobierno por la intransigente oposición que le hacían sus enemigos los Palacios y porque temía que estallase una revolución. Suplicó a Ocadíz se encargara del gobierno, asegurándole que la medida sería aceptada y aprobada por Corona y Juárez. Ocadíz no aceptó; y sí le ofreció que iba a procurar la manera de que quedara en paz, lo cual al gobernador parecía imposible. Sin embargo, como tanto los Palacios como sus partidarios, eran antiguos amigos de él, reuniólos para una conferencia, en la que, haciéndoles presente, entre otras razones, que estando aún pendiente el sitio de México, si llegaban a los hechos de armas, harían un escándalo antipatriótico. Convencidos de ello, protestaron bajo palabra de honor, que dejaban en paz al gobernador don Ramón R. de la Vega, no obstante que había sido imperialista. Los ofrecimientos de los señores Palacios y sus adictos, los comunicó al gobernador, quien se tranquilizó.

Cinco días después de la conferencia, se tuvo noticia de que la plaza de México había sido ocupada, y Ocadíz emprendió su regreso. En Guadalajara encontró a Corona, que estaba recién llegado; verbalmente le dio los informes del resultado de la comisión a Colima; Corona se manifestó muy agradecido, pero sin tratar del gasto pecuniario que Ocadíz a su costa había hecho. En esa entrevista dijo Ocadíz: que la República estaba restablecida, que agradecería le diera de baja en el servicio de las fuerzas de su mando. Corona demostrando la sorpresa inesperada que le causaba la pretensión, contestó: que cómo dejaba perdidos y relegados al olvido tantos sacrificios personales y aun pecuniarios que había hecho por la nación; que siguiera con él en el servicio para formarse una carrera militar a que era acreedor. Insistiendo Ocadíz en pedir su baja y Corona en negársela, díjole aquél: que debía hacer lo mismo. Corona replicó: “no soy tan tonto para separarme de la milicia. Usted siga la carrera.” Sin hablar uno ni otro de cómo se encontraba Ocadíz de recursos pecuniarios, sólo le manifestó, que los dos criados con



cinco caballos y dos mulas con equipaje, que al salir de la Villa de Guadalupe para Colima le había dejado encargados, estaban en México al cuidado de don Felipe Santillán para que los recogiera. Corona, por fin, le expidió su baja y Ocadíz marchó al siguiente día a México, que fue a fines de junio de 1867.

Desde aquella fecha hasta el corriente año de 1904, Ocadíz se ha conservado ajeno a la cosa pública, como si no hubiera tomado parte en aquellos grandes acontecimientos de la nación. De la baja debió dar aviso el general Corona al ministerio de la Guerra, pues el despacho del grado de coronel de auxiliares del ejército de la nación de Ocadíz fue expedido por los respectivos conductos en debida forma, por el presidente de la República don Benito Juárez, en los primeros tres meses de 1863; siendo en esa fecha diputado al Congreso de la Unión, Ocadíz no ha hecho caso de los fondos que de su peculio facilitó al general don Plácido Vega en el puerto de la Paz, Baja California, para socorros de su oficialidad y tropa, que para combatir al Imperio llevó de San Francisco, Alta California, al estado de Sinaloa; ni tampoco del valor de la hacienda Dos Arroyos, de su propiedad, en el estado de Guerrero, que vendió para sostenerse en campaña desde junio de 1863 hasta el mismo mes de 1867.

Ocadíz salió de Mazatlan con el carácter de mayor general de la 1ª división de Sinaloa, con su jefe el general Ramón Corona, para el interior del país. Con tal carácter, al atravesar por Tepic y entrar en los límites de Colima, fue el encargado para que, con las fuerzas de los generales Julio García y Amado Guadarrama, y otras de menor número que se incorporaron, formase otra división, que se denominó 2ª de Jalisco del cuerpo de ejército de Occidente, con cuyas dos divisiones se sitió la ciudad de Colima, la que con grueso número de fuerza y artillería ocupaban los generales imperiales Chacón y Andrade. Al cabo de ocho días de combate, habiendo capitulado, el cuerpo de ejército de Occidente siguió su marcha a Guadalajara, ya ocupada por fuerzas del mismo general Corona; pasó por Morelia hasta incorporarse, cerca de la ciudad de mando del general Mariano Escobedo, quien estableció desde luego el sitio. Nombrado el general Guadarrama jefe del cuerpo de ejército de caballería, cuatro días después, por la íntima amistad que tenía con Ocadíz, cuya afición a los caballos conocía, lo inclinó a que dejase las fuerzas de Corona y pasase como mayor general a la 2ª división de caballería, compuesta de tres mil hombres. Ocadíz pasó a prestar así sus servicios en la caballería, hasta la toma de Querétaro.





## CÓMO CONOCÍ AL GENERAL LEONARDO MÁRQUEZ

Quizás yo haya sido una de las causas ocasionales del regreso del general Leonardo Márquez a México. Voy a decir por qué: desde 1892, por diversos motivos históricos y políticos, escribí su nombre en la prensa para familiarizarle nuevamente con el público: si me ocupaba en el 11 de abril de 1859; si en el 3, el 15 y el 23 de junio de 1861, en que Ocampo, Santos Degollado y Valle fueron sacrificados por la reacción; si en el presidente Félix Zuloaga, rey de burlas; si en la Intervención y el Imperio; si en la caída de las plazas de Querétaro y México, y si en el archiduque Maximiliano, mentaba yo siempre aquel nombre siniestro con todas sus letras. De vez en cuando aparecían fragmentos de alguna carta que me escribía desde la Habana, que eran reproducidos por los periódicos de color político subido sin adjetivarlos con aspereza.

Así las cosas, cierto día apareció en *El Partido Liberal*, publicación oficiosa cuyos redactores lo leían sólo en la gacetilla y el boletín del *Monitor Republicano*, este insinuante párrafo:

“El lugarteniente del Imperio anhela volver a México y hay alguien que procura allanarle el camino por donde el perdón ha de venir.”

Transcurrido algún tiempo, Márquez escribió a don Manuel Romero Rubio, ministro de gobernación, diciéndole: que la República estaba cimentada, que la paz era un hecho consumado, que los odios de partido se habían extinguido, que hacía veintisiete años que sufría en el destierro, que solicitaba permiso para volver al país, que prometía no inmiscuirse en política, y que

quería venir a acabar sus últimos breves días. El señor Romero Rubio dio cuenta de la solicitud al presidente de la República, general Porfirio Díaz, quien, siempre magnánimo con los grandes pecadores políticos, acordó de conformidad.

Un día de mayo de 1895, México despertó sorprendido con la noticia del regreso del general Márquez.

Se había embarcado en la Habana en el vapor norteamericano “Segurança,” el 23, sin más compañía en el trayecto que la señora Antonia Ochoa de Miranda y su hijita. A las nueve de la mañana del 27 atracó el vapor en el muelle de Veracruz. Por los periódicos, sus habitantes andaban sobre aviso del acontecimiento. Así, pues, había más público que de costumbre en el muelle en espera de los pasajeros; larga y apretada fila de cargadores les abrieron paso, y mil ojos, después de pasear curiosamente la vista por entre los que llegaban, adivinaron más bien que vieron la figura de Márquez, pequeña, vivarachita, gastada y dura en su expresión.

Al pisar tierra mexicana el célebre e inolvidable proscrito exclamó con los ojos arrasados de lágrimas de felicidad:

—¡Vuelvo al cabo de veintisiete años a la patria!

Y cuando se abrió paso, levantóse un murmullo de honda antipatía; luego entró en la aduana, donde el administrador don Javier Arrangóiz inspeccionó el despacho de su equipaje.

Fue a parar al Hotel México y en seguida pasó a la comandancia militar a saludar al general Rosalino Martínez.

—Vengo, le dijo, a presentar mis respetos como soldado a la primera autoridad militar de la primera población que piso al volver a mi patria. Suplico a usted manifieste al señor Presidente mi cariñoso saludo y mi más profunda gratitud.

—¿Ha llegado usted sin novedad? —le preguntó el general Martínez.

—Sí, señor: no he tenido contratiempo. Estoy bien; me siento feliz. ¡Ah, usted no puede comprender lo que es la proscripción, lo triste que es vivir lejos del país en que se ha nacido! Es usted muy joven. Cuando se vuelve a la patria después de tan prolongada ausencia, parece que vive uno de nuevo. A la patria se la quiere mucho, como a una madre.

Márquez tuvo alguna frase de gratitud para el general Manuel González, de quien recibió, cuando era presidente, alguna muestra de distinción. Al mentarle, decía a secas Manuel.



Con anhelo recorrió a pie la Plaza Principal y los portales. El pueblo no le quitaba la vista de encima: buscaba a la fiera de 1859 y no hallaba más que a un extranjero anciano, ofuscado, manso y cortés.

Al día siguiente, 28, tomó pasaje de primera en el ferrocarril, para México. Después del paso de las cumbres de Maltrata, se le preguntó:

—¿Qué le ha parecido a usted el camino hasta aquí?

—Muy hermoso, y me admira lo bien construido de esta vía. Las vistas de las cumbres de Maltrata son soberbias y grandiosas. Cuando yo salí del país, este ferrocarril sólo llegaba a Tejería y no había esperanzas de terminarlo. Todo esto demuestra el adelanto de México conseguido en los años que lleva de paz, a la que parece se han acostumbrado los mexicanos.

—¿Cómo se siente usted?

—Perfectamente, y hasta me siento rejuvenecido al aspirar el aire de mi patria, de la cual he estado lejos durante muchos años.

—¿Cuál es el objeto de su regreso?

—Además del deseo muy natural de todo el que está lejos de su país, volver a él, el de vivir tranquilamente el poco tiempo que me queda de vida.

—¿Qué actitud guardará usted respecto a política?

—La de una absoluta neutralidad.

A la una llegó el tren a la estación de Esperanza. En el vagón de primera clase, en un asiento cerca de la puerta delantera, venía Márquez. A un vistazo se daba con él, por esta filiación: bajo de cuerpo, delgado, decrepito, una hendidura atroz en el carrillo derecho, el semblante anguloso y de dura expresión.

Ratifiqué bien las señas tan instantáneamente como el pensamiento.

—¿Usted es el general Márquez? —le pregunté.

—Sí, señor.

Y puse en sus manos una carta de presentación del licenciado Rafael Gómez y esta tarjeta:

México, Mayo 28, 1895.

Sr. General L. Márquez.

Orizaba.

Pasajero de 1ª clase.

Cuídese usted mucho conversaciones inoportunas reporteros periodistas, pues creo van algunos.—*Román*.



Y desde luego me habló con familiaridad. Pasamos al restaurant. Tras nosotros iba un muchacho cargando una petaca de lona, color de plomo, a la que no le quitaba la vista. Comió bien y violento, y al querer saber yo sin reticencias, si tomaba vino, agua o cerveza, dijo: —Cerveza, hombre, ¡iqué reticencias! yo soy franco; yo siempre les llamo a las cosas por sus nombres.

En el andén, se le presentó el jefe de la escolta y le saludó particularmente. En este momento le fue entregada una carta; mas como manifestase que no podía leerla por lo cansado de su vista y de sus setenta y cinco años,<sup>1</sup> me suplicó le informase acerca de lo que decía. La carta reza a la letra:

Al Sr. General D. L. Márquez.

Bien venido, General.

La Patria mexicana como madre amantísima y abnegada olvida vuestros errores pasados y os abre los brazos para que en su regazo podáis dormir el sueño tranquilo de la muerte.

La nueva generación que ahora encontráis, no ha heredado de la pasada sus pasiones de partido. Los mexicanos de hoy, amamos la paz y estamos dispuestos a sostener a todo trance a nuestro digno Presidente de la República que ha sabido hacer a su Gobierno el más justo, el más sabio y el más fuerte de todos los que ha tenido la nación, desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días. Conque, venid en paz, señor General, y que vuestros 28 años de ostracismo os hayan servido para apreciar la injusticia con la cual combatisteis al heroico y generoso pueblo mexicano; el mismo que hoy conmovido de vuestra tristísima senectud, ya os ha perdonado.—*Manuel Romero Palafox.*

En el curso de la lectura, al oír que la patria olvidaba sus errores, se sintió intensamente contrariado y exclamó:

—¡No son errores: yo he sido siempre conservador!

<sup>1</sup> Su fe de bautismo es la siguiente:

En diez de Enero de mil ochocientos veinte con licencia del señor D. J. Miguel Guridi Alcocer, cura de esta Santa Iglesia. Yo el Br. D. Alejo Norzagaray bauticé a un niño español que nació antier, púsele por nombre Leonardo Tecófilo Guadalupe Ignacio del Corazón de Jesús, hijo legítimo de legítimo matrimonio de D. Cayetano Márquez, sargento primero distinguido del batallón ligero de Querétaro, y de Da. María de la Luz Araujo, fue su padrino D. Evaristo González Carvajal, teniente graduado del Estado Mayor de esta plaza. Advertido de su obligación.—Dr. José Miguel Guridi Alcocer.—Alejo Norzagaray.



Después, ya en el tren y a punto de partir, recibí un telegrama de México en que se me noticiaba que el pueblo y los estudiantes esperaban a Márquez en la estación de Buenavista para hacerle a su llegada una manifestación hostil. Luego lo hice saber y dijo:

—Pero, ¿por qué? ¡Si yo no vengo más que a acabar mis últimos días!

Entramos de lleno en plática. Desde Veracruz notó grandes progresos y sintió satisfacción por ellos.

—Si yo quiero a mi patria, hombre —exclamó en prueba del placer que sentía por el adelantamiento material del puerto.

Se extasiaba en contemplar la perspectiva del camino y a medida que avanzaba el tren, rejuvenecía en su habla. Con el suave movimiento del gigantesco galope que tomaba la locomotora al encontrar resistencia en medio de la soledad de las llanuras, palpaba su viejo corazón, latía fuerte como queriendo romper la cárcel del pecho con la respiración amplia del aire sano del país natal.

—¡Ah, cómo ha adelantado mi patria! Todo esto no lo dejé así, cuando huí de ella. Recuerdo: Salí de México a caballo, acompañado de mi ayudante Rincón. Llevaba la cara, aquí donde tengo el balazo, muy hinchada, muy abultada. Encontré en una barranca a un grupo de caminantes. Yo creí que estaba perdido; pues no; me dijeron: adiós, amigo. Y yo les respondí: adiós, amigos. Y seguí mi camino. En Tehuacán, sin sentir, llegué a encontrarme entre soldados enemigos y escapé por mi sangre fría, casi a la vista de ellos. De Veracruz salí con un trajecito azul. Se paseaba en el muelle el señor general Díaz; tomé a la izquierda y bajé al bote que me aguardaba, y me alejé. ¡Creí entonces que para siempre!

Todo aparecía nuevo para Márquez y la alegría le retozaba en el cuerpo. Largo, eterno sentía correr el tiempo. A veces se frotaba las manos y afirmaba que en la Habana tenía siempre en la memoria a México, y que el pensamiento que le asediaba era el tornar pronto.

Allá vivía en la calle de Aguiar 92, en la Casa Blanca; vivía solterón, pero arregladamente. A las cinco de la mañana estaba de pie y corría calles para hacer ejercicio. Levantado el sol, empezaba a trabajar: primero fue corredor, después tuvo parte en el bazar de Santa Ana. Temprano se recogía a la cama y dormía a oscuras y a tirones. Algunas veces navegando de paseo, llegó hasta altamar en un botecillo, una cáscara de nuez que era juguete de las olas,



y estuvo en inminente peligro; mas no le dio cuidado. Esa su sangre fría la admiraron los marinos.

Cuando el grito del Yara, ofreció sus servicios al gobierno español contra el movimiento separatista. El general Domingo Dulce, capitán general, le dio las gracias.

Ahora está fuerte aún y no se ha borrado de su manera de obrar la influencia mecánica de la Ordenanza.

Caminando y en el curso de la conversación, se determinó en Huamantla, por lo inquietante de la noticia telegráfica, a no llegar a México el 29; y nos trasbordamos a otro tren en Apizaco y tomamos pasaje para Puebla. Como yo comprase los boletos, hízome esta observación:

—Ya sabe usted que esos gastos de su bolsillo, no los permito de ninguna manera. En México saldaremos cuentas.

—No, general: su compañía me basta.

Ya que nos habíamos sentado en el vagón, después de abrírnos paso trabajosamente por entre multitud de curiosos que vociferaban, de soportar la mirada fija de miles de ojos y de presenciar un desfile interminable, cerca de nosotros, en que había muchísimas bocas abiertas, resolvimos partir a Tlaxcala y de allí, al otro día, a una hacienda inmediata a Texmelucan. Transcurridos tres días, entraríamos en México sin que nadie sintiese nuestra llegada. Nos apeamos en la estación de Santa Ana y allí la curiosidad de los pasajeros y de los habitantes fue tanta como en Apizaco: pasamos por entre otros miles de ojos fijos, y esos ojos nos seguían tenaces unos, y otros indecisos debajo de un entrecejo fruncido y arriba de una boca cerrada.

En Santa Ana formaban en el andén seis ruralazos con carabina terciada y espadón arrastrando. Allí le abrazó Juan Ramírez, diciéndole conmovido:

—¡Parece un sueño, general!

Subimos a un vagón de tracción animal y todavía no se saciaba la curiosidad. Había caras que asomaban por las ventanillas y ¡qué caras! Con mirarlas bastaba para pensar que la mano derecha de su pertenencia así crispada algo. Fuimos a saludar al jefe político y no fue poca su sorpresa al oír el nombre del general. Más tarde, paseándonos en el Zócalo, un transeúnte tropezó cerca de nosotros y estuvo a punto de caer.

—Cuidado, amigo —prorrumpió Márquez.

—Parece que lo conozco —dijo rechecho el transeúnte.



—A ver, ¿quién soy?

—Pues quién ha de ser usted: ¡el general Leonardo Márquez! Venga un abrazo, yo soy el coronel Gerardo Emilio Herrerías.

—Sí, hombre; cómo no lo he de conocer a usted: el padre de usted fue mi ayudante en el Batallón de Toluca.

A poco entramos en el Palacio a hablar con el secretario de Gobierno, a quien enseñó el general su pasaporte, firmado por el Cónsul de la Habana.

—Mire usted, le dije, yo vuelvo a mi país porque el Gobierno me lo ha permitido, porque estoy comprendido en la amnistía del año 70; vengo a mi país a pasar tranquilo los últimos días de mi vida; quiero morir aquí. Qué quiere usted: soy mexicano.

—¿Viene usted a Tlaxcala de paseo? —le preguntó el secretario de Gobierno.

Y entre dientes, como que contestó de mala gana que sí; y mostrándose más la franqueza con el carácter amable del alto empleado, Márquez manifestó:

—La verdad, señor, es que no quiero que por mi causa se dé un disgusto al Gobierno, a mi llegada a México, por unos jóvenes que ignoran que vuelvo sin más deseo que vivir en paz, sin inmiscuirme en nada. Si mi regreso es motivo de disgusto general, de aquí puedo volverme a la Habana y acabar allá mi vida, que ya es corta. Pienso esperar a ver el curso de los acontecimientos y obrar por la lección que me den.

—General, obre usted, sin que sea consejo, como se lo dicte su corazón. Las corazonadas siempre son de felices resultados.

Nos despedimos del secretario y la corazonada fue ir a dormir a Puebla. A nuestro regreso a Santa Ana, el jefe de Rurales, Campos, manifestó a Márquez que no había novedad; y a su paso, cerca de una escolta, le terciaron las armas, y el general se tocó todavía con cierto airecillo marcial el ala del sombrero.

A la entrada de la noche, vi decaer su ánimo, no sé por qué. Entre las sombras que parecían surgir de los bosques, allá en la llanura extensa y silenciosa, sombras que se nos acercaban como fantasmas para envolvernos, tuvo la sugestión del peligro. Se quedó mirando lejos y dijo.

—Parece que viene caballería a escape.

—¿Por qué, general?

—Porque allá (indicaba un punto en la llanura) veo levantarse polvareda.



—No, general: es efecto de la llegada de la noche. Puede decirse que la luz y la sombra chocan y se mezclan, produciendo lo que usted cree ver. Nos paseábamos en espera del tren, que tardaba, cuando de súbito se detuvo, tal vez para espantar alguna idea negra, y preguntó:

—¡Qué extraño! ¿Por qué tocan tanto las campanas aquí? ¿Qué no dicen que las leyes de Reforma lo prohíben? El viento nos traía de Tlaxcala, que había quedado distante, el eco de unos dobles sonoros y persistentes.

En seguida el frío y el aire nos hicieron buscar refugio en la pieza de la estación. Unas señoritas platicaban sobre la impertinencia de los moscos, y Márquez pintó a lo vivo su coraje contra ellos, porque hacían daño y por su pequeñez no se les podía hacer nada; ¡escapaban de la venganza! En esto se le manifestó que podría hacerle mal el frío.

—No, hombre; a mí no me hace mal nada: ni el frío, ni el calor, ni nada. Con todo, de su petaca sacó su paletó y se lo puso.

Pitó el tren que iba a Puebla y nos prevenimos para el viaje.

—Ya sabe usted, me dijo al comprar los boletos de pasaje, que estos gastos no permito que usted los haga. A las ocho y minutos de la noche llegamos a Puebla. A unos militares que nos asechaban, les cogimos la vuelta. Ya se sabía que llegaría Márquez y numeroso público esperaba. Violentamente entramos en un coche y de incógnito tomamos el cuarto 28, altos del Hotel de Francia, inscribiéndonos en el pizarrón y los libros bajo los nombres de Ángel y Luis Martínez.

Le propuse que bajásemos al comedor; pero rehusó, creyendo más prudente que nos subiesen la cena. Tomó café con leche con escaso apetito; y resolvimos que al otro día, muy de mañana, tomaríamos el tren directo de México y nos aparcaríamos en Peralvillo, frente a la estación del Ferrocarril Hidalgo. Y paseándonos en el cuarto, decía, al pesar las dificultades con que habíamos venido tropezando para tener un viaje tranquilo:

—Se me ha ofrecido todo género de seguridades ¿por qué, pues, se me hace todo esto? Yo no vengo a hacer política. El partido conservador hace tiempo que está muerto. Quiero nada más vivir y morir tranquilo. En diciendo esto, intentaba enseñar algunas cartas de altos personajes.

Conforme algún tanto con la situación, convino en que yo continuase haciendo todos los gastos de viaje, con la condición, afirmaba él, de que me los



reembolsaría a su llegada; porque sólo llevaba consigo oro y valores en letras. Mostrábase indignado cuando le decía que no le pedía cuentas.

Llegada la hora de recogernos, oró fervorosamente largó rato, en seguida se cercióró de que la puerta quedaba bien cerrada, de que adentro estábamos nada más nosotros; y dando las buenas noches, dejó caer su cabeza, quizás nunca tan abrumada de tristes pensamientos, como ahora, en la almohada. Su sueño fue de una pieza.

El toque de alba en la sonora campana de Catedral le despertó. Al auriga del coche de sitio número 45, le dijimos en voz alta que nos condujese a la estación del Interoceánico; y en el camino, hablando del punto en que había que desayunar, fuimos a parar a la estación del Ferrocarril Mexicano.

Apenas habíamos ocupado nuestros lugares en el vagón de 1ª clase, aparecieron merodeando por las ventanillas los bigotazos semicanos y retorcidos del licenciado Joaquín Valdés Caraveo.

Márquez, contento porque no le asediaban tantos curiosos como la víspera, me platicó de la revolución de Cuba y de sus aficiones por la vida del campo. Si no ha sido por una orden el año 53, no hubiese abandonado la hacienda de Huehuechoca, que significa *viejo que llora*. De allí fue a organizar el batallón de Toluca.<sup>2</sup> Andando el tiempo, llegó un día en que se le quiso

<sup>2</sup> No queremos juzgar a Márquez como militar: la opinión pública no oscila en tenerle como un soldado prominente. Sirvan los documentos que siguen para que ocupe su verdadero lugar en la Historia.

Exmo. Señor Presidente.

El ciudadano Leonardo Márquez, meritorio de la Tesorería General de la República, ante V. E., con el debido respeto manifiesta: que consecuente con la ley de 20 del mes corriente, y deseoso de contribuir por su parte, del modo que sea más positivo, al restablecimiento de la libertad del E. S. General Presidente D. Antonio López de Santa-Anna, presenta su persona libre y espontáneamente, suplicando a V. E. tenga la bondad de emplearlo en las filas de la división que sea nombrada para la salvación de S. E.

Podría, E. S., hacer mérito de los cortos de su padre, el capitán del extinguido Primer batallón permanente, D. Cayetano Márquez, a quien acompañó en sus jornadas sobre Chiapas, campaña de invasión contra los españoles el año de 829, en Tampico de Tamaulipas, hasta los Estados de Coahuil-tejas, y últimamente en la del Sur, el de 831, que habiendo sido consultado para subteniente del Batallón activo de Querétaro, por el Sr. coronel del cuerpo, D. Cayetano Montoya, su referido padre, sin su consentimiento, renunció este beneficio por haber sido promovido y no querer abandonar su persona como consta de los asientos que deben obrar en la Inspección de esta arma.

En tal virtud:

A V.E. rendidamente suplica tenga la bondad de atender a esta solicitud, colocándolo de subteniente como pretende, en el cuerpo que fuere de su supremo agrado, para marchar a la campaña, que en ello recibirá merced y gracia.

México, Mayo de 1836.—Leonardo Márquez.



Días	Meses	Años	EMPLEOS Y GRADOS	Años	Meses	Días
15	Enero...	830	Cadete de la Compañía de Lampazos.....	2	4	16
1º	Junio...	832	Cadete del batallón activo de Querétaro.....	4	4	
1º	Octubre...	836	Subteniente miliciano de Fusileros.....	2	10	
27	Abril...	839	" " Cazadores.....			
1º	Agosto...	839	" " veterano en ".....	2	3	15
16	Novbre...	841	Teniente de fusileros.....	2	7	12
21	Abril...	842	Grado de Capitán.....			
28	Junio...	844	Capitán.....	2	10	17
15	Mayo...	847	Comandante de Batallón.....	5	10	11
26	Marzo...	853	Teniente Coronel.....	4	4	15
11	Agosto...	853	Coronel.....	5	..	6
10	Septbre...	854	Grado de General de brigada.....			
26	Octubre...	855	Uso de retiro por haberse hallado defendiendo a Puebla contra el gobierno de Ayutla.....			
27	Junio...	858	Volvió al servicio con prevención de que se le abonara el tiempo del nulo retiro.....			
17	Agosto...	858	General de brigada efectivo.....	7	7	24
11	Abril...	859	General de división.....	4	8	19
TOTAL hasta 31 de Diciembre de 1863.....				33	11	15
<b>CUERPOS EN QUE HA SERVIDO Y CLASIFICACIÓN DE SUS SERVICIOS</b>						
En la Compañía presidencial de Lampazos desde 15 de Enero de 1830 hasta 31 de Mayo de 832.....				2	4	16
En el Batallón activo de Querétaro y en la Inspección de la arma desde 1º de Junio de 832 hasta 30 de Septiembre de 836 que ascendió en el Batallón de Mexititlán.....				4	3	29
En el Batallón activo de Mexititlán desde 1º de Octubre de 83 hasta 31 de Julio de 839, por entero por haber estado sobre las armas.....				2	10	1
En el 11º Regimiento desde 1º de Agosto de 839 a fin de Junio de 844.....				4	10	29
En el 1er. Regimiento ligero desde 1º de Julio de 844 a 8 de Febrero de 849.....				4	7	8
Dado de baja desde 9 de Febrero de 849 a 25 de Marzo de 853, cuyo tiempo se le abona como comprendido en la amnistía de 6 de Febrero del último año y por suprema orden de 5 de Enero de 1854.....				4	1	17
En el Batallón activo de Toluca, después 4º ligero, desde 26 de Marzo de 853 a fin de Agosto de 855.....				2	5	5
Suelto de 1º de Septiembre de 855 a 25 de Octubre del mismo año.....				..	1	25
Retirado de 26 de Octubre de 855 a 26 de Junio de 858 que volvió al servicio abonándole el tiempo de retiro por suprema orden de 29 de Septiembre de 858 y sin considerársele interrumpido el tiempo por haberse hallado en la defensa de Puebla contra los liberales y trabajando en favor de la causa del orden.....				2	8	1
Empleado en varios servicios y como general en jefe del 1er. cuerpo de ejército del Norte, en jefe del ejército mexicano y de la división de su nombre, desde el 27 de Junio de 1858 hasta 15 de Diciembre de 863 que se cierra esta hoja.....				5	6	4
Tiempo doble por el decreto de 10 de Junio de 833.....				1	..	
Abono de tiempo con arreglo al supremo decreto de 2 de Septiembre de 853.....				1	..	
TOTAL de servicios.....				35	11	15



Estándose colocando en las vacantes de los cuerpos activos que marchan, porción de jóvenes que tal vez no han prestado servicio alguno, por lo que yo juzgo en el que solicita, puede ser empleado en uno de los batallones activos que tengan necesidad de oficiales y sean del ejército. Lo que creo sin inconveniente por tener los requisitos de reglamento; pero V. E. dictará en el particular lo que juzgue oportuno.

México, Junio 1º de 1836.—E. S.—Gabriel Valencia.

México, Junio 3 de 1836.—Informe el Exmo. Sr. Inspector de milicia activa.—Tornel.

Exmo. Sr.: Me suscribo en un todo a lo que el señor Comandante general expone en el anterior informe, y en esa virtud, podría colocarse al interesado en esta instancia, en el Batallón ligero de Santa Anna o al 20º de Toluca; siendo lo único que puedo decir a V. E., cumpliendo con su superior decreto que antecede.

México, Junio 9 de 1836.—José J. de Herrera.

Francisco Sosa, capitán retirado de infantería permanente.

Certifico: que cuando yo estuve agregado al Batallón activo de Querétaro el año de 1831; el mes de Agosto del mismo año, el señor coronel del cuerpo D. Cayetano Montoya propuso para subteniente del expresado batallón al cazador distinguido D. Leonardo Márquez, hijo del segundo ayudante del mismo cuerpo, D. Cayetano Márquez; que su propuesta la aprobó el Supremo Gobierno; que se le expidió su despacho, y que no lo recibí porque el señor su padre lo renunció sin su consentimiento. Y para que conste, a pedimento del interesado doy el presente en México, a 7 de Julio de 1836.—Francisco Sosa.

Exmo. Sr. Ministro.

El C. Leonardo Márquez, meritorio de la Tesorería General de la República; ante V. E. con el debido respeto manifiesto: que habiendo presentado a V. E. por conducto del señor comandante general y con informe suyo, una solicitud pidiendo un despacho de subteniente para marchar a Tejas y tener el honor de batirme con los ingratos y pérfidos colonos en defensa de nuestro territorio, V. E. dispuso que la informara el Sr. Inspector activo, y habiéndola informado dicho señor, la devolvió a V. E. a principios del mes próximo pasado. Sabedor yo de que en estos días se han despachado otros asuntos, posteriores al mío, y mirando que mi solicitud ni se ha despachado, ni aun he tenido la más mínima noticia de ella desde que la Inspección la devolvió al Supremo Gobierno,

A V. E. rendidamente suplico tenga la bondad de despachar este asunto, colocándome en el Batallón activo de Toluca, si tuviere a bien acceder a mi solicitud en lo que recibiré merced y gracia.

México, Julio 4 de 1836.—Leonardo Márquez.

Exmo. Sr.

Leonardo Márquez, subteniente de la Compañía de cazadores del Batallón activo de Mexxtitlán, y agregado hoy al de Tlaxcala; por los conductos que la ordenanza me demarca, y con la subordinación debida, a V. E. expone que en esa Capital, tiene intereses de consideración, que se hallan al perderse, por ser el encargado de ellos hombre de mala conducta, y haber ya principado a disponer de ellos, amplia e indebidamente, de lo cual resultará indudablemente su completa destrucción. Y como el que habla, no tiene en esa ciudad un sujeto de su satisfacción, a quien poder confiar el cuidado de sus asuntos. Y estos intereses, son los únicos recursos con que su familia cuenta para su sostenimiento, resulta de aquí: que si los mencionados intereses se pierden, su indicada familia queda por consiguiente, completamente arruinada, en la indigencia, y abandonada al infortunio. Un caso tan duro, no puede permitir el exponente que llegue; pues las leyes, la naturaleza, los sagrados deberes de hijo, y todo, todo generalmente, le impone la obligación de mantener, asistir, cuidar y dulcificar la vida preciosa de sus padres y familia, cuando éstos se hallen imposibilitados de poderlo hacer por sí mismo. Y encontrándose la familia del que habla en este caso, de ninguna suerte puede el exponente dejara perecer. Por todo lo expuesto.

A V. E. rendidamente suplica tenga la bondad de concederle licencia por el término de dos meses, para pasar a la ciudad de Méjico, para arreglar sus interesantes asuntos; o si por algún motivo, esto no pudiere ser, suplica, a V. E. se digne concederle su licencia absoluta, en lo que recibirá merced y gracia.



---

Tampico, Julio 12 de 1839.—E. S.—Leonardo Márquez.

Por la escasez de Oficiales que hay en esta plaza, soy de sentir que si V. E. lo estimare conveniente, quede sin lugar esta solicitud.

Tampico, Julio 16 de 1839.—Exmo. Sr. Mariano Arista.

De conformidad con el precedente informe del señor Subinspector de Tamaulipas, soy de sentir que V. E. se sirva desestimar la presente solicitud, ya por hacer poco tiempo que el interesado estuvo en esa ciudad y ya por no ser ciertos los motivos que expone; pero sin embargo V. E. resolverá.

México, Agosto 10 de 1839— Exmo. Sr. Gabriel Valenria.

Regimiento de Infantería núm. 11.—E. S.— Con fecha 21 del mes próximo pasado dije al señor general en jefe de este Cantón lo que sigue: —A las siete de esta noche me ha dado parte el teniente coronel del Regimiento de mi mando, de haber cometido faltas graves en el servicio hasta el caso de sediciosas a la disciplina, el capitán de la 3ª Compañía del 1er Batallón de este Regimiento D. Leonardo Márquez, quien mandó formar su Compañía dentro de la cuadra, vestida de gala y con sus oficiales a la cabeza, y encargándose a todos los arengó y dictó leyes aboliendo algunos artículos de la Ordenanza y haciendo un desprecio de toda ella, les dijo a sus soldados que no volvería a haber castigo que fuese con palo, aún de los que están demarcados para su corrección; y al efecto mandó saliesen todos los cabos con sus varas en las manos y las mandó quemar en una hoguera que para este fin se puso, y a la vez hizo otras demostraciones y virtió palabras subversivas y de alboroto contra el orden establecido para el buen régimen del cuartel, con lo cual ha dado lugar a que la tropa tal vez pueda insolentarse, pierda su disciplina, subordinación y otras cosas tal vez de mayor trascendencia; y como por mi deber me veo en el caso de no permitir tal relajación, como que la tropa se conserve con la más estricta subordinación y disciplina, he dispuesto que el expresado capitán Márquez pase inmediatamente arrestado a banderas y que sea formada la correspondiente sumaria averiguación sobre este procedimiento, tan criminal, por el Comandante de Batallón del mismo cuerpo, D. Miguel Camargo; con lo que daré cuenta a V. E. para su superior determinación, suplicándole se sirva concederme que este oficial continúe su arresto en uno de los cuarteles que tenga a bien de los de este Cantón, siendo con estrecha reclusión, entre tanto el fiscal pueda tomar las declaraciones necesarias y que en ellas no haya ninguna confabulación en asunto tan delicado, para el mejor acierto.—Todo lo expuesto tengo el sentimiento de participar a V. E. para su conocimiento.— Y cuya sumaria de orden del mismo Señor Gral. la continuó el Sr. Mayor Gral. de este Cantón, siendo su conclusión el haber marchado a la fortaleza de Perote el expresado capitán Márquez en virtud de lo mandado por el E. S. Presidente constitucional de la República D. Antonio López de Santa Anna, según el oficio que en copia tengo el honor de acompañar a V. E. para su debido conocimiento, manifestándole al mismo tiempo que el mencionado capitán será dado de baja en su compañía en la próxima revista, quedando en el cuerpo hasta la resolución del supremo gobierno.— Dios y Libertad.— México Jalapa, Junio 9 de 1844.—Nicolás Enciso.—E. S. Jefe de la Plana Mayor General del Ejército.—En copia. México, Junio 22 de 1844.—Ignacio Falcón.

Serenísimo Señor.

Leonardo Márquez, coronel veterano, del 4º Batallón Ligero Activo, por los conductos de ordenanza, y con la subordinación debida a S. A. S., respetuosamente expone: Que a consecuencia de haber proclamado en la Sierra de Xichú el 11 de Febrero de 1841, el plan salvador que para bien de la patria, renació y triunfó luego en Jalisco, el Gobierno de aquella época le hizo la persecución consiguiente, sentenciándolo a muerte y buscándolo infatigablemente para ejecutarlo; en cuya posición permaneció el exponente privado de todo recurso, y hasta de su libertad, por espacio de dos años, tres meses, hasta que se le comprendió en la amnistía expedida por el Congreso, privándolo del ejercicio de su empleo, que quedó sin efecto al regenerarse la Nación. En consecuencia, el que habla, no cree justo, después de tantos padecimientos, perder sus haberes, correspondientes a aquella época, y tanto más, cuanto que S. A. S. se ha servido ya mandar, que se le abone en su hoja de servicios aquel tiempo, íntegro, como si no hubiese estado suspenso



aprehender para ir a entregarle al general Álvarez, al Sur; y entonces por una puerta de su casa entró la escolta, y él por la otra escapó y huyó a Puebla para tomar parte en la revolución. ¡Ah! si no ha sido por esa fatalidad, sería un agricultor ricachón, porque le gusta trabajar, andando al sol, a caballo, mo-  
jándose, cansándose.

Y ahora que digo fatalidad, debo asentar que él cree que todo tiene causa en ella.

—Yo, afirma, por fatalidad he hecho todo en mi vida. Me arrastra. No se cansaba de ver y admirar el camino en todo el trayecto.

Conoció la Villa de Guadalupe desde sus primeras casas.

En Peralvillo, frente a la estación del Ferrocarril Hidalgo, hizo alto el tren y nos apeamos.

Ya venía don Ramón Araujo, pariente suyo, con un enjambre de pequeños, a uno cargaba, a otro tiraba de la mano y éste a su vez a otro y éste a otro. Venían también don Victoriano Argüeros y el coronel Agustín Camacho.

Márquez subió en una carretela, que fue a parar al Hotel Washington. Instalado en sus habitaciones, fuera de sí de gozo, habló de esta manera.

—En el extranjero nada tenía atractivo para mí, todo me era indiferente, lo mismo las diversiones que los acontecimientos más importantes que se desarrollaban ante mis ojos. En cambio; todo lo que se refería a México me afectaba vivamente y se acentuaban más esos sentimientos por mi patria cuando se trataba de alguna desgracia o suceso de otro orden que pudieran ser de trascendencia para México. Entonces experimentaba yo sentimientos tan hondos como si se tratara de hechos pertenecientes a mi familia o a mi hogar.

Cuando surgió la cuestión entre Guatemala y México, fue de los primeros en ofrecer su espada para defender a la patria.

A los tres días de llegado, le hice una visita, y me dijo:

---

del ejercicio de su empleo, por hallarlo así justo; cuya gracia, además, ha tenido la bondad S. A. S. de conceder a otros militares que se han encontrado en circunstancias semejantes. Por lo cual: a S. A. S. respetuosamente suplica el que habla, se digne ordenar que se le abonen por la hacienda pública, sus haberes correspondientes a dicho tiempo, del 11 de Febrero de 1841, al 7 de Marzo de 1853; en lo cual recibirá una distinguida gracia.

Jalapa, Julio 28 de 1854.-Serenísimo señor. Leonardo Márquez.



—Parece que soy extranjero en mi tierra: todo es casi nuevo: las calles, las casas, el comercio. Entre los transeúntes no conozco a nadie; pero estoy muy contento. ¡Cuánto ha progresado mi país!

Ahora Márquez, después de nueve años de volver a ser mexicano, continúa habitando en el mismo hotel. Su vida es de aislamiento. Sus amigos son muy contados; y a ninguno le habla de política, ni de su pasado. Es madrugador. Todos los días oye misa en la iglesia de Santo Domingo. Da invariablemente un largo paseo a paso menudo y ligero, viste con elegancia y corrección, come muy bien; en fin, vive más que cómodamente. Suele ir al teatro, y cuando no, se recoge temprano. Lo más del día permanece encerrado en sus habitaciones ¿Qué hace? Lee dos o tres periódicos católico, escribe al doctor Márquez, un negociante en grande de magnesia, y parece que resuelve cuantas intrincadas de fuertes valores.

En el balcón de su departamento hay una persiana en la que está pintada una pantera. ¿Es que este hombre lleva tras sí la maldición del pasado? No, es la fatalidad.

Un rasgo suyo: al día siguiente de nuestro arribo, un periódico publicó, que no solamente había yo acompañado al general Márquez en su viaje, sino que él había costado el mío y yo había vivido a sus expensas.

Recorté el párrafo y se lo acompañé con una carta en que le suplicaba que dijese la verdad. Su respuesta fue mandarme a don Román Araujo para preguntarme cuánto me debía. Respondí que nada, que no le cobraba; pero que sí le exigía caballerosamente que pronunciase la verdad. Márquez guardó silencio absoluto. Así le conocí.

Don Roberto A. Esteba escribía el 27 de septiembre de 1867: “Márquez ha sido doblemente traidor. Traidor a su patria y traidor a la causa imperialista. Si tuviera dos vidas, debería ser ahorcado dos veces: una por los republicanos, otra por los que reconocieron al Archiduque como Emperador.”

Y el general Félix Zuloaga, a quien anduve llevando y trayendo como presidente, en 1861, dice:

El carácter de este jefe (Márquez) es el más a propósito para convertir en enemigos a los amigos más entusiastas y decididos, y aun para esto no necesita de mucho tiempo: bástale para conseguirlo pasar de tránsito: su huella se conoce aún a larga distancia: allí donde hay desolación y lágrimas, donde



la barbarie se ha cebado en alguna víctima: por allí, sin duda, ha pasado el general don Leonardo Márquez.

Y a pesar de los colores negros con que le perfilan, no hay día de *Corpus* que no deposite una corona de flores en el lugar donde reposa el señor Manuel Romero Rubio. Siempre es la primera puesta por aquella mano agradecida.

México, Julio de 1904.





## CÓMO MURIÓ LEANDRO VALLE

Me viene la conformidad luego que recuerdo que murió por su patria.

*Ignacia Martínez, madre de Leandro Valle.*

Junio 23 de 1892.

Iniciando en el Congreso la supresión de los tratamientos oficiales, supo la muerte de Santos Degollado, y ciego de ira dejó escapar una palabra dura en su contra, la cual originó con el general Nicolás Medina un serio altercado, que debía de terminar en duelo.

—Estas charreteras me las he puesto a cañonazos —dijo exaltado, palmeándose los hombros.

Una mañana, ¿quién de aquella época preñada de odios no la recuerda? Leandro Valle, montado en San Pedro (un brioso caballo alazán tostado), vestido de gris, luciendo la militar botonadura dorada, fieltro negro, botas federicas, el pelo al rapé, barbilampiño, radiante de gloria y muy joven aún, salía de la casa núm. 4 del Tercer Orden de San Agustín, para marchar a la cabeza de las fuerzas que el gobierno creía suficientes para exterminar a las reaccionarias de Márquez y Zuloaga, que, después de asesinar a Ocampo en Caltengo, invadían ahora el Estado de México. A la vez el coronel Tomás O'Horán venía de Toluca para operar de acuerdo sobre el enemigo en el Monte de las Cruces. El general José María Arteaga iba por otro lado al mismo punto.

Turbado por tristes presentimientos, Valle se había despedido de la que pronto sería su esposa, la señora Luisa Jáuregui de Cipriani, prometiéndole la victoria. De paso por la Calle Real de Tacubaya, dio también su adiós a doña Ignacia.

—Tal vez no nos veamos más. ¡Quién sabe si me ahorquen, madre mía! —exclamó, echándole los brazos; mientras ella, creyente fervorosa, le colgaba al cuello un relicario de la Virgen de los Remedios.

—No, no quiero; dirán que una cosa creo y otra predico.

—Mira, Leandro, hazlo por mí.

La noche del 22, Márquez y Zuloaga tuvieron noticia en Atlalulco de que O'Horán, de Toluca, y Valle, de México, salían a combatirles, y dispusieron marchar en la madrugada del 23 para darles encuentro en el Monte de las Cruces. A las diez y media de la mañana, las avanzadas de la caballería de los coroneles Almancia y Juan Silva, tiroteaban a las de Valle en la Maroma. Luego Márquez ordenó cargar y empeñóse sangrienta batalla bajo fuego nutrido, hasta cerca de la una de la tarde, en que Valle, en una loma, ya sitiado, y a la desbandada y muerta parte de su tropa, formó cuadro. Debilitado el flanco izquierdo de los batallones de Moctezuma y 2º de Zacatecas, hizo en triángulo resistencia y a continuación en zigzag para luchar a bayoneta calada. Al ver lo irremediable, montó en San Pedro y rompió el sitio. Un piquete de la caballería enemiga le persiguió a escape y le hizo prisionero en Santa Fe. Desgarraban el cielo nublado uno que otro tiro de los dispersos en la espesura del monte, cuando Lindoro Cajiga y el coronel Jiménez Mendizábal aparecieron en el campo de la guerra conduciendo a Leandro Valle. Se aproximó con asombrosa tranquilidad fumando un puro, rodeado de una turba furiosa que le befaba, gritando: ¡muera el Pelón! ¡mátenlo! ¡mátenlo! Avisaron a Márquez, quien se encontraba con su estado mayor y Zuloaga en una explanada, que habían hecho prisionero a Valle.

—Supongo que a éste sí lo fusilaremos —dijo Márquez a Zuloaga, apenas se le rindió el parte.

—A éste sí, porque lo hemos cogido con las armas en la mano —afirmó Zuloaga.<sup>1</sup>

Y Márquez extendió con fruición la orden, que dice:

<sup>1</sup> Con este motivo, alegándome el general Félix Zuloaga que no había tenido ningún participio en la muerte de Ocampo y sí en la de Leandro Valle, decíame: —Juzgue usted lo que yo era cuando Márquez: estando en Ayutla, un señor Cortina, español, me cobraba por haber estado en su casa y por asistencia; le pedí dinero a Ismael Piña, que era el resorero, y me lo negó. Pero, hombre, le dije:... ¿me niega usted a mí, que soy el Presidente? —Sí, me contestó, porque no tengo orden de Márquez. —Pero ¡sí yo soy el Presidente!

Y me quejé a Márquez



Ejército Nacional. —General en Jefe.— Leonardo Márquez, General en Jefe de este Ejército, ordeno que el capitán de Ingenieros que pertenece a mi Estado Mayor, Manuel Beltrán y Puga, se encargará de pasar por las armas al traidor a la patria D. Leandro Valle, el cual será fusilado por las espaldas, para lo cual se le dejará media hora para que se disponga, y después de haberle fusilado que se le ponga en un paraje público para escarmiento de los traidores, para lo cual pedirá en el escuadrón de Exploradores Valle, doce hombres al comandante de escuadrón D. Francisco Aldana.

Por lo tanto mando que le comunique esta orden a dicho Capitán. Dios y orden. Cuartel General de Salazar, Junio 23 de 1861.—*L. Márquez.*- Al Capitán de Estado Mayor *Manuel Beltrán y Puga.*

Lindoro Cajiga y Jiménez Mendizábal cargaron a la derecha del camino con el preso, y en un claro del monte hicieron alto.

—Por orden del general Márquez —hizo saber un ayudante a Leandro Valle— tiene usted media hora para disponerse.

—Hace bien Márquez —dijo Valle— porque yo no le hubiera dado ni tres minutos.

Y empezaron los preparativos del fusilamiento. Ordenaron a Valle que se apeara de San Pedro, porque le iban a pasar por las armas. Permaneció de pie cerca de un tronco de árbol. Una escolta de infantería esperaba la voz de mando. Al aparecer el capitán que debía ejecutar, Valle, desabrigándose, dijo al P. Bandera, capellán del ejército reaccionario:

—Padre, le regaló a usted mi capa.

Sus botas federicas se las dio al coronel Ismael Piña.

En este instante, Negrete se presentó a caballo.

—Señor general, yo soy el general Miguel Negrete, por cuya cabeza ha ofrecido usted mil pesos; hoy no quiero más que darle a usted un abrazo.

—Con mucho gusto.

Se apcó Negrete y abrazó a Valle, y éste le regaló su reloj, diciéndole:

—Como un recuerdo.

Otra vez salió del grupo que rodeaba a Valle, la del coronel Agustín Díaz.

—Un antiguo compañero de usted, de colegio, desea tener esta misma satisfacción.

Valle le abrió los brazos.

—Deseo escribir a mi familia —suplicó al capitán.



En un plieguito de papel escribió con lápiz esta carta:

En el Monte de las Cruces, Junio 23 de 1861.— Padre y madre queridos, hermanos todos. Voy a morir, porque esta es la suerte de la guerra, y no se hace conmigo más que lo que yo hubiera hecho en igual caso; por manera que nada de odios, pues no es sino en justa revancha. He cumplido siempre con mi deber; hermanos chicos, cumplan ustedes, y que nuestro nombre sea honrado como el que yo he sabido conservar hasta ahora.

Padre y madre. A... esa carta, a mí, un eterno recuerdo. También de ti me acuerdo, Agus<sup>2</sup>, tú has sido mi madre también.

A mis hermanos y amigos, adiós.

Reinaba el silencio del respeto que produce el heroísmo.

Así que terminó, el P. Bandera le dijo:

—Confíese usted.

—No, no me confieso.

El capellán insistió acercándosele, cubriéndole con su capa (comenzaba a go-tear) y hablándole al oído para convencerle.

—Estamos perdiendo el tiempo, Padre: ustedes tienen que hacer.

Valle descolgóse un *bejuco* de oro y el relicario que su madre le había puesto, y dijo a uno de tantos:

—Le suplico que entregue usted a la señora Ignacia Martínez este bejuco y este relicario, que no es muy milagroso.

Sacó de sus bolsillos el dinero que tenía y lo puso en manos del capitán para que lo repartiera entre los soldados que lo iban a fusilar.

Como viera que le apuntaban por las espaldas, manifestó indignado:

—¿Por qué me han de fusilar por detrás, si no soy traidor?

Supo que la orden era terminante, y entonces dio las espaldas al pelotón, diciendo:

—Lo mismo da morir por delante que por detrás.

Le miraban los ojos de los fusiles, cuando volvió la cara y advirtió a uno de los soldados que se le había caído la cápsula.

<sup>2</sup> Agustina Valle, su hermana.



Efectivamente, así había sucedido.

Terminada la ejecución, Márquez mandó colgar el cadáver de un árbol. Ratificaba la promesa que había hecho en Tacubaya el inolvidable 11 de Abril: *Estos jóvenes de valor y de talento son los que necesitamos hacer desaparecer.*

Una rarísima bonita acción: Luis Álvarez, ayudante de Leandro Valle, se salvó, porque a su padre don Melchor Álvarez debía Márquez toda su educación.

Sabidas las noticias del desastre en México, el general Felipe Berriozábal dispuso en Toluca que el coronel Tomás O’Horán, al mando de un piquete de tropa, fuera a buscar el cadáver de Leandro Valle. Pendiente de un árbol del camino estaba, con este letrero a los pies: *Jefe del comité de salud pública*, y cerca, en la misma postura, el cadáver de su ayudante Aquiles Collín.<sup>3</sup> Bajo éste, un perrito que le acompañó siempre en campaña, rascaba tierra y aullaba con la mirada fija en los restos de su amo. El perrito fue a parar en poder de la señora Isabel Ochoa, esposa del general Berriozábal. A los cinco días desapareció, y mandado buscar, lo hallaron en el Monte de las Cruces, abajo del árbol en que suspendieron a Collín: aullaba, rascaba tierra y miraba lastimosamente arriba. Llevado de nuevo a la familia, huyó a los pocos días; pero esta vez fue hallado ya muerto bajo del mismo árbol en que había estado pendiente el cadáver.

<sup>3</sup> Dice el general Miguel Negrete en sus Memorias, inéditas aún:

“De Cuautitlán nos dirigimos por Huisquilucan para el monte de las Cruces, porque de México había salido una columna a atacarnos y otra de Toluca al mando del señor general don Felipe Berriozábal; esta segunda columna fue batida y completamente derrotada, haciendo prisionero al señor general don Leandro Valle, quien fue fusilado a las cinco de la tarde, habiendo salvado ya un extranjero, Aquiles Collín, ayudante suyo, de que lo hubieran fusilado también.”

Casi al terminar la guerra separatista, el general Negrete fue a San Antonio, Texas, y le picó la curiosidad las atenciones de que era objeto por parte de todo el personal del hotel en que se había hospedado. Su nombre estaba inscrito a secas en el pizarrón y nadie parecía conocerle. La víspera de su regreso a México compró dos caballos al dueño del establecimiento y quiso saldar sus cuentas. El administrador le manifestó: —No debe usted nada. —¿Cómo nada? —Pues sí, señor; nada. —Pero si aquí me he hospedado, y he subsistido, y he comprado los dos caballos. —Nada debe usted, mi general —dijo el propietario descorriendo el velo del enigma y abrazando muy conmovido a Negrete. —¿Por qué no he de deber nada? —Porque a usted le debo mi vida: yo soy Aquiles Collín, a quien usted salvó en el monte de las Cruces cuando Leandro Valle fue fusilado.

El señor general Aureliano Rivera, que también estuvo en la Maroma a descolgar el cadáver de Valle, asegura que no vio el de Collín.

Pero sobre estos testimonios, a nuestro parecer, está el del general Ignacio Bravo, testigo de vista.



El día 28 supo la señora Ignacia Martínez que el cadáver de su hijo llegaría a Mulitas y salió a su encuentro. “Yo estaba loca de dolor, cuenta. Lo vi venir en hombros de unos indios y escoltados por unos de a caballo. Subí a un coche y lo seguí. En la garita de Belém cedieron a mis ruegos Alcalde y el *Huero* Medina para que me dejaran verlo, diciéndome: —“Pero sólo lo va usted a ver, nada más a ver.” Destaparon la caja. ¡Ah! estaba hasta en paños menores.”

Ayer esta venerable anciana, que cuenta de edad ochenta años y que recibe del gobierno cien pesos mensuales de pensión, me decía:

—Ahí, en este armario, tengo la camisa ensangrentada que traía Leandro; pero hace treinta y dos años que no la veo, no quiero verla. Y ya él presentía su fin. Me contaron que cuando llegó al Monte de las Cruces, dijo: —“Me huele aquí a muerte.”<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Este artículo es el resultado de entrevistas que el autor ha tenido con la señora Ignacia Martínez y los generales Felipe Berriozábal, Refugio Y. González, Aureliano Rivera, Nicolás Medina, Félix Zuloaga, Miguel Negrete y el coronel Agustín Díaz.



PESQUISAS ACERCA DE LA APREHENSIÓN Y EL FUSILAMIENTO  
DE DON MELCHOR OCAMPO

JUNIO 3 DE 1892

Partiendo del Salto, perteneciente a la jefatura política de Tula, estado de Hidalgo, y en dirección al antiguo camino real del interior, de súbito aparece Tepeji del Río sobre una fértil colina. De lejos asoman las azoteas de la fábrica de hilados y el caballete pajizo de una que otra casucha situada muy afuera. La arboleda alta, copuda y frondosa vela el centro del pueblo; una calle larga, tortuosa y quebrada, lo divide por mitad. De la pendiente bajan jugueteando manantiales de agua zarca y fresca, pasan murmurando por la calle invaden en silencio las espaldas de las casas y ríen al atravesar los sembrados que lindan con las márgenes del río, allá abajo en la pequeña hondonada. Parece que los sepulcros de las generaciones decrepitas produjeron el humus, que ha vuelto tierra fértil a aquélla de puro cascajo y arcilla. Sólo en las cimas hay llanos amarillentos y esquilados por la sequía y el sol. Los montículos quieren extender su verdor, y como no se lo permite la tierra rebelde al cultivo, dejan ver el anchuroso camino, antiguamente tan transitado, cual brazo enflaquecido que implora piedad a otros horizontes. Muchas veces el Partido Conservador pasó triunfante por allí, y fue bien recibido; el Imperio después, y fue respetado; luego la República, y fue vitoreada. Allí les dieron hospedaje, en familia al general Félix Zuloaga, como Presidente; a Maximiliano, investido de Emperador, y a Ocampo, como sencillo ciudadano, en pobre cuarto de mesón; pero a Ocampo para que recibiese la muerte. En ese pueblo, hace treinta años, no había ideas políticas fijas, ni patriotismo: las creencias católicas esclavizaban a las conciencias.

Ahora, ancianos ya los que presenciaron la reducida victoria de los conservadores y el Imperio, hostigados por el progreso, les viene el arrepentimiento, y en penitencia denigran aquel entonces que les perteneció.

El cura don Domingo Morales, don Piedad Trejo, don Félix Montero, don Ramón Alcántara, don Agustín Igueras y don Manuel Corral formaban el grupo que se acercaba amigablemente, ya al general Zuloaga, ya a Márquez, ya a Maximiliano, ya a los jefes del Partido Liberal; sin ser conservadores, ni imperiales, ni liberales. Don Piedad Trejo, el más conocido en Tepeji del Río, solía abrigar a unos y otros en su hogar y sentarlos a su mesa. Don Piedad revela hechos que hay que tener muy en cuenta, porque fue testigo de ellos, estando cerca de Zuloaga y Márquez a su paso por Tepeji del Río.

Al enterarse del objeto de mi viaje, el señor Trejo exclamó:

—¡Qué equivocación, ni qué equivocación había de haber en el fusilamiento de Ocampo!

—¡Cómo señor! ¿qué no hubo la equivocación que aseguran Zuloaga y Márquez?

—Pues no. ¡Dígame usted si yo no lo había de saber, que todo lo vi!

—Entonces, ¿cómo aconteció la muerte de Ocampo!

—En primer lugar, diré a usted que no tengo certidumbre de lo que dice Zuloaga, de que en mi casa comían ese día; es cierto que una que otra vez comían conmigo. Estaban alojados en la casa de la familia del general Rosalío Flores. Llegaron de la Villa del Carbón a las once de la mañana; ya traían a Ocampo. Luego aprehendieron a León Ugalde; venía en la diligencia que un tal Pedro Saint Pièrre conducía. A orillas de la población, Saint Pièrre dijo a Ugalde.

—Las fuerzas de Márquez y Zuloaga están aquí.

—No importa; no me conocerán —contestó Ugalde.

—Lo van a conocer a usted.

—No; adelante.

Ugalde se puso un traje de dril sobre su uniforme de militar, y así entró en el pueblo. Al llegar al mesón de San Antonio le conocieron; uno de tantos le vio y dijo:

—Ahí está León Ugalde.



Y lo aprehendieron. Estaba oculto en un rincón del coche. Inmediatamente lo encapillaron en un cuarto del mismo mesón. Apenas lo supimos, el cura Domingo Morales, Félix Montero, Ramón Alcántara, Agustín Igueras, Manuel Corral y yo empezamos a movernos para salvarlo. Vimos a Márquez, a Zuloaga, a Taboada y a todos los principales; y nada pudimos conseguir. La fuerza lo sacó del mesón de San Antonio para ir a fusilarle a Las Trojes, y detrás de la fuerza íbamos nosotros pidiendo suplicantes el perdón; por fin, ya en Las Trojes, en el momento en que lo iban a encerrar en el cuarto, lo salvamos; nos lo trajimos al mesón; le dimos una copa. Ugalde venía muy enfermo, no podía andar: traía dos incordios. Salíamos del mesón, de dejar a Ugalde, cuando oímos decir:

—Ya van a fusilar al señor Ocampo; lo tienen en capilla.

—¿Quién les dio la noticia?

—No recuerdo, no sé quién: la oímos decir.

—Pues ya verá usted: el mismo grupo de personas, a la cabeza el cura Morales, fuimos a la casa del general Rosalío Flores. Estaban Zuloaga, Márquez, Taboada, Zires y todos; creo que en junta de generales; nos dirigimos a Márquez y Taboada. —Señor, le manifestamos a Márquez: venimos a pedir que no fusilen a Ocampo; nos van a perjudicar: Ocampo es un grande hombre, de mucha representación. —No hay remedio, no hay remedio, nos dijo Márquez. —Tal vez los liberales nos quieran perjudicar cuando pasen por aquí. —No hay remedio, no hay remedio.

—Y los otros ¿hicieron algo para salvar a Ocampo?

—Nada pudimos conseguir de todos ellos.

—Ahora verá usted —prosiguió el señor Trejo— el cura Morales fue al mesón de las Palomas a ver si lograba que Ocampo se confesara. El señor Ocampo le manifestó: —No se moleste usted, yo estoy bien con Dios y él está bien conmigo. Cuando lo sacaron del mesón, atrás fue el cura queriendo convencerlo. Por acá pasó entre la fuerza (el señor Trejo vive en la calle real, entre el mesón de las Palomas y el de San Antonio). Recuerdo bien: iba en un caballo *mapano*, llevaba un saquito de dril aplomado, con una varita jugaba las crines. ¡Mucha serenidad! ¡mucha serenidad! Se fueron a Caltengo. A su salida manifestó que deseaba adicionar una cláusula a su testamento, y la escribió en el despacho de la hacienda. Después



supimos por Andrade que Márquez había ordenado que colgaran el cadáver. Nosotros lo encontramos colgado de las axilas.

—Ya verá usted —continuó don Piedad. Nos interesamos en descolgarlo; Márquez no quería. Por medio de Taboada los conseguimos: lo descolgamos a las cuatro de la tarde. Al otro día, pasando Márquez con la tropa por la casa donde lo velábamos, me dijo: —Haga usted que ese cadáver se sepiulte. Vi que salía de la población y no le hice caso. Indiqué a las autoridades la conveniencia de dar aviso al ministro de la guerra a México, y éste telegrafió que enviáramos el cadáver a Cuautitlan, que allí lo esperaba y recibiría una fuerza. Tenía desfigurada la cara; ordené a mis penadores, entre ellos a Apolonio Ríos, que se la lavaran. Lo metimos en un cajón, y así se fue. Los que lo condujeron pagaron el pato: al llegar a Cuautitlan, indignados los soldados, los insultaron, los injuriaron y hasta querían pegarles.

—¿Quién fue, pues, el culpable: Zuloaga o Márquez?

—Zuloaga era un pobre hombre, si ni hacía nada.

—De la muerte de Ocampo, ¿qué opinaron los demás?

—Todos manifestaron disgusto.

—Y el testamento, ¿qué sucedió con él?

—Ahora verá usted el paradero: Ocampo se lo entregó a Taboada para que lo pusiera en manos de su familia, pero Taboada no lo entregó. Con que un día Robles Pezuela, de paso por acá, me refirió: “¿Que dice, Piedad, que a Taboada le quitaron a la fuerza el testamento de Ocampo?” Nicolás Romero había derrotado a Taboada en la hacienda de la Concepción, cerca de Tepotzotlan, y le había quitado el testamento.

—¿Márquez tuvo la culpa de la muerte de Ocampo?

—Márquez era el principal, el que verdaderamente mandaba y ordenaba todo.

—¿Usted lo conocía bien?

—Sí; y en tiempo del Imperio estuvo otra vez aquí. Vea usted lo que era: Maximiliano se hospedó en mi casa y me dijo: —“Nos prepara usted una buena cena.” Márquez, cuando estuvimos a solas, me indicó ante el ministro Aguirre: —Mándenos usted preparar dos cenas por otra parte. —¿Qué no cena usted con el Emperador?, le pregunté. —Yo no ceno con ese tal, por cual.... —¿Qué todavía no le sale la pulla?, preguntó el ministro



Aguirre a Márquez. —¡Ah, ya verá! ya verá... No sé que le había hecho el Emperador; creo que era por lo del destierro a Europa o no sé adonde: el caso es que por Maximiliano salió de México algún tiempo.



Don Nicolás Corral, actualmente presidente municipal de Tepeji del Río, ese día de la muerte de Ocampo, era el administrador del mesón de las Palomas, donde estuvo y fue encapillado el reformador.

Cuenta el señor Corral:

—Supe que estaba aquí Ocampo hasta que el criado, a quien le pidió agua, me lo dijo.

—¿Ya le conocía usted?

—No; yo, asombrado de la noticia, me fui detrás del criado que le llevó el agua para conocerlo; me asomé a la puerta; lo vi: ¡estaba sereno!

—¿Ya estaba en capilla?

—Sí, en ese mismo cuarto, el número ocho (Estábamos en el mesón y practicábamos una vista de ojos.) Como a medio día pidió papel y tinta; hizo su testamento. A las tres de la tarde lo fueron a sacar para fusilarlo. Yo me guardé el tintero que le sirvió, como una reliquia. Y se me acaba de perder ahora que me trasladé a otra casa.

—¿Vio usted el fusilamiento?

—No; supe que el señor Ocampo murió con mucho valor, que repartió todo lo que tenía entre los soldados que le dispararon, que ya que iban a apuntarle, vio a un corneta de cuerpo pequeñito y le dijo: —“A ti no te he dado nada, ¿verdad? Toma.” Y le dio un peso que le quedaba en el bolsillo. Después oí decir a los mismos soldados: —“Al jefe Aldana le fue bien, le tocó las chaparreras.”

De Tepeji del Río a Caltengo hay una legua corta; de uno y otro lado del camino sacan sus ramas, fresnos, moreras silvestres, higueras y durazneros; de trecho en trecho un manantial atraviesa el camino; acá y allá asoman sus aleros mohosos una que otra cabaña. Cuando aparece la aridez, entra uno en terrenos de Caltengo: un caserón y a uno de sus costados un manzanar defendido



por altas paredes. Cien metros más adelante, el camino real se bifurca; en el ángulo, sobre una pequeña elevación, vive un pirú con dos brazos descortezados, carcomidos, viejos, secos. El árbol quiere ser una cruz. El fervor por él lo revelan las aserraduras y los astillados. Un retoño zancón arranca del tronco, haciendo contraste con el resto. Llegamos al árbol: los caminantes, al pasar junto a él, se quitan el sombrero.

Y me habló el guía:

—No pasa ninguna tropa sin que le haga los honores: tocan alto, hacen una descarga, ponen las armas a la funerala y la banda de música ejecuta una marcha fúnebre.

Después de la publicación del folleto en la Habana sobre la muerte de Ocampo, por el general Leonardo Márquez, y la contestación del general Félix Zuloaga, éste ha querido decir la última palabra acerca de tan importante cuestión. He aquí nuestra entrevista:

—¿Quién dio la orden para aprehender a Ocampo?

—Lo ignoro.

—¿En qué lugar, y a quién fue entregado el señor Ocampo?

—En Huapango, estancia de Arroyo Zarco, y al general en jefe que era Márquez.

—¿Quién supo primero la aprehensión de Ocampo, usted o Márquez?

—Márquez, que fue a quien se presentó Cajiga.

—¿Podría Cajiga obrar sin orden superior?

—Entiendo que no; pero no fue de orden mía.

—¿Qué grado tenía Cajiga?

—Por mí, no tenía ninguno, a no ser que otro le haya conferido algún grado.

—¿Qué le dijo usted al señor Ocampo la primera vez que le habló?

—No recuerdo haber hablado con el señor Ocampo, ni si lo vi; pero sí lo que hice fue recomendarlo a Taboada, que estaba encargado de su custodia por Márquez.

—¿Creía Ocampo que lo iban a fusilar?

—No sé.

—¿Quién lo tuvo bajo su vigilancia luego que Cajiga lo entregó?

—El general Taboada, que mandaba la caballería.



—¿Hubo personas que interpusieran su valimiento para salvar a Ocampo?  
—No: si no se sabía si lo iban a fusilar. Conmigo, ninguna; pero sé que mi esposa, a petición de Saligny, envió una carta a Márquez, que llevó don Antonio Colomo y llegó fuera de tiempo, empeñándose para que no fusilara al señor Ocampo.<sup>1</sup>

—¿Qué generales estaban en Tepeji?

—No recuerdo; sólo estoy cierto del coronel Agustín Díaz, con quien me incorporé a Márquez, con cosa de 300 hombres que llevábamos.

—¿Qué hacían en el momento que fusilaban a Ocampo?

—Estábamos almorzando en la fonda de la diligencia cuando llegó Andrade; ayudante y jefe del estado mayor de Márquez, a darle parte del fusilamiento; noticia que me sorprendió y suceso que Márquez atribuye a equivocación de mi ayudante, según el mismo Márquez expresa en el último párrafo de su *Manifiesto*.

—¿Lc ordenaron que se dispusiera a morir?

—Lo ignoro.

—¿El general Negrete firmó el testamento antes o después del fusilamiento?

—Lo ignoro.

—¿Por qué no fusilaron también a León Ugalde?

—Supongo que Márquez lo indultara.

<sup>1</sup> Excmo. Sr. General D. Leonardo Márquez:

Prisión del Arzobispado, Junio 3 de 1861.

Sr. de todo mi aprecio y consideración:

Por la carta que mostrará a V. Félix, a quien le he escrito con esa fecha, verá V. que el E. Sr. ministro de S. M. el emperador de los franceses, ha interpuesto no sólo respetos personales, sino los de su mismo soberano a fin de que una persona con quien lo liga amistad como el señor Ocampo, sea puesto inmediatamente en libertad por V.

No dudo señor General unir mi súplica muy eficaz a la del señor Ministro de Francia, porque aunque no tenga por sí misma toda la fuerza que yo sinceramente deseara, conozco los sentimientos de V. y se que su buen corazón le ha de dictar una acción generosa cual se necesita en la ocasión presente, y que influirá no sólo en el buen nombre de V., sino quizá también en que por un camino que no hemos pensado, se puedan disminuir los horrores de una larga guerra civil y los padecimientos de multitud de familias inocentes que tendrían que sufrir lamentables pérdidas, si las cosas llegasen a otros extremos.

A la multitud de personas que se interesan por el señor Ocampo, he asegurado que nada tienen que temer y sólo ansío por la contestación de V. para anunciarles una feliz nueva. Nunca es mejor un hombre, señor General, que cuando hace una buena acción, y V. no se arrepentirá de la que en esta vez ejecute, seguro de la gratitud de su afma. S. S. Q. B. S. M.

María de la Gracia Palafox de Zuloaga.



- ¿Quién mandó el cuadro que fusiló a Ocampo?  
 —Lo ignoro.  
 —¿Quién ordenó que colgaran el cadáver de Ocampo?  
 —Lo ignoro; pues de lo que pasó en Caltengo, donde fue fusilado, no sé nada.  
 —¿Cómo juzga usted a Ocampo?  
 —Que era un hombre de capacidad y de los más eminentes del Partido Liberal. Pero al ser aprehendido no estaba en el gobierno.  
 —¿Qué dice usted del folleto de Márquez?  
 —Todo está lleno de falsedades.  
 —¿Qué dijo usted a Márquez al saber el fusilamiento de Ocampo?  
 —Me indigné al saber el fusilamiento, y previne a Márquez que mandara procesar a Taboada y Andrade por esa equivocación que este último dijo que se había cometido.  
 —¿Cómo juzga usted a Márquez?  
 —Me abstengo de dar juicio sobre su persona.  
 —Si no ordenaron la aprehensión de Ocampo, ¿por qué no le dieron libertad?  
 —No dependía de mí, sino del general en jefe, Márquez  
 —¿Perseguían a Ocampo?  
 —Por mi parte, no.



Testigo bastante autorizado es el general Miguel Negrete que estuvo en aquella época cerca de Márquez y Zuloaga, cuando aconteció la muerte de Ocampo, para que su dicho sea tenido muy presente en esta cuestión histórica:

—Señor general, ¿quién es el culpable de la muerte de Ocampo, Márquez o Zuloaga? —le pregunté.

—En esta vez, como en la primera, pongo a su disposición los dos tomos de mis *Memorias* —me contestó.

Y leí en el segundo tomo, en la página 160: “un día recibí una orden del señor general Márquez para que marchara a unirme con él a Cuautitlan; donde se encontraba con una fuerza respetable que traía de la Sierra. A



las diez de la mañana me incorporé con mi fuerza a las del señor Leonardo Márquez, y con bastante disgusto supe que esa mañana, a las ocho, había fusilado al señor licenciado don Melchor Ocampo, y que éste, antes de fusilarlo, había hecho su testamento, al que le faltaba una firma de un testigo, prestándome yo voluntariamente para legalizar dicho documento con mi firma, no obstante ver que todos se rehusaban firmar. Esta ejecución se había hecho por orden del señor general don Félix Zuloaga que aparecía allí con el título de Presidente.

—Bien, general; pero yo quiero detalles.

—Al apearme en la casa del general Rosalío Flores, en Tepeji, donde estaban hospedados los principales jefes, me dijeron: —¿Ya sabe usted lo que pasó? —¿Qué? —Acaban de fusilar a Ocampo. —¿Adonde? —Ahí; en el camino está colgado.

—Pero general, ¿quién lo fusiló?

—A mí me dijeron: la que lo ha fusilado es la fuerza de Lindoro Cajiga.” Y él mismo fue, porque así me lo han dicho.

—¿A qué hora llegó usted a Tepeji del Río?

—Yo llegué entre diez y once de la mañana del día que lo habían fusilado.

—¿Qué decían los jefes?

—Había disgusto entre los jefes superiores: el mismo Taboada estaba disgustado.

—Y usted ¿qué impresión recibió?

—Mala impresión. He sido siempre y soy enemigo de los asesinatos políticos; pues he salvado a infinidad de personas del patíbulo, cuando ha estado de parte mía salvarlas.

—¿Y las personas caracterizadas de la población?

—Trejo, en una conferencia que tuvimos, me dijo que habían hecho una barbaridad.

—Si usted no vio la muerte de Ocampo ¿cómo firmó usted el testamento?

—Lo firmé a las diez de la noche, después de cenar, cuando ya lo habían fusilado.

—¿Cómo es eso?

—A mí me habló Taboada para que lo firmara yo.

—¿En qué clase de papel estaba escrito?



- En un pliego de papel simple.
- ¿En poder de quién quedó el testamento?
- Lo recogió Taboada, creo; no estoy cierto.
- General, ¿supo usted si la orden del fusilamiento había sido dada por Márquez o Zuloaga?
- No puedo contestar. Supe al llegar que lo habían fusilado; no supe dónde, ni cómo.
- Cuando el fusilamiento, ¿estaban en Tepeji los generales Francisco Vélez y Agustín Zires?
- Sí, señor, estaban los generales Vélez<sup>2</sup> y Zires.
- ¿Y el general Ignacio Alatorre?
- No, ese no; se había quedado conmigo en la Villa del Carbón.

Después de la entrevista con el general Negrete, al darle la mano, me advirtió:

—Oiga usted: cuidado con decir que me confesó, como dijo en *El Monitor Republicano*: yo no me confieso con nadie: yo digo la verdad.



El señor general Ignacio Alatorre, actualmente ministro de México en Guatemala y que era teniente coronel a la muerte de Ocampo, me concedió una entrevista, que tiene importancia por estar de acuerdo con lo que han dicho otras personas de autoridad:

- ¿Estaba usted en Tepeji del Río cuando fusilaron a Ocampo?
- No; estaba yo en la Villa del Carbón, a las órdenes inmediatas del general Miguel Negrete; entonces yo era teniente coronel y él era coronel.
- ¿En qué parte tuvo usted noticia del fusilamiento?
- No recuerdo bien: creo que en la Villa del Carbón; pero la recibimos con indignación. Desde entonces todos estuvimos mal.
- ¿Quién cree usted que dio la orden?

<sup>2</sup> Siempre que al general Francisco A. Vélez le hemos hablado o escrito acerca de estos hechos, no se ha dado por entendido.



—Creo que fue Márquez. Zuloaga era un pobre hombre que no hacía nada. Y si no ha querido Márquez, no fusilan nunca a Ocampo.

—¿Quiénes estaban en Tepeji?

—Deben haber estado Miguel Andrade, Gálvez, Domingo Herrán, Platón Roa, no sé si Cobos, tal vez Francisco Vélez; Ismael Piña, que era el tesorero de Márquez; estaba de ayudante el general Lorenzo Cabañas.

—¿Y de qué manera supo usted la noticia?

—De esta manera: que había sido aprehendido el señor Ocampo y que Lindoro Cajiga lo había fusilado. Pero Lindoro Cajiga ha de haber llevado orden de alguno; si no, estoy seguro de que no lo hubiera hecho.

—¿Negrete firmó el testamento de Ocampo antes o después de su muerte?

—Ni sabía yo que Negrete hubiera firmado el testamento, ¿qué lo firmó?

—Sí, señor; firmó el testamento.

—Es la primera noticia que tengo. No sabía esta circunstancia, ni me la explico.

—¿Alguna vez Zuloaga le habló a usted del fusilamiento de Ocampo?

—Nunca vi a Zuloaga. Supe que andaba con Márquez.

—¿Y qué dice usted de lo que afirma Márquez en sus *Apuntes para la Historia*:... “mandé que se le diese guardia con bandera (a Zuloaga), cuyo servicio cubrió el 6° batallón de línea, que estaba mandado por el teniente coronel Alatorre.”

—Lo que dice Márquez es mentira; estaba yo distante de ese campo de operaciones. Ni he dado guardia de honor a Zuloaga.



El coronel Agustín Díaz, jefe de las fuerzas del general Zuloaga, mucho antes de que se incorporaran a las de Márquez, contesta a mi serie de preguntas así:

—¿Dónde se unió usted al general Márquez?

—En el monte de Huichilac, cerca del Guarda, el general Zuloaga recibió una carta del general Márquez, en la que le decía que estaban por llegar fuerzas extranjeras a México, para hacer algunas reclamaciones; que



lo invitaba a pasar a su campamento como presidente de la República y con el carácter de gobierno conservador, para que aquéllas trataran con él y tuviera respetabilidad. La carta en papel de seda estaba escrita con agua de arroz, apareciendo las letras al pasarle cierta tintura. Y nos incorporamos en la Villa del Carbón con la fuerza que custodiaba al general Zuloaga y que ascendía a 300 hombres.

—¿Quién dio la orden para aprehender a Ocampo?

—Me supongo que fue el general Márquez, porque quien lo aprehendió fue Lindoro Cajiga, administrador de la hacienda de Arroyo Zarco, y cuyo jefe estaba a las órdenes directas del general Márquez. Si hubiera sido el general Zuloaga, lo natural era que me hubiera dado la orden, mejor que a otro jefe, puesto que yo había llegado con el general Zuloaga y con mi fuerza había ido por él a Tlalmanalco.

—¿Dónde supieron de la aprehensión de Ocampo?

—En la Hacienda de Huapango, y la supe hasta que llegó Lindoro Cajiga, con Ocampo preso. Gritaron todos: ¡Allí está Ocampo!

—¿Hablaron con Ocampo los generales Zuloaga y Márquez?

—Supongo que hablaron.

—¿Quién dio la orden de fusilar a Ocampo?

—Es de creerse, es de suponerse y casi afirmarse, que quien la dio fue el general Márquez.

—¿Por qué cree usted esto?

—Porque quien verdaderamente mandaba era el general Márquez y no el general Zuloaga; puesto que, como he dicho antes, Ocampo fue aprehendido por Lindoro Cajiga, que estaba subordinado directamente al general Márquez, desde antes que se incorporara el general Zuloaga al cuerpo del ejército. Y Ocampo estuvo preso en uno de los cuarteles de los cuerpos que formaban la brigada del general Taboada, subordinado directamente al general Márquez, y cuyo jefe, el general Taboada, no hubiera obedecido una orden del general Zuloaga, si se la hubiese dado; puesto que en el ejército conservador las órdenes se reciben por sus conductos, y aunque el general Zuloaga recibía título de presidente, nadie le obedecía directamente, sino que se obedecían las órdenes del general Márquez.

—¿Hugo alguna comisión de personas que interpusiera su influencia cerca del general Zuloaga o del general Márquez, para salvar a Ocampo?



- Oí decir que había algunas; pero yo no las vi, ni hablé con ellas.
- ¿El general Negrete firmó el testamento de Ocampo antes o después del fusilamiento?
- No lo sé. Hasta este momento sé que el general Negrete lo firmó.
- ¿Cómo supieron que habían fusilado a Ocampo?
- Como se saben las cosas en un campamento: por las noticias que se transmiten unos a otros: que lo habían fusilado y que no se había querido confesar.
- ¿Quién mandaba el piquete de fuerza de ejecución?
- Fue un oficial de uno de los cuerpos que formaban la brigada del general Taboada.
- ¿Cómo se llamaba?
- No recuerdo, ¡cómo había de recordar como se llamaba! ¡No recuerdo a veces ni los nombres de mis hijos!
- ¿Qué generales estaban en Tepeji del Río?
- Negrete, José María Gálvez, Taboada, Juan Bautista Argüelles y José Gutiérrez. El teniente coronel Ignacio R. Alatorre y el general Francisco Vélez estaban en la Villa del Carbón.
- ¿Márquez era el jefe?
- El que mandaba a todos. Juzgue usted lo que era, por esto: en las Cruces, al salir para Huixquilucan, en el camino, satisfecho de mi conducta el general Zuloaga, indicó que se me nombrara comandante de artillería, al quitar las piezas a Valle, y el general Márquez nombró a Inclán. Esto prueba que quien mandaba era Márquez y no Zuloaga. El general Zuloaga no es capaz de matar un pollo; ¡considere usted si había de matar a Ocampo!



Don Luis Larrauri, hoy retirado a la vida privada, era el 3 de junio de 1861 el jefe de la caballería de la Sierra, con el grado de coronel; además, fue íntimo amigo de Lindoro Cajiga.

—¿Usted estaba en Tepeji el 3 de junio de 1861? —le pregunté.



—No; no estaba yo allí: andaba por la Sierra, en San Juan del Río, a las órdenes del general Mejía.

—¿Qué impresión produjo la noticia de la muerte de Ocampo?

—Recibimos la noticia con indignación; más poniendo en libertad a León Ugalde, que era del mismo San Juan del Río.

—¿Qué juicio se formaron del fusilamiento?

—Todos dijimos que era una pifia, una barbaridad: poniendo en libertad a un bandido y fusilando a un hombre de esa clase.

—¿Cómo les refirieron la noticia?

—Así nada más: han fusilado a Ocampo y puesto en libertad a León Ugalde.

—¿El señor Zuloaga dio la orden de la ejecución?

—Zuloaga era un maniquí: no era nadie. Llevaba el nombre de presidente; pero no era nadie.

—Entonces, ¿quién la dio?

—Creo que fue Márquez. Zuloaga hartó sufrió: no era nada.

—Y el general Mejía, ¿obedecía a Zuloaga?

—Don Tomás Mejía era el segundo en jefe; respetaba a Zuloaga.

—Y usted, ¿qué era?

—Jefe de la caballería de la Sierra, con el grado de coronel.

—¿De qué manera le refirieron la muerte de Ocampo?

—En la Laborcilla, Querétaro, Lindoro Cajiga me dijo que le había ofrecido dinero Ocampo; que el deber de él era entregarlo al general en jefe, lamentándose precisamente de la libertad de León Ugalde, fusilando a un hombre político; y que Ocampo le había dicho cuando lo traía preso, que si la cuestión era por dinero; y que él le dijo que su deber era entregarlo al general en jefe.

—¿No le dijo por qué lo había aprehendido?

—Que se lo denunciaron en el terreno que ocupaba él, y lo aprehendió.

—¿Había recibido orden?

—Creo que no tenía orden.

—Lindoro Cajiga, ¿de dónde era?

—Lindoro era de Santander; tendría hoy de edad como cincuenta y cuatro o cincuenta y cinco años; era administrador de Arroyo Zarco.

—Y usted qué cree, ¿por qué aprehendió a Ocampo?



- Que hacía un servicio a la causa que defendía. Esta es mi creencia.
- Pero Cajiga, ¿qué le dijo a usted?
- Pues eso que le digo: allí en la Laborcilla, quejándose precisamente conmigo, me decía: “Trabaja uno para que maten a uno y dejen en libertad a otro.”
- ¿Cree usted que Márquez dio la orden para que fusilasen a Ocampo?
- Sí. Si Zuloaga dice a Márquez: “fusilen a ese hombre,” estoy cierto que Márquez hubiera dicho que no.
- ¿Es verdad que Cajiga atormentó a Ocampo en el camino de Pomoca a Tepeji?
- Lindoro me dijo: “Lo traje con todas las consideraciones.”
- ¿Fue motivado por equivocación el fusilamiento?
- Pasó el fusilamiento, no como una equivocación, sino como un hecho.
- Y Cajiga, ¿qué juicio tenía de Ocampo?
- Que era un hombre terrible por su capacidad, por su saber.
- De su muerte, ¿qué decía?
- Estaba arrepentido, y bien arrepentido; se quejaba conmigo, que lo había traído como a un amigo, para entregarlo al general en jefe.
- ¿No le dijo Cajiga qué pensaba Ocampo al ser aprehendido?
- Ni pensaba él que lo mataran. Según Lindoro, creía que era cuestión de dinero.
- Usted, ¿qué era de Cajiga?
- Íntimos amigos antes y después de ser soldado él, y yo coronel.
- ¿Qué clase de hombre era Márquez?
- ¡Terrible! Una vez en Peña Miller me dijo mi amigo el coronel Iburguren, que influyera yo con Mejía para que se retirara del ejército o le concediera licencia, porque había tenido un disgusto personal con Márquez. “Temo, me dijo, matar a Márquez o que me mate.”



Todos los conservadores, compañeros del señor Zires, afirman terminantemente que éste se encontraba en Tepeji del Río ese día que fusilaron a Ocampo



en la hacienda de Caltengo; sin embargo, publicamos su descargo, porque queremos ser imparciales en esta cuestión histórica:

Puebla, 21 de septiembre de 1891.

Señor don Ángel Pola.

Apreciable señor:

Hoy he recibido una carta del 15 del presente que me apresuro a contestarle, manifestándole que me sería muy grato obsequiar sus deseos, informándole de cuanto yo tuviese conocimiento del desagradable atentado del señor don Melchor Ocampo; pero desgraciadamente no puedo rendirle ninguno exacto, porque me encontraba a muchas leguas de distancia; en esos momentos me hallaba en la Sierra.

El señor Trejo se equivoca en el informe que dio a usted y me permitirá manifieste que obra con gran ligereza en asuntos tan graves, sin estar plenamente seguro de lo que dice.

En cuanto pueda servirle, me tiene a sus órdenes.—

*Agustín Zires.*



Puebla, noviembre 26 de 1891.

Señor Ángel Pola.  
México.

Muy señor mío de mi aprecio:

Por haber estado enfermo no había contestado su grata de fecha 17 del presente, mas hoy lo hago con mucho gusto, manifestándole con franqueza mis ideas respecto a los deseos que usted tiene de aclarar el acontecimiento tristísimo de la muerte del siempre sentido señor Melchor Ocampo.



Siento mucho no poder dar a usted informes sobre la muerte del señor Ocampo, porque no quiero despertar odios y rencores, que el tiempo va amortiguando en el corazón de los mexicanos: correr un velo histórico sobre este triste acontecimiento, para que todos estos hechos pasados de la revolución pasen, si es posible, al seno del olvido y no manchen con su recuerdo la historia de mi patria. Deseo más, que olvidando todo lo que atañe a la política, caminemos en lo de adelante con la paz y el progreso, que nos conducirá a la verdadera felicidad; y en esto creo que voy de acuerdo con la política del señor general Porfirio Díaz, que nos ha traído muchos beneficios; porque contestar a las preguntas de usted, sería herir susceptibilidades y despertar odios políticos, que ya se están olvidando por fortuna.

Si tomé la pluma para defender al señor Márquez, sólo fue porque la verdad y la gratitud así me lo aconsejaron, porque no debía olvidar a mi general, de quien recibí educación militar y deferencia en todo; y porque tampoco quise que arrojara sobre él una mancha que no le pertenece.

El Partido Conservador dará cuenta más tarde de este acontecimiento, así como el Partido Liberal también la dará de las víctimas que sacrificó por defender sus ideas; por último diré a usted, que me parece que a los hombres expatriados se les debe de tener más compasión, que censurarlos de sus actos y errores políticos; éstos fueron los móviles que me impulsaron a defender al señor general Márquez; por otra parte, puede usted ver en *El Tiempo* la defensa que hice de mi general cuando lo atacó el señor Zuloaga, responsable único de la muerte del señor Ocampo, y a quien yo defendía hasta donde pude, pues fue amigo de mi padre y a quien llenó de distinciones cuando fue ministro de Hacienda del siempre sentido general Herrera.

Espero de la bondad de usted, que perdone mi franqueza al no contestar a las preguntas que me hace, porque estoy resuelto a no meterme ya más en la política. Contestando ya su grata carta, me honro en titularme su afecto y muy atento servidor. Q. B. S. M.—

*Ismael Piña*



Sta. Cruz de Bravo, junio 11 de 1904.<sup>3</sup>

Señor Ángel Pola.  
México.

Muy Señor mío:

Lejos de mi casa, donde tengo algunos apuntes históricos, no me es posible dar a usted los datos que se sirve pedirme en su atenta carta de 30 de Mayo último, que ayer recibí; no obstante, me permitiré darle un ligero apunte relativo a la prisión y asesinato del señor Melchor Ocampo, verificado en Tepeji del Río, por orden de Leonardo Márquez.

El año de 61, si mal no recuerdo, fui hecho prisionero en Ixtlahuaca por las fuerzas del citado Márquez. Después de algunos días de penalidades, y custodiado por fuerza de Exploradores del Valle de México que mandaba el llamado coronel Francisco Aldana, llegamos a la estancia de la hacienda de la Venta de Pegueros, llamada Nijini. A eso de las 4 p. m., llegó una fuerza compuesta en su mayor parte de españoles dependientes de dicha hacienda, custodiando a don Melchor y a las órdenes de Lindoro Cajiga, también español y administrador de la citada hacienda.

No sé si dicho prisionero habló con Márquez, pero sí, que desde luego lo pusieron en el Cuerpo donde yo me encontraba, con centinela de vista y además tenía cuidado de él, un tal Rincón, ayudante de Márquez. Toda esa noche, que la pasamos en una galera lejos de la Estancia, fuimos molestados por el jefe de Día, los capitanes de Vigilancia, oficial de Guardia y ayudantes del referido Márquez, quienes a cada momento nos despertaban, ya moviéndonos con la mano, ya con el pie, para preguntarnos nuestro nombre.

Al siguiente día, nos hicieron marchar, don Melchor, en un caballo muy lastimado, produciendo por consiguiente muy mal olor, y un Capitán, llamado Glin, de la artillería de Jalisco, y yo, a pie, haciendo varias correrías, hasta que en una de ellas fuimos a parar a Tepeji, a eso de las 6 a. m., pues habíamos hecho una marcha doble. Al entrar a la citada Tepeji, por el rumbo de Matorros de Izúcar, de donde habíamos salido, hay un arroyo que al pasarlo, me dijo el señor Ocampo, no obstante que estábamos incomunicados:

—Compañero, hágame favor de llenarme esta limeta de agua.

<sup>3</sup> A estas pesquisas hemos agregado las cartas de los generales Bravo y Cabañas, fechadas en el corriente año, porque las creemos de importancia para aclarar el punto a discusión.



Se la di, y al verificarlo me dijo con mucho disimulo:

—No tenga cuidado, hijo, que aquí nos van a canjear.

Entramos a la población, y a la izquierda, hay un mesón, en el que se encontraba encapillado el coronel León Ugalde, jefe entonces de la policía de Querétaro. Nos pasamos de frente hasta una hacienda situada a la salida de la población, rumbo a México, que tiene a la vista una era de trillar; nos hicieron entrar a dicha finca y momentos después, vi que don Melchor, con mano segura, escribía. Supe después que era su testamento... Concluido éste, nos hicieron salir, serían las 10 a. m., y llevaron a un bosquecillo formado por árboles de pirú, que se encontraba muy cerca de la finca referida, a la derecha del camino rumbo a México, donde encontramos tropa del citado Exploradores del Valle de México, formando cuadro; entramos a él y se le dijo, textual, al señor Ocampo: “que esperara un poco, mientras hacían el cambio de fusiles... Don Melchor le dijo a Aldana, que fue el que mandó la ejecución: —“que con aquello estaba bueno.” Sacó de su bolsa algunas monedas, las repartió entre los soldados que lo iban a sacrificar y le dijo al tal Aldana:

—Que me peguen aquí —señalándole el pecho...

No se hicieron esperar, le dispararon e inmediatamente lo colgaron de una de las ramas del árbol más cercano...

Mucho he oído decir que fue un error por qué lo fusilaron: mentira: fue de hecho pensado y bien meditado. También se dijo que al llegar a Tepeji, los jefes de Márquez, habían pedido la muerte de aquel hombre ilustre; mentira también: ¡¡Aquella sangre la necesitaba Márquez y la tomó!!

Joven aún, y ya sentenciado a muerte en un consejo de guerra que tuvo lugar en San Juan del Río, no me di cuenta de lo demás.

Seguí las excursiones a que estaba sujeto, yendo a dar a Cuernavaca, de donde salimos en la tarde de uno de aquellos días, caminando a marchas dobles con el fin de cooperar al ataque que se libró al general Leandro Valle, en el Monte de las Cruces, combate desgraciado en que le costó la vida a aquel denodado patriota y valiente militar. Esa historia es bien conocida; lo que sí no creo que lo sea, es el siguiente episodio que en su horroroso desenlace presencié:

El citado general Valle, Leandro, pues bueno es no confundir, tenía un antiguo ayudante, de origen francés, que lo acompañó en casi toda la guerra de Reforma y en su último hecho de armas, como jefe de su E. Mayor; se llamaba Collin, y era teniente coronel.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Don Aquiles Collin —dice un periódico de aquella época— proscrito de Francia, después de las jornadas de mayo, hizo la campaña de Italia en 1849. De ahí pasó a Londres, en seguida a los Estados Unidos



Me dijeron que ya había salvado, y ya en las Lomas de Santa Fe, preguntó a uno de los dispersos por su general, contestando el interpelado, que había caído prisionero. Que dio la media vuelta y marchó al lugar del combate, donde excusado es decir, luego fue aprehendido y presentado a Márquez. Este le preguntó de dónde venía y a qué, a lo que contestó Collin:

—Que a ver lo que se le ofrecía a su General.

El referido Márquez ordenó a uno de sus sicarios que lo fusilaran en el acto, a cuya orden contestó con una mirada despreciativa, levantando los hombros y diciendo:

—¡Eh!

Fue fusilado cerca de mí, frente a una cruz pintada de verde y que, según me refirieron entonces, determinaba el lugar donde murió don Santos Degollado pocos días hacía, por el camino, a la derecha, como quien va a Toluca.

Tan pronto sacrificaron a aquel valiente y leal, cuando lo habían despojado de sus ropas, de tal manera que no respetaron ni su calzado, que eran unas botas fuertes.

Siento no determinarle a usted fechas, pues como le he dicho, mis apuntes están en mi casa y, como son tan viejos, temo que se me hayan extraviado, pero si alguna vez los encuentro, tendré el gusto de facilitárselos.

Aprovecho esta oportunidad para ofrecerme de usted atento y seguro servidor.

*Ignacio A. Bravo.*<sup>5</sup>



---

y vino a México en 1857. Dos días antes del golpe de Estado salió de la capital y se alistó como voluntario en el Ejército de la coalición. Entonces fue cuando conoció al general Valle y contrajo amistad con él. Después de haber tenido una parte activa y honrosa en todas las grandes expediciones de la campaña contra los anticonstitucionalistas, volvió a México, con ánimo de irse a servir a Italia. Ni los desengaños, ni las privaciones del destierro habían entibado su ardor republicano, y no pudiendo gozar de la realización de sus utopías, se conformaba con perseguir su sombra en todas partes y hacer de ella el asunto de sus ensueños y de sus conversaciones. Profesaba a Valle un tierno afecto; lleno de solicitud y desinterés. Aunque estaba enfermo, se obstinó en acompañarlo a la última y desdichada expedición.

<sup>5</sup> El señor Bravo es, entre otros jefes del Ejército, uno de los de más mérito y más prestigio por sus servicios a la República. Sus ideas son reconocidamente liberales.



Mixcoac, junio 22 de 1904.

Señor D. Ángel Pola.  
México.

Muy señor mío:

Contesto la apreciable de usted fecha de ayer, manifestándole que mucho siento no poder satisfacer sus deseos, en atención a que jamás estuve cerca de Zuloaga y Márquez, como malamente lo han informado a usted, pues si bien es cierto que pertenecí a las fuerzas que mandaba el señor general Negrete el año de 1861, también lo es que éstas obraban, si se quiere, de una manera independiente y siempre tuvieron su cuartel general en la Villa del Carbón, a donde ni Zuloaga ni Márquez estuvieron. En tal virtud, no pude ser testigo presencial de los hechos a que usted se refiere en su expresada carta, y sólo sé, como lo sabe todo el mundo, que don Leonardo Márquez, hombre de funestos recuerdos, es el único responsable ante la historia, del asesinato del gran Melchor Ocampo; porque Zuloaga, según lo comprendieron la mayoría de los jefes de aquella época, no era capaz de dictar una orden semejante.

Soy de usted como siempre atento y seguro servidor.

*Lorenzo Cabañas.*



Dolores Hidalgo, noviembre 10 de 1891.

Señor don Ángel Pola.  
México.

Mi querido amigo. Francamente, lo que yo diga a usted respecto de la muerte del señor Ocampo, no debe ser tomado a lo serio; pues además de mi ninguna competencia en asunto tan trascendental, usted ha recopilado datos verdaderamente interesantes que no dejarán lugar a dudas, en los juicios que se sienten sobre la culpabilidad de los señores Márquez y Zuloaga. Tengo para mí que muy culpables fueron ambos personajes; mas si se recuerda que el primero tuvo siempre la costumbre de cubrir sus crímenes aparentando subordinación



e inventando una especie de verdad legal, en las justificaciones que maliciosamente para sí se preparaban, se tendrá que sólo hizo una figura muy negra para la historia, y más negra todavía para sus compañeros de partido.

Me bastarán tres citas en apoyo de mi humilde parecer, entre otras varias que pueden acreditar y sacar avante el carácter del exlugarteniente.

Primera: “Yo no quería, dice Márquez en el *Manifiesto* que dio en Nueva York, que se derramase sangre después de la batalla (11 de Abril de 1859); pero recibí la orden en términos tan apremiantes, que no dejaba más arbitrio que obedecerla. En consecuencia la pasé a quien correspondía, y yo me retiré a mi alojamiento, sin ocuparme de este penoso asunto. Ahora bien; probado como queda que las ejecuciones no fueron obra mía, sino del presidente, pregunto ¿qué culpa tuve de que así lo dispusiera?..... La orden del general Miramón dice: “En la misma tarde de hoy, y bajo la más estrecha responsabilidad de V. E., mandará sean pasados por las armas todos los prisioneros de la clase de oficiales y jefes, dándome parte del número de los que haya cabido esta suerte.

“Dios y Ley.—México, abril 11 de 1859.—

*Miramón.”*

Y la nota al documento número 5 con que el general Márquez acompañó el parte oficial de la acción de Tacubaya, expresa: “de éstos, fueron pasados por las armas los que fungían de oficiales, con arreglo a la ley de conspiradores”;<sup>6</sup> luego Márquez, fraguando conspiradores, fusiló a particulares inocentes entrada ya la noche juntamente con oficiales y jefes. Sigue la prueba: el general Miramón, la víspera de ser ejecutado, escribía a su defensor Jáuregui, hermano de una de las víctimas: “quiero hablar a usted de Tacubaya: tal vez verá usted una orden mía para fusilar, pero esto era a los oficiales míos y nunca a los médicos ni mucho menos a los paisanos. En este momento que me dispongo para comparecer delante de Dios, hago a usted esta declaración.”

<sup>6</sup> La culpabilidad de Márquez está probada hasta con sus mismas palabras escritas; pues en el anexo número 5 del parte oficial detallado, rendido el 12 de abril, se lee:

“Médicos cirujanos de Ejército: Juan Doval, José María Sánchez, Gabriel Rivera, Ildefonso Portugal, Juan Díaz Covarrubias, Alberto Abad. Gefe del cuerpo médico militar, Manuel Sánchez.”

Además, Márquez, en la proclama que dirigió a sus tropas el día 11, en su cuartel general en Chapultepec, dice:

“Compañeros: Habéis salvado la capital de la República, y castigado ejemplarmente a sus infantes invasores: os habéis cubierto de una gloria imperecedera, y se ha llenado mi alma de regocijo por la fortuna de encontrarme a vuestro lado en una jornada que os honrará siempre.

“Salud, camaradas: os felicito y os doy las gracias en nombre de la Patria, complaciéndome en que véais realizada la gloria que os anuncié al incorporarirme”.



Segunda: “no quería mandar como revolucionario, dice Márquez en su opúsculo de la Habana, sino obedecer como soldado, sirviendo a las órdenes de un gobierno; y para eso se verificara, di un estrecho abrazo a Zuloaga, en la Villa del Carbón, y lo declaré en voz alta que lo reconocía por presidente de la República.” Vino el fusilamiento del señor Ocampo pocos días después; pero para que pesara la responsabilidad sobre Zuloaga, el que por virtud de un estrecho abrazo fungía de primera autoridad, se dio por equivocado, consintiendo en que el ayudante Andrade y el general Taboada hicieran que el subalterno Santana (no recuerdo el nombre) ejecutara al señor Ocampo, en lugar del coronel Ugalde, de quien en aquel momento se hablaba.

Terminaba la vida de Maximiliano en el Cerro de las Campanas, el 19 de junio de 1867, y Márquez, dentro de México, sosteniendo todavía un sitio sin razón, supuesta la caída de su soberano, hacía publicar la más absurda e infucua de las mentiras, y se ocultaba después de haber obrado un mes de propia autoridad. Decía el general Tabera: “El Exmo. Sr. general Lugarteniente, a las nueve de esta mañana, me dice lo que sigue:—Exmo. Sr.:—A las diez y media de la noche anterior se me ha presentado el señor general don Manuel Ramírez de Arellano, procedente del campo de S. M. el Emperador (después de haber perdido cuatro días que estuvo oculto en Tacubaya), y dicho señor general me ha dado la plausible noticia de que el Ejército imperial de Querétaro viene en marcha en auxilio de esta capital, mandado por el soberano, quien en breve estará a nuestra vista y sobre el enemigo. Tan plausible noticia, mandará V. E. se publique en orden general extraordinaria y por un alcance al público, disponiendo que sea solemnizada con repiques y dianas.” Cuando esto pasaba, ninguno de los habitantes de la capital ignoraba la suerte que había corrido el Imperio y el mismo Maximiliano.

Ahora, señor Pola, pasando a otro episodio relacionado con la muerte del señor Ocampo, no me parece por demás referirle cómo acabó el guerrillero español Cajiga, aprehensor de dicho señor.

Sabe usted el empeño que tomó el gobierno para escarmentar a los autores del proditorio fusilamiento, por lo que me limito a darle pormenor de las operaciones que de orden del señor general Doblado tenían lugar en el Llano del Cazadero y sus alrededores, por las caballerías del Estado de Guanajuato, situadas en Arroyo Zarco, al mando del coronel don Victoriano Espíndola.

Lindoro Cajiga, José Alonzo y José María Ibarburen, españoles los tres, subordinados de Márquez, que había sido derrotado en San José de Iturbide, el día 4 de diciembre de 1861, hacían diversas correrías cerca de Arroyo Zarco, terreno conocido de Cajiga, porque lo había administrado, y frecuentes eran los pasos de estos a la vista de la hacienda y de Espíndola, a quien tenían empeño de burlar. Llegó la ocasión de que el coronel se hiciera de un viejecito que tenía varios hijos, vecinos de la inmediata hacienda de San Juanico, víctimas



de los expresados guerrilleros, y dando uno de éstos como guía al comandante Rafael Domenzain, jefe del noveno escuadrón, sorprendió el capitán José María Casillas a la clase de tropa que se encontraba dormida dentro de una troje crónica, haciéndola prisionera, y Domenzain sorprendió también en el cerro de la hacienda a siete españoles y otras tantas mujeres, sacándolos del interior de una cueva, donde también había dinero, alhajas, ropa y víveres; pero como no habían caído los cabecillas y era preciso buscarlos, porque allí se encontraban con sus compañeros, se mandó dispersar la tropa en su busca, hasta que fue sacado Alonzo del abra de una peña, donde había podido ocultarse. Este y todos los prisioneros fueron conducidos a Arroyo Zarco, y al ser enviado el primero para México, fue fusilado en San Francisco Calpulálpam, habiendo sido infructuosos los empeños que los señores Rosas y Terreros, vecinos pudientes de México, interponían en favor del prisionero cerca del señor general Doblado.

El 24 por la noche dispuso el coronel Espíndola nueva partida al mando del comandante don Francisco Barriga con el primer escuadrón y el mismo guía, logrando sorprender a Cajiga en San Miguel Acambay, al amanecer del 25. Teniéndose noticia que habitaba una casa de la plaza, el capitán de la primera compañía don Pablo Heredia y el sargento primero Juan Ramírez fueron en su persecución; mas sabiendo por una mujer que Lindoro se había fugado brincando a pie los cercados de la parte posterior de la casa, echaron a seguir la huella, y en efecto, el sargento lo alcanzó y condujo a la plaza, donde a la sazón que llegaban las fracciones restantes del asalto, se precipitaron sobre Cajiga y lo mataron.

Llegó por fin el comandante Barriga, se echó pie a tierra, con el cuchillo de monte que llevaba al cinto, se le separó al cadáver la cabeza del tronco, la hizo envolver en una zalea negra que servía de sudadero, hizo que la amarraran como maleta en los tientos de su silla, sobre el caballo que montaba, y al frente de su escuadrón regresó a Arroyo Zarco, a entregarla a su superior, el coronel Espíndola. Ibarburen pagó a su vez con la vida, el día 28 del mismo mes, fusilado por el comandante Zambrano, jefe de otro escuadrón de Guanajuato, después de cogerlo en el cerro de la Joya, cerca del pueblo de San Pedro Tolimán.

Me alegraré que le sirvan a usted los datos referidos, así como que pueda serle útil en algo su afectísimo amigo y S. S.—

*Pedro González.*



En lo que antecede hay divergencias, que en vez de obscurecer el punto principal de la cuestión, dan forma a esta verdad: del fusilamiento de Ocampo es culpable Márquez y Zuloaga.

A medida que pasan los años, el tiempo hace que la pena y el estigma caigan menos y menos en la individualidad del asesino; y más y más, hasta hacerlo execrable, en el Partido Conservador, del que aquél era la personificación con la investidura de jefe militar.

Ha querido la suerte que el culpable viva, como para recibir la condenación de la que ya para él puede llamarse la posteridad.

Ahora aparece la víctima como gran mártir, purificado, como canonizado por la opinión pública y ante la historia: es un santo.

A Zuloaga y Márquez les hace mucho daño la remembranza del fusilamiento de don Melchor Ocampo. Zuloaga repite: “No quiero oír hablar más de eso. Hágame usted favor de no hablarme más de eso.” Y Márquez, en carta particular escrita desde la Habana: “No me mande ni periódicos, porque no quiero ocuparme para nada de eso.” Y los grandes adictos de ese partido que sobreviven: “No toque usted ese punto. ¿Para qué lo va usted a desempolvar? ¡Ah, a despertar odios!”

Como un fantasma va siempre tras ellos el nefando crimen, y ni lejos de la patria, ni al calor del hogar, deja de atenazarles. Quieren apartarlo de sí, llevándose la mano a la frente abrumada de remordimientos, como para calmar intenso dolor; pero cual pesadilla se les presenta, terrible e implacable en su conciencia.





APREHENSIÓN Y FUSILAMIENTO  
DEL GENERAL TOMÁS O'HORÁN

El 19 de julio de 1867, don Francisco Olivares, teniente coronel del cuerpo de caballería Legión del Norte, recibió órdenes del coronel Manuel F. Loera para partir inmediatamente a San Nicolás el Grande, hacienda de la señora Francisca Agüeros, esposa del general Juan Prim, a practicar un cateo escrupuloso, porque había sospechas de que allí estaban escondidos los generales Tomás O'Horán y Leonardo Márquez. Salió de Apam y llegó a la hacienda a las tres y media de la mañana, cercó la casa sin dejar nada al descubierto, hasta las seis en que nombró a tres trozos de su fuerza, compuesto cada uno de cuatro soldados, un cabo y un oficial para verificar el cateo. Al hacer éste, presentóse al señor Olivares un dependiente, a decirle:—"que el administrador deseaba habar con él." Se dirigió entonces a la habitación del administrador, que era don Luis Carballeda, después general, quien hablóle así:—"que ya sabía a lo que iba, que allí estaba O'Horán, que deseaba hablar con él."

El cateo continuó para ver si también se hallaba a Márquez; y Olivares, Carballeda, un hijo de O'Horán, que era rancharo, y un sargento armado fueron al cuarto que se designó como escondrijo de O'Horán, el cual cuarto era de su hijo. Apenas hallado el general imperial, manifestó:—"que deseaba hablar a solas con el teniente coronel Olivares." Todos salieron, y quedaron O'Horán y Olivares. Dijo el primero:—"que al ver la fuerza que sitiaba la hacienda, se había resuelto a entregarse preso, y que sólo deseaba saber si llevaba órdenes de fusilarlo allí mismo; y que ¿de quién había recibido la orden de irlo a aprehender?"

Olivares contestó:—“que sólo llevaba orden de aprehenderlo, y que la había recibido del coronel Loera.”

Olivares participó a Loera que había verificado ya la aprehensión de O’Horán. Loera, enterado de la noticia, marchó a mata caballo a la hacienda, y habló con O’Horán ante Olivares, preguntándole: —“que si tenía papeles o documentos, los manifestara.” La respuesta fue negativa.

Por orden de Loera fueron conducidos presos a Apam, O’Horán, Carballeda y dos dependientes; y se cerraron y sellaron las habitaciones en que había estado el fugitivo.

Al día siguiente recobraron su libertad Carballeda y los dependientes. O’Horán quedó en calidad de bien preso e incomunicado; y fue traído a México personalmente por Loera, a quien acompañaban dos oficiales y veinte hombres.

Se recogieron los caballos, armas y equipaje del preso. De los caballos, algunos fueron devueltos al administrador, y cinco quedaron en poder de Loera, según declaración del mismo Olivares. O’Horán dijo entonces: —“que dos eran de su silla y los otros tres de su hijo; que de los dos de su silla, le regalaba uno a Olivares.” Lo que se verificó en presencia de Loera, “quien dio su asentimiento.” De los cuatro caballos restantes, Loera dispuso de dos; y mandó que los otros dos quedasen a disposición en el cuerpo del Cuartel General. Después todo fue restituido, pero de orden suprema.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Acerca de este importante punto, hemos tenido con el general Manuel F. Loera la entrevista que sigue:

—¿Me permite usted, señor general, que le dirija algunas preguntas?..... Seré franco y claro.

—Puede usted hacérmelas.

—Como el nombre de usted figura en la Historia, es probable que enemigos envidiosos de su posición social hayan dejado que se diga que cuando fue usted a aprehender a O’Horán, que era su amigo, antes de proceder contra él, entró en convenio con usted para que lo dejara escapar y que le entregó cierta cantidad de dinero, muy fuerte, creo que cincuenta mil pesos, y que después resultó que usted no cumplió su palabra, y que...

—Como usted comprenderá, esto me llena de indignación; y lo único que podría decirle es que aún vive, por fortuna, Luis Carballeda, quien puede rendir su testimonio respecto de esa calumnia infame. Pero, dejemos a un lado todo esto.

Voy a procurar complacer a usted, narrándole los episodios que tuvieron desenlace con motivo de la aprehensión de O’Horán.

Una de tantas noches, estando yo en el Gran Circo de Chiarini, que estaba en la calle de Gante, el teniente coronel don Francisco Díaz fue allí y me comunicó que el señor Presidente Juárez se había servido disponer que pasara yo inmediatamente a tomar órdenes; me parece que eran las doce o doce y media de la noche.

Acto continuo, acatando este mandato del señor Presidente, salí de aquel lugar; y, ya que tuve la oportunidad de verlo, me preguntó si los Cuerpos de Caballería del Norte, que estaban a mis órdenes, con-



tinuaban situados en la población de Apam y haciendas confluentes; y, al responderle que sí, me significó más o menos lo siguiente: —que, por antecedentes de mi humilde persona, antecedentes de caballerosidad y de cumplimiento estricto de mis deberes, muy especialmente con las órdenes militares, me confiaba un negocio de muy alta magnitud, el cual era la aprehensión de O'Horán, que se refugiaba en la hacienda de San Nicolás, propiedad de la señora doña Francisca Agüeros, casada con el señor general Prim; y que, en la de Anacamilpa, a corta distancia, se refugiaba también don Leonardo Márquez, con alguna otra persona.

El señor Juárez me encareció la necesidad urgente de la aprehensión de estas dos personas que tantos males habían causado a la República, así como la de hacer un ejemplar con ellos.

Me indicó que tomara un tren que saldrá a las primeras horas del día, para ir a mi cuartel general; y habiéndome encontrado con que se había cambiado el horario de tal tren (que era entonces de la sección del Ferrocarril de Veracruz que iba hasta Apizaco), tuve que hacer la expedición o ruta hasta Apam, en caballos alquilados o comprados, de los cuales maté tres.

En mi cuartel general, adonde llegué cosa de las tres o cuatro de la tarde, di mis órdenes para que las diversas unidades de caballería de mi mando tomaran distintas direcciones al obscurecer, haciendo proparar la voz de que se retiraban a la capital de la República y a la ciudad de Puebla.

Siguiendo las estrictas órdenes que dicté, los regimientos de mi mando, a buena distancia, empezaron a rodear tanto la hacienda de San Nicolás como una loma inmediata; y en esto, favorecida mi expedición por alguna lluvia que vino a caer como entre diez y once de la noche.

Don Tomás O'Horán, que de noche abandonaba la hacienda de San Nicolás con precaución bien meditada, no se apercibió del gran cerco o circunvalación que efectuaron las tropas que allí tenía yo situadas; y por esta circunstancia permanecía en la hacienda; y esto se sabía, habiendo sido observado por mis gentes que le sobrevigilaban, y se me había participado que, a las primeras horas de la noche, había vuelto a la indicada hacienda.

El cerco a distancia lo centralicé entonces sobre el edificio, y diversas comisiones de oficiales mandé al interior de la casa en busca del indicado O'Horán, ante el señor Eguía, primer administrador de la hacienda, y el señor don Luis Carballeda, hoy general del ejército, instándoles para que indicaran el lugar en donde se hallara escondido O'Horán. Por fin, estos señores se apersonaron conmigo en demanda de lo que deseaba, y de plano les manifesté lo mismo, les expuse cuál era mi misión, ordenada por el Supremo Gobierno, por el Primer Magistrado de la Nación; y aun cuando vacilaba un poco el primero, el segundo, con los buenos sentimientos patrióticos que lo animaban, me confesó de plano que O'Horán estaba dentro del recinto.

O'Horán, comprendiendo la difícilísima situación en que estaba colocado, procuró escapar por alguno de los grandes corrales que existían en la hacienda, en uno de los cuales fue capturado por mis comisionados.

O'Horán me conocía con anterioridad y me hizo infinidad de proposiciones, que el caballero y el hombre honrado jamás ha admitido, aun cuando por su vida militar y con motivo de las diversas comisiones que haya desempeñado, hubiese estado en condiciones de oír ofertas más ventajosas.

—Perdone usted mi curiosidad, general, ¿odría usted decirme en qué consistieron las proposiciones de O'Horán?

— O'Horán me ofreció regalarme algunos de los hermosos caballos que conservaba en la hacienda, así como también las alhajas que contenían sus equipajes; y, por último, una fuerte cantidad de dinero que tenía en poder de los honorables señores Buch, la que, repito, también ponía a mi disposición, ofreciéndome dar la orden para que la percibiera.

—¿Recuerda usted qué cantidad era?

—Unos cincuenta mil pesos.

—¿Decía usted, señor general, que O'Horán fue conocido suyo anteriormente a estos sucesos?

—Durante la época que sirvió a la patria, como un caballero, estando en nuestras filas, las de nosotros los republicanos, fue mi amigo; y después, en las condiciones en que se colocó, me inspiraba horror por



## Hay dos versiones sobre la fuga de O'Horán, al ser ocupada la ciudad por

todos los malos antecedentes en su contra, por los males que había ocasionado a la nación y a la humanidad, que le hacían cargo justísimo de ellos.

—¿Y qué le dijo usted en respuesta a esas proposiciones?

—Por mi honor de caballero: —¡que se conformara con la suerte que le estaba destinada!...

Y, a propósito de esto, debo decir a usted que había yo recibido, órdenes del Supremo Magistrado de la Nación, de que aprehendidos tanto O'Horán como Márquez, e identificadas sus personas, los mandara pasar por las armas.

—¿Así de terminantes fueron esas órdenes?

—¡Inmediatamente! Sin más ni más...

Pero, continuemos nuestro relato: O'Horán, ya bien preso, le dejé con los centinelas de vista correspondientes, para llevar a cabo las otras órdenes que había yo recibido; y, antes de esto, pasé al lugar destinado para su capilla, allí en la misma hacienda...

—¿Y allí?

— O'Horán siguió implorando los sentimientos tiernos de la humanidad, manifestándome las condiciones de sus hijos y la de una joven, su esposa; suplicándome que no lo ejecutara, y repitiéndome los ofrecimientos que me había hecho, los que deseché de plano con toda indignación, por lo que diré adelante, como prueba de ello.

Le significué que tenía a la vez alguna otra misión que cumplir, y que entretanto dejaba orden a alguno de los jefes de que no lo fusilaran, sino hasta mi regreso; y emprendí el viaje a esa misma hora. En esta situación quedó prisionero.

Ya al trote o a galope, con la mayor parte de las unidades que tenía yo a mis órdenes, nos dirigimos rumbo a la hacienda de Anacamilpa, en donde, por los antecedentes que tenía el señor Juárez, como he dicho, se sabía que se refugiaba Márquez, y circunvalé esta hacienda hasta donde me fue posible, por la gran cantidad de monte que contenía entonces.

Requerí al administrador, que no recuerdo ahora su nombre, para que me entregará a Márquez o me indicara en dónde lo guardaba. Este caballero, cumpliendo con las leyes de hospedaje para un refugiado, y después de alguna larga conferencia y mucho apremio, siendo preciso indicarle todo lo que su vida correría de peligro con no decir la verdad, se decidió a obedecer. Para no ser muy extenso, por fin este señor me indicó el lugar del monte en donde dormía Márquez, sitio adonde ocurri con el mayor sigilo posible, a fin de no ser apercebido por el fugitivo.

Márquez y el que lo acompañaba, seguramente que se apercebieron de la batida que le daba al monte, que por lo fragoso del mismo, al huir, no me dejaron huella alguna.

Debo decir que el lugar adonde dormía Márquez con su correligionario o asociado, lo dejaron caliente todavía: así estaba el zacate en donde se recostaban; y, como era hombre experimentado en asuntos de campaña, consideré que los caballos, si no los tenían brida en mano, sí deberían haber estado a muy corta distancia; y, en efecto, los caballos no hacía mucho tiempo que habían defecado: todavía se sentía el calor en los detritos.

Se luchó toda esa madrugada para buscar el rastro, el rumbo por donde Márquez hubiera escapado; todas las gentes de mi mando trabajaron a conciencia; se tuvo verdadero empeño por los jefes y oficiales que estaban a mis órdenes, así como también por la misma tropa, para conseguir, repito, la aprehensión de este individuo.

Vino la luz de la mañana; el sol alumbraba ya debidamente el monte, y por ciertos reconocimientos me cercioré de que el perseguido no se encontraba dentro de la circunvalación que le había yo formado.

Vuelvo a San Nicolás el Grande; y en virtud de los ofrecimientos que O'Horán me había hecho, pedí al juez de letras de Apam que con notario viniera a San Nicolás.

—¿Recuerda usted, señor general, el nombre del juez de letras?

—No lo recuerdo: ¡hace tantos años de esto!



## los republicanos: el doctor Ernesto Schmit, Caballero de Tavera y embajador

A estas dos respetables autoridades, en presencia de O'Horán, del señor Eguía, del señor Carballeda y de algunos otros empleados de la hacienda, les ordené que formaran un inventario minucioso de los valores, alhajas y ropa que contenían los equipajes de O'Horán, o sean dos petacas; que se hiciera una reseña escrupulosa de todo, así como también de los ocho o nueve caballos que tenía el mismo O'Horán allí, entre ellos, un colorado precioso; que sellaran las cajas y que tomaran nota de la cantidad de dinero que me había ofrecido, y que estaba depositado en la casa, lo repito, de los honorables señores Buch, en esta ciudad.

Supliqué a la autoridad referida y al notario, sellaran y cerraran los equipajes, y con la razón correspondiente del juez de letras y del notario, que daba fe de esto, para que así se pudiesen conducir aquellos a la Secretaría de Guerra, como de facto sucedió.

Afortunadamente todavía vive el muy honorable señor general Mejía, quien podrá atestiguar el aserto de mi dicho. Todavía vive el honrado señor Carballeda, hoy brigadier del Ejército, que podrá hacer otro tato.

Pero, sigamos la cuestión principal: O'Horán tanto me suplicó que no le fusilara en la hacienda, así como los señores Eguía y Carballeda, exponiéndome que aquella propiedad era del general Prim, jefe ilustre de la expedición tripartita; y por los antecedentes del mismo, que se le debía, naturalmente, ciertas consideraciones, ofrecí a estos señores y al mismo O'Horán que lo traería a la capital de la República; y si en parte contravenía a las órdenes del eminente Juárez, abrigaba yo la idea de que al venir a la plaza de México, O'Horán sería juzgado con todas las prescripciones de la ley y ejecutado; puesto que lo merecía por los males que había ocasionado, mandando ejecutar a muchas víctimas; era, pues, necesario: ise demandaba un ejemplar castigo con este individuo!

En efecto, en el primer tren que pasó por la hacienda de San Nicolás, tomé asiento con O'Horán y mi ayudante, para traerlo a esta capital, ordenando a la vez que vinieran los equipajes a la vista del notario que había tomado nota de ellos.

Al llegar a esta plaza, me encontré al distinguido patriota, general de división don Alejandro García, entonces comandante militar, que con las tropas de la guarnición me esperaba en Buenavista (o corrales adonde llegaba entonces el tren), para ejecutar a O'Horán, por lo cual me mandó que se lo entregara.

A mi pesar, no pude cumplir con aquel mandato de un jefe tan respetable, exponiéndole que ni las tropas, ni el cuerpo que comandaba estaban en el dominio de la plaza; y que yo mismo había recibido órdenes directas del señor Presidente de la República y solamente tenía que darle cuenta de ellas.

Ya después de entablar esta conversación con el señor García, me comprometí con dicho jefe a que en mi carruaje llevaría a O'Horán hasta el templo de las Brigadas, en donde estaba la prisión militar, a las órdenes del distinguido patriota don Basilio Garza. Le hago entrega formal de O'Horán, ordenándole que colocara centinelas de vista dentro del mismo lugar en que se le ponía.

Ya con el recibo correspondiente, me presenté en Palacio ante la eminente figura de Juárez.

Recibido por el señor Presidente, al darle cuenta de mi misión, se expresó de una manera bien seria, interrogándome, por qué no había cumplido con su mandato. A lo que le expuse que, enmendar lo que él había ordenado, me pareció conveniente y decoroso para la patria, como para el mismo; traer a O'Horán; y que, si como era de suponerse, se le habría de nombrar un juez instructor y un jurado, éste fallaría en vista de la causa, dándole al procesado todos los recursos que nuestra carta fundamental concede para los procesados; y que, repito, el jurado determinaría la suerte de este señor.

El señor Juárez, todo bondad, todo circunspección; sin embargo de lo molesto que estaba con mi persona, por no haber cumplido debidamente con sus órdenes; este incrito caballero me abrió los brazos y sus palabras fueron éstas:

—Manuel, tiene usted razón: que lo juzgue la ley y no aparezcamos ni usted ni yo, como los asesinos de esa figura.

(Al general Loera saltáronsele las lágrimas y apagose su voz.)



Le presenté el recibo de la prisión en donde estaba bien guardado O'Horán, llamó después al señor Ministro de la Guerra y le ordenó que nombrara un juez para que conociera de la causa que debería formarse en contra de O'Horán, y fue el señor coronel don Cosme Varela.

Este señor Varela fue, repito, el que instruyó la causa respectiva en contra de O'Horán; y se reunieron en consejo las personas competentes o autoridades que debieran conocer de ella.

Como llevo dicho, el consejo de guerra se reunió en el gran Teatro Nacional y allí los defensores de O'Horán aquilataron todos los recursos propios de la defensa; empero los razonamientos del ministerio público, en nombre de la sociedad agraviada, expuestos ante dicho consejo de guerra, inclinaron su opinión en pro de ellos y se determinó su fusilamiento, el cual se llevó a cabo en la plazuela de Mixcalco, en donde este señor había mandado fusilar a tantos patriotas. Por lo que hace a los equipajes, caballos y los ofrecimientos de O'Horán a mi persona, tendré placer en citar como testigo al honrado y distinguido señor general don Ignacio Mejía, quien presenció la apertura de los equipajes y vio la reseña de los caballos, reseña hecha con toda escrupulosidad conforme a los conocimientos de la hípica; los que dos o tres días después fueron entregados a la desgraciada madre de O'Horán, por acuerdo expreso del supremo gobierno de la República.

La madre de O'Horán, agradecida conmigo por el servicio de haber traído aquí a su hijo, me ofreció varias veces por conducto del caballeroso señor don Agustín del Río, escogiera yo tres o cuatro caballos de los más hermosos para dejarlos a mi servicio; lo cual no acepté rotundamente.

La indicada señora también me manifestó que había recibido la esposa de O'Horán, la señora doña Juana Calvo, los valores que estaban depositados en las honorables manos de los señores Buch.

Pasado el acontecimiento de que desapareciera O'Horán del mundo de los vivos, alguna mañana, después de dos o tres meses de esto, un hijo pequeño (Tomás) de ese desgraciado señor se paró frente a las ventanas de mi casa de la Avenida Juárez; el jovencito, seguramente herido por la deplorable suerte de su padre, desde la calle a mis ventanas, se permitió decirme: ¡que yo había sido el asesino de su padre y que lo había robado!

Al caballero, al soldado, al hombre honrado, para rechazar insultos de un inocente, le pareció más oportuno mandarlo con un gendarme ante la autoridad o gobernador del Distrito Federal, puesto que desempeñaba en ese entonces el señor don Juan José Baz, en presencia del que todavía fui yo insultado, lo mismo que también el funcionario político.

La honorable señora madre de O'Horán compareció ante la autoridad política y manifestó: que el dicho del joven su nieto no era exacto, supuesto que ella y la esposa del mencionado O'Horán habían recibido todo lo que él dejara íntegro e inventariado ante autoridades bien competentes, lo que se practicó en la hacienda de San Nicolás; y que aquí, la señora de O'Horán había recibido los fondos que estaban depositados en la repetida casa de los señores Buch.

El señor Baz me indicó que se levantaría una acta, o constancia más bien dicho, de lo que llevo manifestado, la cual debe existir en el archivo del gobierno de Distrito.

—¿Cuándo usted, señor general, aprehendió a O'Horán, manifestó tener fuerza de ánimo?

—Se me arrojó como una mujer, diciéndome: ¡Sálveme! —Muérete como un hombre, le respondí; acuérdate de todos los males que has hecho y de tus manes de Tlálpam, de Panzacola. ¡Te aborrezco! ¡Tus víctimas y la justicia demandan tu vida!... ¡¡Ven conmigo!! —Pero ¿no me fusilarás en el camino?... —No. —¡Ah! tú me salvas... tú me devuelves la vida!...

Estas fueron más o menos las palabras que mediaron entre nosotros.

—Cuando el señor Juárez dio a usted la comisión de aprehender a O'Horán, ¿en qué términos, más o menos se expresó?

—Las palabras del señor Presidente, más o menos, fueron éstas: “Manuel, solamente en usted tengo confianza de que no lo cohechen. Vaya usted y aprehenda a ese hombre.”

—¿Y cómo estaba vestido O'Horán cuando usted lo aprehendió?



en retiro, dice en su obra *La tragedia imperial mexicana*, que es la historia de los últimos seis meses de su permanencia en México en 1867, que O'Horán salió escondido en el cadáver de un caballo, el cual hizo arrastrar hasta fuera de garita, en un muladar. Luego ganó una hacienda que administraba su cuñado.

La otra versión es que don Luis Carballeda le sacó un día muy de madrugada de una casa de las calles de San Lorenzo, entre un grupo de jinetes.

La muerte viene a callar al general Carballeda cuando iba a relatarme la fuga y aprehensión de O'Horán. Me escribió esta carta:

S. C. Febrero 20 de 1904.

Sr. Ángel Pola.

Presente.

Estimado amigo:

Once meses llevo de caer y levantar de la cama, esto hace no pueda llenar sus deseos de su grata fecha 15 que tengo el gusto de contestar. Cualquier día de estos que esté mejor tendré el gusto de darle los datos que desea.

Su amigo afectísimo S. S. —

*Luis Carballeda.*

---

—De paisano.

—¿Era alto?

—Al contrario: chaparrito, de piocha larga, entrado en años... sería de unos cincuenta.

—Y cuando O'Horán sirvió en el partido republicano ¿observaba buena conducta?

—Era todo un valiente, un cumplido caballero. ¡Todos nos llevamos chasco!... ¡Ah! señor, de ochocientos miserables que fueran a Europa, sólo hemos vuelto ochenta y cinco hombres honrados con el derecho de alzar la frente en nuestro país!

—¿Podría usted decirme, si recuerda, cuáles fueron las palabras del señor general Garza, cuando le exigía la entrega de O'Horán?

—Entrégume usted a esa fiera, para pasarla inmediatamente por las armas. A lo que le contesté, como llevo dicho, que tenía órdenes expresas del señor Presidente Juárez, y que tenía yo indispensablemente que darle a él cuenta de mi misión.

¡Ah! eso era tremendo; la gente estaba toda alborotada; gritaba: ¡muera O'Horán! ¡fusílenlo! ¡idéjenoslo para matarlo!

—Entonces, ¿aquello era un motín?

—¡Cómo no! Y lo llevé entonces en mi carruaje, entregándoselo, como dije a usted, al señor don Basilio Garza, con recomendaciones especiales y muy serias, manifestándole que si el preso se fuggaba, correría riesgo su vida; en fin, tanto, que se le formó a él un verdadero zarzo de responsabilidades.



O'Horán entró en la prisión militar de Santa Brígida, y se le instruyó causa conforme a la ley de 25 de enero de 1862. El Presidente le concedió la gracia especial de que no fuese identificada su persona, según prevención de la ley.

Lo curioso fue que al comenzar la instrucción de la causa, hacía el fiscal militar, coronel Jesús Álvarez, esta pregunta: “¿Cuál es el delito, o delitos, porque debe sustanciarse el proceso, pues de lo contrario, el que suscribe fluctúa en el modo como deba comenzarse la averiguación?” Entonces se le acusó de los delitos contra la independencia y seguridad de la nación, contra la paz pública y el orden, contra las garantías individuales y por infidencia al Supremo Gobierno Constitucional.

He aquí quienes conocieron de la causa: Presidente, coronel Juan Pérez Castro; Fiscal, coronel Cosme Varela; Escribano, sargento 1º Jacinto Meléndez; Vocales, capitanes Emilio Lojero, José Ma. Ramírez, Felipe Fuentes, Jesús Treviño, Vicente Mendoza y Joaquín Cuevas; Asesor, licenciado Juan B. Acosta; Defensores, licenciados Justo Benítez y Manuel Inda.

O'Horán, de niño, se avecindó en Yucatán, de donde era su familia. Había nacido en Centro-América el año 1824. Principió su carrera política afiliado al Partido Liberal cerca del general La Llave.

Por cambios en sus opiniones políticas estuvo preso seis meses; pero se fugó en compañía de los generales Tomás Moreno y Miguel Echegaray, y combatió a la reacción, a Márquez y Cobos hasta la entrada de Juárez en México el año 1861.

En mayo del año siguiente le salió al paso a Márquez para impedir su auxilio a las fuerzas francesas que atacaban a Puebla. Le batió en Atlixco y logró que se replegase a Chietla. Como jefe de la caballería “estuvo siempre a una milla de los franceses”.

Más después, cuando el sitio, para venir a México con instrucciones cerca del Supremo Gobierno, tuvo que romper la línea, “cuya operación se practicó felizmente arrollando a la guarnición francesa que le impedía el paso.”

En Morelia se batió al lado de Uranga contra Márquez. Tomó ligera parte en la campaña liberal en Jalisco, Michoacán y otros estados.

Desertó del Ejército republicano a mediados de 1864, después de haber tropezado y hablado con Márquez en Pátzcuaro. Márquez hizole saber entonces “que tenía órdenes para no obligar ni al que absuelve ni a ninguno de los que viniesen a reconocer el Imperio.” De este punto vino O'Horán en



camino carretero a Morelia, Toluca y México. Ya venía tentado de traición por Márquez.

Cuando ante sus jueces se le interrogó si sabía el motivo de su prisión, contestó:

—Por haber servido al que se llamó Imperio.

Pero queriendo reivindicarse, expuso, entre otras disculpas sagazmente urdidas, que si había aceptado el carácter de autoridad en Tlálpam, durante el Imperio, fue porque era una colmena de bandidos, el corazón de la inseguridad en el Distrito Federal y la ojeriza del Ejército francés. Decía, en tono de redentor de aquel pueblo, que “Tlálpam estaba sentenciado a las llamas” y que por la muerte de un zuavo se le impuso a la población una multa de seis mil pesos que debía satisfacer en seis horas.

Al presentársele sus crímenes, casi uno por uno, manifestó, al recuerdo de los hermanos Acosta, de Atlapulco o Xalatlaco, que uno de ellos había sido fusilado por el general Aurcliano Rivera, y que el otro había sido ladrón y soldado de confianza de Butrón; que ellos dos mataron al general Santos Degollado y que al Acosta sacrificado por él “lazó de los pies y arrastró el cadáver en el llano de Salazar,” del magnánimo republicano.

Durante el sitio de México cubrió la línea de Peralvillo a Tepito. Él fue quien exigía con dureza inquisitorial las cantidades asignadas a los ricos para cubrir el préstamo de 400,000 pesos. ¡Infeliz de aquel que se negase a pagar! Era aprehendido, tenía se con centinela de vista, se le ponía en peligro de muerte, y a su familia se la aislaba hasta dejarla a prueba de hambre y sed.

Llegó su dureza de sentimientos hasta poner frente al enemigo, de blanco de las balas, a quienes no cedían. El 11 de mayo mandó aprehender al joven estudiante José Iglesias, hijo del ministro de Hacienda de Juárez, y le tuvo durante el día expuesto en el punto más atacado por los sitiadores. La madre del joven enfermó de pesar.

Este hombre que llegó a conturbar con su conducta a los mismos facinerosos, alegaba como exculpante, ante su consejo de guerra, que “procuró y trabajó porque concluyese el sitio de la plaza, después del 15 de mayo.”

Pero no fue desde esa fecha cuando empezó a traicionar al Imperio y a sus jefes. A principios de marzo de 1867, el coronel Jesús Lalanne, hoy general, presentóse a media noche a don Manuel Payno en su casa de la calle de Santa Clara número 23. Lalanne había entrado furtivamente en la ciudad. Manifestó



a Payno que le ocultase porque quería tener una conferencia con el general Tomás O'Horán. Don Juan Díaz de las Cuevas, que acompañaba a Lalanne, echóse a buscar esa misma noche a O'Horán, quien se presentó a las cinco de la mañana en la casa de Payno y allí conferenció hasta las diez con Lalanne. Después ambos manifestaron a Payno que estaban convenidos en que la ciudad se entregaría al general Vicente Riva Palacio luego que sus fuerzas se aproximaran a San Ángel.<sup>2</sup> Por la tarde, Lalanne salió disfrazado en compañía de Cuevas, en una carretela. O'Horán estuvo pendiente de ellos en la Piedad para que no tuvieran tropiezos:

<sup>2</sup> Entrevista con el general Jesús Lalanne:

Un día se me presentó en San Ángel el doctor y profesor don Juan Díaz de las Cuevas a manifestarme que en la noche de ese día se verificaría una junta con los generales Nicolás de la Portilla, ministro de guerra, Ramón Tabera, comandante militar, y Tomás O'Horán, prefecto político de México, quienes deseaban que yo asistiese. La junta fue en la casa de don Manuel Payno.

Muy noche entré en México acompañado del señor de las Cuevas, en la carretela de don Cornelio Prada, rico propietario que vivía en la calle de Plateros. Nos presentamos en la casa del señor Payno, y faltaron a la junta los señores Portilla y Tabera. Nada más O'Horán, Payno, de las Cuevas y yo estuvimos presentes. Se trató de que yo fuese a hablar con el general Díaz para celebrar el convenio siguiente con él:

“Se le entregará al general Díaz la ciudad de México con todas sus fuerzas, armamento, equipo y municiones, bajo las condiciones que se expresan:

“Bajo su palabra de honor garantizará a los generales Portilla y Tabera su permanencia en la República, con goce de sueldo, sin que para nada se les persiga, y residirán en el lugar que les designe el gobierno.

“Al general O'Horán se le mandará hacer la campaña contra los indios mayas a Yucatán o bien se le permitirá retirarse con goce de sueldo al extranjero.

“El general Díaz recibirá, al tomar posesión de la ciudad, por sí o por apoderado, seiscientos mil pesos, garantizados por una casa fuerte de México”.

Me dirigí al cuartel general que tenía establecido el general Díaz en el cerro de San Juan, adonde llegué a las ocho de la noche, dando parte, después de la cena, al general Díaz, delante de su secretario general, licenciado don Justo Benítez, de la comisión; y le hice resaltar las inmensas ventajas que se obtendrían con la caída de la capital de la República.

El general Díaz me dijo:

—Que por desgracia había llegado tarde, porque poco tiempo antes de mi llegada, había estado un emisario del gobierno general con las órdenes terminantes de que no se celebrara convenio alguno con el enemigo si éste no se rendía incondicionalmente a discreción.

Por orden terminante del general Díaz, regresé a las doce de esa misma noche a San Ángel, diciéndome que acababa de recibir la noticia de la salida de Márquez de México.

En una de mis salidas de México, tropecé con Márquez, quien acompañado de O'Horán examinaban la fortificación de la garita de Belem. Yo iba en la carretela del señor Prada, con su esposa, el señor de las Cuevas y una pequeña hija suya que llevaba sentada en las piernas. Cuevas iba a la izquierda del cochero en el asiento de adelante.

O'Horán, que había indicado nuestra salida para las seis de la mañana, al vernos, cariñosamente nos saludó y dio la orden de que nos dejasen pasar.



La promesa de entrega fracasó, porque las fuerzas de Riva Palacio partieron a Querétaro.

Lalanne se introdujo otras dos veces en la ciudad y celebró dos conferencias más con O'Horán, “estando en esto de acuerdo también el señor general Portilla.”

Payno mandó una comisión al general Porfirio Díaz, que sitiaba a Puebla, compuesta de Juan Díaz de las Cuevas, Luis Picazo y Jesús Lalanne, que le llevó las proposiciones de O'Horán. “El general Díaz contestó que acababa de recibir órdenes estrechas del Gobierno para no tratar de ninguna manera con las que defendían la plaza de México y que por esto sentía mucho no pudiera hacerse ninguna combinación con el señor O'Horán.”

Márquez llegó repentinamente a México y “todo lo que se había arreglado para la entrega lisa y llana de la plaza se trastornó de nuevo.”

Entonces de las Cuevas salió de la ciudad con pasaporte y puso al tanto al general Díaz, por orden de O'Horán, “con toda exactitud, del número de fuerzas y piezas de artillería con que había salido Márquez para tratarlo de batir.” El general Díaz recibió la noticia en el cerro de San Juan la víspera del asalto y toma de Puebla.

Derrotado Márquez en San Lorenzo, O'Horán y él hablaron con Payno “para ver si se lograba que les garantizasen las vidas.”

El 18 de junio, de parte de O'Horán, se acercó don Manuel García Conde al general Francisco Vález para que por su mediación tuviese aquél una conferencia con el general Díaz. La conferencia se verificó en la Casa Blanca la noche del 18.

Escuchemos el relato que el general Díaz hace de todos los pasos de O'Horán:

*República Mexicana.—Ejército Nacional.—Segunda División.—General en jefe.*

Obsequiando el auto proveído en la sumaria que se instruye a D. Tomás O'Horán que me comunica V. en su oficio de ayer, paso a informarle, con protesta de verdad, sobre los hechos a que el interesado se refiere: desde que el desarrollo de las operaciones me condujo en la mesa central, el señor O'Horán me envió repetidas comisiones para ofrecerme su cooperación, con el objeto de asegurar el triunfo de la República.

En el Cerro de San Juan, mucho antes del asalto de la plaza de Puebla, se me presentaron con ese objeto una vez el C. Lic. Felipe Sánchez Solís, otra D. José Ma. Díaz de las Cuevas y muchas otras el C. Braulio Picazo. Estuvo también



a comunicarme las gestiones que le había dirigido el mismo señor O'Horán, el C. Coronel Jesús Lalanne. Oí, por supuesto, todos los ofrecimientos que se me hacían sin rechazarlos completamente; pero sin contraer el menor compromiso, porque no me consideraba facultado para ello y porque creía, que era necesario un hecho decisivo de armas para quebrantar de una vez la energía que aun manifestaba el partido imperialista.

Tomada la plaza de Puebla y derrotado Márquez en San Lorenzo, recibí en el camino de Texcoco a Guadalupe a D... Cipriani, que me ofrecía a nombre de O'Horán su decidida cooperación para desalojar al enemigo que ocupaba esta capital, asegurando que me entregaría a los jefes principales.

Mi situación, sin embargo, era tal que no me pareció conveniente emprender una operación decisiva sobre la plaza por falta de elementos, porque habiendo emprendido mi marcha de Puebla muy a la ligera y no habiendo podido traer conmigo la artillería, municiones y fuerzas necesarias, tenía necesidad de ocultar a amigos y enemigos mi propia debilidad. La cooperación de O'Horán me parecía muy útil, pero no la juzgaba decisiva. El camino de fierro y el telégrafo habían sido destruidos; los almacenes de Puebla estaban exhaustos, el tren quitado a Márquez en completo desorden y las municiones del mismo origen no correspondían al calibre de nuestra artillería y necesitaban una reparación espaciosa.

Contesté por este motivo, de una manera evasiva, sin dar esperanza al comisionado de O'Horán y sin negarla completamente. Pasados algunos días, el C. Miguel Aguirre de la Barrera, patriota de los mejores deseos, me vio constantemente a nombre de O'Horán, solicitando mi aquiescencia en la cooperación del expresado, pero no me convenía aceptarla de plano, ni imponerle condiciones que pudieran haberlo exasperado y dado más energía a la resistencia. Acepté bajo esa impresión una conferencia, a la cual, después de algunas dificultades por la vigilancia de las fuerzas sitiadas y sitiadoras, concurrió el mismo O'Horán y yo mandé por mi parte al C. Gral. Ignacio Alatorre con instrucciones de manifestarle que si bien estimaba su solicitud por el pronto término de la guerra, no me creía autorizado para ofrecerle la menor garantía para el porvenir y que sólo me comprometería a solicitar del Supremo Gobierno que le tuviese alguna consideración, llegado el desenlace de las operaciones.

En esto llegamos al mes de Junio, el señor O'Horán no dejaba pasar oportunidad sin insistir en su solicitud de ser admitido en nuestras filas, y yo en la evasiva constante que ya he indicado. Hacia los días 15 y siguientes, las instancias del señor O'Horán fueron tan repetidas por conducto de los CC. Luis Picazo, Manuel García Conde, general Francisco Vélez y otros, que no creí



debido negarme a una conferencia: la tuve positivamente en la Casa Blanca el día 19; el señor O'Horán sólo deseaba un salvoconducto para poder salir de la República, si no se le podía permitir vivir en ella, y yo sólo le ofrecí implorar la clemencia del Gobierno Supremo y disimular por mi parte su ocultación, mientras no me fuera denunciado formalmente. Él se manifestó resignado, ofreciéndome que con una carta en que le invitara a procurar por su parte la rendición de la plaza, haría desaparecer a Márquez de la escena y pondría a mi disposición la ciudad. Puse al día siguiente la carta que debe conservar en su poder, Márquez desapareció y México quedó en nuestro poder, sin efusión de sangre, ni los desastres que un asalto hubiera ocasionado.

Para concluir debo, como un tributo a la verdad, llamar a V. la atención sobre los partes telegráficos cambiados por el cuartel general a mi cargo y el del Ejército del Norte en que pedí algunos cuerpos de infantería útiles para el asalto, que por orden suprema no se me remitieron de Querétaro.

Es cuanto creo de mi deber informar a V. por ahora, sin perjuicio de las ampliaciones que se estimen convenientes. El C. general Alatorre y los demás a que me refiero, podrán dar por su parte las que V. crea necesarias.

Libertad y Reforma. México, agosto 4 de 1867.

*Porfirio Díaz.*

C. Fiscal Militar de esta Plaza.

Presente.

O'Horán, desesperado de haber perdido toda esperanza de salvación, supo el 20 de agosto que al siguiente día, a las seis de la mañana, sería pasado por las armas en la plazuela de Mixcalco.<sup>3</sup> Fue sacado de su prisión entre filas y cuando

<sup>3</sup> Escribió esta despedida: Tomás O'Horán a sus conciudadanos.— Los que van a morir, creyendo que hay algo más allá de la tumba, se despiden profiriendo verdades solemnes.

Se me va a ejecutar por traidor a mi patria.

Mis conciudadanos saben que en 1836 peleaba en Texas; que en 1838 combatí a los franceses en Ulúa; que en 1847 luché contra los americanos en la Angostura; que en 1862, derrotando a los auxiliares de los franceses en Atlixco, contribuí al glorioso triunfo del 5 de Mayo; que en 1863 rehusé a las invitaciones que se me hicieron para servir en las filas de la Intervención; que estuve en el sitio de Puebla, y que más tarde seguí al Ejército en las fragosidades de las sierras de Morelia, de Guanajuato y de Jalisco.

El gobierno republicano se alejaba sin luchar: el Ejército liberal se desmoronaba también.

En los estados que ocupaban como avanzadas fuerzas mexicanas, a las que seguían después tropas francesas, se establecía el sistema monárquico.

Me separé del Ejército con retiro autorizado por el general en jefe don Miguel Echegaray, ampliamente facultado en los ramos de guerra y hacienda.



llegó al lugar en que debía sufrir su pena, encontró ya formadas las tropas. Se

---

Al venir, pues a México, no llegué desertado de mi bandera. A la capital llegaba un hombre, y no se presentaba un tránsito.

Se me invitó a servir, y hasta después de diez meses, y cuando no tenía recursos con qué mantener a mi madre, a mi esposa y a mis hijos, acepté el mando de fuerzas que reducirían en Yucatán a los indios salvajes, que hacen una guerra inhumana contra hombres, mujeres y niños de la raza blanca, simplemente por causa del color.

Próximo a partir, ocurrieron en Tlalpan los asesinatos de dos de sus prefectos, asesinatos cometidos no por fuerzas liberales, sino precisamente por los mismos hombres que les estaban sirviendo y recibían el prest de las arcas imperiales.

Se trataba de perseguir a horribles malhechores, no a partidarios políticos, no a soldados que invocaban un principio, que se abrigaban bajo una bandera.

Los guardias mismos de don Ignacio Falcón, los que lo despedazaron dentro de su propia casa, fueron los que en el mismo recinto de Tlalpan, y ocultos tras de las rocas, asesinaron al anciano patriota don Juan Becerril.

En un país destrozado por las guerras intestinas, cuando un partidario juzga y ejecuta a un bandido, éste, para no querer llevar tal nombre, dice que es un adversario político; y los contrarios, por presentar actos monstruosos de sus enemigos, aceptan como un correligionario al que si cayese en sus manos y lo juzgaran, también lo ejecutarían.

Cuando fui a Tlalpan no había en la ciudad 26 familias; un año después disfrutaban de tranquilidad más de 1,800 habitantes.

Las pasiones bullen, fermentan en estos momentos; es imposible por ahora tener calma; dentro de algunos años, cuando mi cuerpo sea ceniza, se confesará y reconocerá que a los que aprehendí y condenaron las cortes marciales, eran verdaderos malhechores, y que expurgado de ellos aquel Distrito, ha podido tener seguridades, paz y prosperidad.

Los odios políticos hacen decir que aquellos hombres eran liberales. Reposo a los que ya no existen. Ninguno de ellos, empero, era soldado reconocido por autoridades republicanas, y los que por sí y ante sí se declararon jefes, por una y dos ocasiones se sometieron a las fuerzas francesas, y se lanzaron después a su carrera de horrores y rapiñas. No hubo entre ellos ningún hombre notable; no me movió, pues, para perseguirlos ni envidia ni emulación.

Cuando yo haya desaparecido; cuando la fría razón se restablezca; cuando mi sangre calme exigencias que de corazón perdono, estoy cierto que se me hará justicia, y que al contemplarse a mi venerable y anciana madre, a mis pobres huérfanos hijos, se les mirará con compasión y con ternura.

Más tarde y por fuerza de las circunstancias, dejé de ser prefecto de Tlalpan, y serví entonces como soldado contra las fuerzas que sostenían al gobierno constitucional.

Emprendí campaña contra valientes y disciplinadas tropas, contra soldados y no contra bandidos, cuando en el territorio nacional había dejado de flotar la bandera de la Francia, cuando había desaparecido por completo el principio y la fuerza de la intervención.

Serví, pues, a un gobierno si se quiere ilegítimo; pero a un gobierno que en aquellos momentos sostenían mexicanos. Al ponerme a sus órdenes, al prestarle mis auxilios, cometí acaso un error, perpetraría tal vez un crimen político, pero nunca ni remotamente el de traición, puesto que no serví a las órdenes de jefes extranjeros, ni la independencia de la patria se hallaban peligrando.

Siendo, pues, mi delito político, el juzgárame, no se me debió condenar a la pena de muerte.

El código fundamental de la República proviene de una manera solemne y categórica que no se imponga pena de muerte por delitos políticos, y esa suprema ley constitucional rige y se considera restablecida desde el aniquilamiento del Imperio, y desde que en el inmenso territorio de la patria no se escucha el silbido de una bala.



publicó el bando por el jefe que mandaba el cuadro, según prevención de la Ordenanza. A las seis y veintitrés minutos, el reo fue fusilado por las espaldas en presencia del coronel de infantería Cosme Varela, fiscal en la causa.

Las tropas en caliente desfilaron ante el cadáver, el cual fue llevado en seguida al Hospital Municipal de San Pablo.

El testimonio médico de buena muerte no carece de interés:

Los profesores de medicina y cirugía que suscribimos:

Certificamos haber inspeccionado el día veintiuno del presente mes, el cadáver de un hombre como de cuarenta y cinco años de edad llamado Tomás O'Horán, el cual presentaba lo siguiente: no había rigidez cadavérica, el cuerpo conservaba aún su calor natural, estaba cubierto de sangre en la parte anterior del pecho; la piel y todas las mucosas pálidas y exangües, presentaba

---

Y yo, sin embargo, voy a morir, habiéndome condenado un tribunal erigido como si estuviera en plena guerra con Francia, causal única por la que se invistió al gobierno de amplias facultades, facultades que la conciencia pública y el derecho dan por fenecidas.

Como soldado, y obedeciendo las órdenes de un jefe, hice efectivos préstamos, recurriendo a los medios violentos y severos que emplean todos los que tienen que sostener la guerra en cualquiera parte del mundo, cuando se hallan sin recursos: medios que se han empleado por todos nuestros gobiernos en las horas solemnes de la tribulación.

Y el que gobernó Estados, el que en su hoja de servicios tiene anotadas 86 batallas generales; el que ha derramado su sangre en ocho combates; el que ha sido general del ejército; el que llevó sobre su pecho doce condecoraciones obtenidas por servicios en guerras extranjeras, muere legando a sus hijos pobreza, y dentro de algunos meses necesidad. Cuando se les mire en una situación angustiosa y triste, se dirá: el ejecutado de 21 de agosto era un hombre de bien, fue un hombre honrado.

¡Pobres hijos míos! ojalá vivan ajenos de la política, sirviendo a su patria con trabajar en los campos, en las minas o en los ferrocarriles: ojalá que por la paz que ardientemente deseo para mi patria, no haya necesidad de que derramen su sangre para defenderla. Cásense, hijos míos, en tiempo oportuno: los hombres que gobiernan si tienen familia son humanos. El error con que se me ejecuta corresponde juzgarlo a Dios y a la sociedad.

El padre moribundo recomienda a sus hijos a orillas de la tumba, no sean censuradores del juicio ni de sus consecuencias.

Agradezcan, hijos míos, como yo agradezco en lo íntimo de mi alma, las muestras que he recibido de consideración en mi infortunio. Los que me han dado consuelos, aquellos que han procurado salvarme, los nacionales y extranjeros que me han demostrado simpatías, obtengan de vosotros como de mí obtienen, mi afecto, mi reconocimiento y mi ternura.

Conciudadanos: Una víctima de los trastornos políticos, dentro de breves horas se hundirá en la tumba. Esta existencia que respetaron las balas extranjeras, la van a aniquilar las balas mexicanas. Ojalá que mi sangre sea la última que se derrame por causa de las convulsiones políticas: ojalá que el gobierno republicano consolide para el porvenir la paz, y se muestre grande y generoso ante el mundo, promulgando sobre mi cadalso una amplia ley de amnistía para mis compañeros de infortunio. Perdón para los vencidos; gracia para los desgraciados

En mi prisión, cuartel del batallón de los Supremos Poderes, el 21 de agosto de 1867.— T. O'Horán.



al exterior nueve heridas representando las aberturas de entrada y de salida de cinco proyectiles de arma de fuego; las cinco aberturas de entrada estaban situadas: tres en el costado izquierdo abajo del omoplato del mismo lado, horizontalmente al eje del cuerpo, distantes una de otra como tres pulgadas, irregularmente circulares, de bordes demasadamente contundidos, como de tres centímetros de diámetro cada una, la cuarta sobre la región lomber de la columna vertebral, irregularmente circular de dos centímetros de diámetro; la quinta en la parte superior de la región renal derecha, lineal, como de tres centímetros de extensión. Las aberturas de salida eran cuatro, y estaban situadas: la primera en la parte media del cuello inmediatamente abajo de la laringe, irregularmente circular de tres centímetros de diámetro; la segunda en la parte media del borde inferior del gran pectoral, rodeada de una ancha equimosis, irregularmente circular de dos centímetros de diámetro; la tercera en la parte media del esternón perfectamente circular, de centímetro y medio de diámetro; la cuarta en el lado izquierdo del epigastrio, cerca del hipocondrio izquierdo, inmediatamente debajo de los cartílagos de las últimas costillas.

Abiertas las cavidades del pecho y vientre encontramos: en la primera que los proyectiles en el lado derecho habían fracturado, la segunda y tercera costillas en su parte anterior, desgarrando enteramente el lóbulo superior del pulmón de ese lado; un abundante derrame de sangre líquida y en coágulos como en cantidad de dos libras; en el costado izquierdo la quinta y sexta costillas fracturadas en su tercio posterior; el lóbulo medio del pulmón desgarrado, el cayado de la aorta hecho pedazos, el corazón atravesado en su base, rotos los dos ventrículos y el tabique; allí encontramos un proyectil de plomo del calibre de quince adarmes imperfectamente esférico, cubierto con una parte del lienzo de la camisa.

En la del vientre un derrame abundante de sangre líquida y en coágulos como en cantidad de tres libras, el estómago atravesado en la región pilórica, atravesado el colon transversal, y roto el hígado en el borde anterior del lóbulo de Spigel, las dos primeras vértebras lombares fracturadas en su cuerpo, rota la aorta ventral en su parte media y todo el paquete de los gruesos vasos. Ninguna otra cosa digna denotarse.

No se abrió el cráneo por no juzgarse necesario.

De lo dicho podemos concluir que la muerte fue producida por *el conjunto de lesiones arriba descritas*.

México, agosto 22 de 1857.

*Mauricio Flores.—José Morquecho.*



I  
UNA VISITA AL GENERAL MARIANO ESCOBEDO

15 DE MAYO DE 1867<sup>1</sup>

Como ofrecimos en días pasados, hoy publicamos algunos datos respecto al desenlace de la tragedia de que fue teatro la ciudad de Querétaro hace veinte

<sup>1</sup> Esta entrevista, publicada en el *Diario del Hogar* el 15 de mayo de 1887, fue reproducida, ya toda, ya en parte, por la prensa periódica de la República, habiendo sido el botafuego para suscitar una polémica, que luego degeneró en diatriba, entre los órganos liberales y los órganos conservadores, sobre cómo había sido ocupada la plaza de Querétaro.

*Le Figaro*, de París, en su número del 9 de julio de 1887, reprodujo también la entrevista, y M. Adrien Planté la comentó de modo favorable al general Mariano Escobedo.

Fue tal la saña con que acometió el Partido Conservador al Partido Liberal, para borrarse el estigma, y tal la maña que se dio, que se batieron a pistola los generales Sóstenes Rocha, liberal, y Antonio Gayón, conservador. Éste fue herido en el pecho.

Otro lance de honor estuvo a punto de verificarse entre los generales Sóstenes Rocha y Francisco O. Arce, entonces gobernador del estado de Guerrero. La mediación amigable del general Escobedo frustró este duelo.

Tuvieron una riña callejera el señor Victoriano Agüeros, director de *El Tiempo*, y el autor de esta entrevista, redactor del *Diario del Hogar*; después de haberle hecho éste un reto al primero, quien se negó a aceptarlo, fundado en que la creencia católica prohíbe el duelo.

Un diario clerical hasta llegó a estampar, en su indignación, al ver descubierta la verdad: “¡Qué feliz es la muerte cuando por ella va uno a dejar de ser mexicano!”

La prensa periódica tomó posesión en el campo de la lucha así: Partido Liberal: *Monitor Republicano*, *Diario del Hogar*, *Hijo del Ahuizote*, *El partido Liberal* y *El Combate*; Partido Conservador: *El Tiempo*, *La Voz de México* y *El Nacional*. A estos bandos uníanse otros periódicos metropolitanos y de los Estados, de menos importancia por su circulación e influencia en el público.

Esta lucha engendró un símbolo político: la manifestación fúnebre en honor de Juárez el 18 de julio; y colocose solemnemente una placa con su nombre en la esquina de la calle del Calvario, y comenzó a levantársele un monumento, digno de su memoria, en Bucarelli. ¡Ah, pero esto último se quedó en los

años. Hemos procurado inspirarnos en la verdad, consultando la opinión del veterano, héroe principal de aquella jornada.

Deferente con nosotros, porque sabe lo mucho que amamos las glorias de la patria y la veneración que profesamos a sus buenos hijos, nos ha remitido una carta atenta y ha proporcionado a nuestro compañero, que pasó a visitarle, importantes datos.

Será para nosotros muy satisfactorio haber contribuido con algo al esclarecimiento de los hechos adulterados por la pasión política y el odio inveterado de los antiguos servidores del Imperio a los jefes liberales.

---

cimientos, no obstante haberse colectado entre todas las clases socialistas de la República más de \$ 30,000! Nada más unos documentos que tenemos a la vista comprueban un ingreso de \$ 13,000.

Ese año la manifestación a Juárez fue imponente por lo grandiosa y espontánea. Una de las mejores coronas depositadas en el mausoleo del gran patricio fue la de don Gonzalo A. Esteva, propietario de *El Nacional*.

El discurso de don Ignacio Mariscal en el panteón de San Fernando fue discretísimo: “Cuando vacilemos en la senda del deber, —decía— cuando nos sentimos desfallecer en ese áspero camino, volvamos la vista, como ciudadanos, a esta hermosa tumba, cuyos resplandores alumbrarán nuestra ruta y darán vigor a nuestras almas; a esta tumba asilo de la muerte, que con sus mudas y elocuentes lecciones será manantial de vida para todo patriota, para todo amante del progreso. Acá vendrán las generaciones futuras para fortalecerse en los grandes sentimientos que demanda la República, que exige la democracia, para ser una verdad fructífera, una institución verdadera”.

Débase la iniciativa de la manifestación a la Prensa Unida, cuya mesa directiva estaba formada como sigue: Presidente, Vicente García Torres, padre; vicepresidente, Vicente Villada; primer secretario, Gustavo Baz; segundo secretario, Aurelio J. Venegas.

Y se dio al público esta protesta:

“Al H. Ayuntamiento de esta capital. —Los que suscriben, ciudadanos en el pleno ejercicio de sus derechos, expresan:

Que siendo un deber de todo ciudadano y de toda corporación respetar las leyes y velar por su exacto cumplimiento, piden que se revoque el acuerdo por el cual el citado Ayuntamiento permitió manifestaciones religiosas externas para el 12 de diciembre próximo, autorizando a don Rafael Carmona, para colocar en las plazas y calles públicas, arcos, gallardetes, etcétera, etcétera, en honor de una entidad del culto católico; acuerdo que, según el juicio de la opinión pública, no sólo es contrario a las Leyes de Reforma, sino que implica un desafío del retroceso a las generosas ideas de nuestros héroes patrios y de nuestras libertades.

Sobre la tumba de Juárez, representante augusto del Derecho en la historia, firmamos este ocurso, apelando al patriotismo reconocido de los respetables miembros de esa Corporación municipal que representa directamente al pueblo de México.

México, julio 18 de 1887.”

Entre otras muchas firmas de los protestantes figuran la de los generales Felipe Berriozábal y Martín González, y licenciados Faustino Fernández, Carlos Rivas, Gumersindo Enríquez, Rafael Reyes Spindola e ingeniero Francisco Bulnes.

La antevíspera de la manifestación fueron acusados de injurias a la memoria del Benemérito de las Américas, Benito Juárez, ante el Juez 1<sup>o</sup> de Distrito, don Juan Pérez de León, siete periodistas retrógrados contumaces. Uno de ellos edita ahora dos periódicos de política de campanario.



He aquí la carta:

Hacienda de la Laguna, Chamacuero, Estado de Guanajuato, Mayo 8 de 1887.

Sr. D. Filomeno Mata.  
México.

Muy apreciable amigo y señor mío:

El señor Pola, redactor del *Diario del Hogar*, enviado por vd., me ha entregado su siempre grata de fecha 6 del corriente; obsequiando sus deseos, le he ministrado algunos datos que transmitiré a vd., esperando sean conformes con las indicaciones que me hace, previo el poco tiempo que ha estado en ésta su recomendado; y sabe vd. que puede disponer, cuándo y como guste, de quien tiene voluntad para servirlo en cuanto a él sea posible.

Agradezco a vd. debidamente sus felicitaciones, como las de un buen mexicano, y en mi retiro me complazco de los progresos de mi patria, y lamentaré cualquier contratiempo que sufra, por pequeño que parezca; y mientras que me conserve como hasta hoy, estaré dispuesto para servir en cualquier época de prueba, que sinceramente no la deseo.

Sin más por ahora desea buena salud, quien con distinción lo aprecia y es afectísimo servidor—

*Mariano Escobedo.*



El caballo de vapor había andado 378 kilómetros, de las siete de la mañana a las siete de la noche. Sudaba por sus ijares de acero, donde lo espoleaba con insistencia el maquinista; en su larga jornada había devorado, a distancias considerables, repetidas veces, su pienso de carbón; cuando tomaba carrera, al ser refrenado, eructaba bocanadas de espeso humo, para aliviarse de la apoplejía de tensión; entonces salían chillando por sus costados, con el vaivén de la respiración, chorritos de agua hirviendo. De súbito anduvo sólo con el impulso; crujieron cadenas y topes: llegábamos a Chamacuero.



Apenas puse los pies en la plataforma delantera y me incliné hacia un costado del vagón, a ver el aspecto del pueblo, un viejo soldado se me acercó, y le pregunté:

—¿Sabe usted cuál es la casa del general Escobedo?

Desde luego, sin contestar, corrió en busca de alguien alrededor del tren: ya veía por las ventanillas, ya trepaba en las plataformas, ya gritaba un nombre propio, hasta que dijo a un aldeano, llamándole con todo el vuelo del brazo derecho:

—Aquí está ya.

Se me acercó el aldeano con el sombrero en la mano.

—¿Su merced es la persona que viene de México? —me preguntó.

—Sí, yo soy —le contesté.

Y salí como disparado, y subí al coche que me esperaba, custodiado por tres sirvientes del general. Sonó en las espaldas del tiro el látigo del conductor y espolearon los otros sirvientes a sus cabalgaduras, echándose delante, de guías. Las ruedas del vehículo empezaron a rodar por las calles estrechas, polvorientas y silenciosas de la población; a quebrar direcciones; a dar tumbos, de los que me libertaba, para no ser lanzado a los tejados, cogiéndome de los asientos con todas mis fuerzas. Desde el pescante podía dominar a Chamacuero, como a pueblo Liliput: así de pequeñito surgía su caserío a mi vista. Después de hacer caracoles, sin que se viese alma alguna en las calles, descendimos a un río, y en la ribera opuesta principiamos a subir una loma, imperceptible a trechos su elevación. Serpenteamos su cuesta enteramente desnuda de vegetación. A ratos sentíamos tocar la cumbre; mas, en seguida, tornábamos a la senda en espiral.

De entre las sombras de la noche, que golpeaban nuestras pupilas, estrechando el horizonte, veíamos destacarse, en la extensión vacía, el cuerpo de un edificio enorme aislado. Dábale una semivuelta el vehículo, y seguía a girar; y se abría de nuevo interminable el camino. Otro edificio, después de una ligera subida, se desprendió por entre copas de árboles; el camino se apelmazó, mojonado a uno y otro lado por cercas de piedra; el tiro espontáneamente apretó el paso y los guías dieron un arranque a sus caballos que, al hundir sus cascos en las cenizas de una fogata, bailaron encabritados por las chispas: el edificio era la casa principal. Los guías dieron un segundo arranque a sus caballos, apareció la fachada, traspasaron a galope la ancha puerta y desaparecieron en el patio. El coche siguió el trayecto y se paró a medio zaguán. Me apeé frente a un largo



corredor, y dí las buenas noches, y tendí la mano a un hombre alto que estaba con pereza reclinado sobre una mesa. Era un viejo sargento belga<sup>2</sup> que desde 1867 trabó amistad con el general a quien visita de continuo, y que vive en Celaya, hecho ya un rico comerciante. A poco se destacó imponente en una puerta, la venerable figura del general: alto, enjuto de carnes, huesudo, color moreno, rostro oval, frente amplia y surcada en distintos sentidos de arrugas, impresas, tal vez las más, por el carácter imperativo de su profesión; cejas un tanto pobladas y ligeramente curvas; ojos de mirada revelante, a la vez que de dulzura, de energía; nariz afilada y recta; barba cana, espesa y dividida en porciones elegantes; labios delgados y el superior cubierto por un poblado bigote; orejas levantadas de muy amplio pabellón; saco de dril ruso, de faldas hasta las corvas; pantalón burdo de ancha franja, del mismo casimir, desprendida de la costura lateral; sombrero aludo de palma; zapatos de suela y tacón fuertes; hundidas las manos en las bolsas.

—Tenía pensado contestar al señor coronel Miguel López —me dijo— la carta que me remitió en México, pero ya que con tanta oportunidad ha venido usted, voy a darle datos más extensos sobre la conducta de este jefe en los sucesos de Querétaro.

A causa del quebrantamiento de su salud, conversamos poco.

Es costumbre suya, arraigada, recogerse muy temprano y estar en pie a las cuatro de la mañana. A esta hora, cuando cantan los gallos anunciando los primeros albores del día, se oye en los corredores un paseo de botas y a intervalos una tos de vibración sorda. Es él, que está levantado y se pasea meditando en los trabajos de la hacienda. He contemplado en esa especie de indecisión del día que viene y de la noche que se va, al prestigioso soldado de la República, vagando por el caserón o arrellanado en una poltrona, abstraído en la solución de proyectos agrícolas. Se resiste uno a creer que tal anciano, que vive tranquilo, contento, casi feliz, a cien leguas de la capital, en su retiro de La Laguna, acompañado sólo de su familia, cuenta cuarenta y tres años, ocho meses y veinticinco días de glorioso servicio militar en defensa de la autonomía patria, de la República, de la Reforma y del liberalismo, y que haya sido quien cortó con su espada la cabeza del Imperio.

<sup>2</sup> Eliodoro Du-Pond.



Agolpadas en mi memoria las remembranzas históricas ante su figura, me fue imposible contemplarla sin veneración: su porte y su palabra imponen. Sus antepasados, el comienzo de su carrera, sus hechos, sus virtudes, —no esas que se regalan de diario a todo el mundo en las gacetillas— su patriotismo, sus firmes creencias políticas, su fidelidad pura de partido, su vida pública, su franca amistad: todo en él es grande y excepcional; su vida, desde su nacimiento hasta su muerte, será del dominio de la historia. En cada página se leerá su nombre.

## II

### SU HOJA DE SERVICIOS

El pueblo de Galeana, Nuevo León, se gloria de haberlo visto nacer en su seno el 16 de enero de 1826. Su árbol genealógico es linajudo. Lo he examinado y he visto la rama fuerte de donde se desprende él, frondosa y a punto de desgajarse bajo el peso de tanta gloria. Reza en el tronco: “Don Gaspar de Zúñiga y Acebedo, conde de Monterey, Virrey, gobernador y capitán General de la Nueva España, fue el primero que emprendió la conquista y establecimiento del vasto territorio explorado desde el año de 1596 por Fray Diego de León y el capitán don Diego de Montemayor: cuyo territorio es conocido con el nombre de “Nuevo Reyno de León.” Entre los primeros conquistadores de esa parte de la Nueva España, que fueron del interior de ella y a las órdenes del gobernador don Martín de Zavala, en la primera parte del siglo xvii, figura el alférez don Miguel Escobedo, de la estirpe Escobedo establecida en las ciudades de Tlaxcala y Puebla de los Ángeles a fines del siglo anterior, emparentada ésta con las familias de la Huerta, Durán, Cerón, Ricalde y Ortega Montañez, procedentes todas de los conquistadores de México. El alférez don Miguel de Escobedo, según consta por títulos originales y copias auténticas depositadas en el archivo del antiguo virreynato de Nueva España, fue mercedado con los terrenos del puesto de San Josph las Raíces, en jurisdicción de la Villa de San Pablo de Labradores,<sup>3</sup> desde el año 1569 que fue el de su fundación, y la posesión de esos terrenos le fue confirmada en 1694 por el general don Pedro Fernández de la Bentrosa. —Pasó su vida en una

<sup>3</sup> Hoy ciudad Galeana, estado de Nuevo León.



lucha continua con los salvajes tobosos y huerahuises; sacrificando su fortuna y su sangre en defensa de la frontera establecida en la Banda de Guerra contra esas naciones.— Sus descendientes que sucesivamente han habitado las villas de Santa María de los Ángeles, del Río Blanco y de San Miguel de Linares, son los que aparecen en este árbol genealógico.”

Fue a estudiar a Monterey, en donde a poco tiempo abandonó la carrera para volver al lado de sus padres y entregarse al trabajo material. Sentó plaza de militar luego que los americanos pisaron el territorio nacional. A los diecinueve años tenía el grado de alférez, en los cívicos. Su ascenso, debido a las notas de valor, capacidad, instrucción en ordenanzas y ejercicios, suprema conducta militar y civil, fue rápido: en 52, teniente de caballería; en 54, capitán; en 55, grado de comandante de escuadrón; en 56, comandante de escuadrón; a fines del mismo año, grado de teniente coronel de caballería; en 20 de marzo de 58, teniente coronel; en 21 de junio de 58, grado de coronel; en 15 de agosto de 58, coronel; en 63, grado de general de brigada; en 65, general de brigada efectivo; en 66, general de división. Documentos oficiales justifican su presencia en ciento cuarenta y siete combates de importancia. Numerosos premios ha recibido por sus acciones militares: la medalla de honor creada por decreto de 11 de noviembre de 1846, por haber combatido en defensa de la integridad del territorio nacional; la cruz de honor creada por decreto de 19 de abril de 1847, por la batalla de la angostura; diploma creado por decreto de 28 de enero de 1861 y circular de 22 de febrero del mismo año, para los que combatieron a favor de la guerra de Reforma; la medalla por la acción de las cumbres de Acultzingo, el 28 de abril de 1862, y la de la batalla del 5 de mayo, del mismo año, creadas por decreto de 21 de mayo de 1862, la cruz por el sitio de Puebla, creada por decreto de 14 de junio de 1863; la cruz de primera clase creada por decreto de 5 de agosto de 1867; las cruces de Constancia de 3<sup>a</sup>, 2<sup>a</sup> y 1<sup>a</sup> clase, que previenen los artículos 1713, 1720 y 1728 de la Ordenanza General del ejército; la Legislatura del estado de Chiapas y la de San Luis Potosí, lo declararon benemérito del estado; el Gobierno de Nuevo León, Coahuila, Puebla y Zacatecas, y los Ayuntamientos de Linares, de Uruapam y San Miguel de Allende lo declararon también hijo distinguido. En 1875 fue electo senador al primer Senado por los Estados de Querétaro y San Luis, del cual fue el primer presidente, al instalarse. Fue gobernador de Nuevo León en 65, en 68



de San Luis y en 72 otra vez de este mismo estado. Desempeñó la cartera de Guerra y Marina en 76. Ocupó la presidencia de la Suprema Corte de Justicia Militar el año 1882.

Cuenta don José Ardines, rico comerciante de Linares, en cuya casa se hospedó el coronel americano Mey, que en 1846 marchó el general en jefe Taylor con una división, para ocupar a Ciudad Victoria. De Montemorelos desprendió al coronel Mey con su regimiento de rifleros; y en el cañón de Santa Rosa, fue batido por el comandante Francisco Martínez Salazar y por Escobedo, quienes le hicieron algunos muertos, cortando su retaguardia que fue hecha prisionera en Galeana por sólo este último. Mey regresó a Linares con su tropa, pero al saber que cien hombres, al mando de un jovencito de diecinueve años, le habían cerrado el paso y hecho retroceder, colérico y avergonzado se rapó y afeitó la barba para disimular su edad ante su vencedor. ¡El jovencito era Escobedo!

### III

#### CÓMO VIVE EN SU RETIRO

Ahora su vida agitada de campaña la ha substituido por la del campo, y la ha substituido para siempre, pidiendo su carta de retiro del Ejército.

A caballo es de bulto su imponente apostura militar: sentado con holgura, el pecho salido, recto el cuerpo, estiradas las piernas, bien pisados los estribos. En los *pajareos* y las cabriolas no pierde el punto de apoyo. Es todavía aquel mismo soldado, buen jinete, del 15 de mayo de 1867; aquel que sobre albardón recamado de oro, en su caballo de nombre Cabrito, blanco como el armiño, con las riendas hacía inútiles la espuela y el látigo, y radiante de gloria en el Cerro de las Campanas, en aquel momento supremo de recibirle la espada, como símbolo de rendición, al desdichado Hapsburgo, lucía capirote de paño azul con forros rojos, pantalones ajustados, chaleco abrochado hasta el cuello, sombrero de fieltro a la francesa y botas federicas.

La mañana que permanecí en su hacienda La Laguna, al estar los caballos ensillados en el patio, esperándonos para salir a paseo, me dijo:

—Monte usted ese colorado, que es manso.



Y él puso el pie izquierdo en el estribo para montar un brioso melado que evadía la subida girando alrededor del mayordomo que lo tenía del ronزال<sup>4</sup>

Me enseñó sus rastrojos, cultivos de trigo y cebada, graneros, agostaderos, represas, ganados y su servidumbre. En un recodo del caserío de la hacienda, que tiene salida en la llanura y hay un abrevadero, nos paramos a ver llegar de los pastos, el ganado en manadas. A medida que satisfacía su sed, se internaba, rumiando, en los sitios de las casas. La hacienda tiene una organización beneficosa a los pobres: está dividida en porciones de terreno que son cultivadas por los *baldiós*. En la cosecha van a medias con el amo, que les da un par de bueyes, granos para la siembra y herramientas de labranza. Quinientos habitantes tiene La Laguna, todos dedicados a la agricultura y de reconocida honradez. Un solo ladrón no tiene hogar allí el que se conduce mal es arrojado inmediatamente con execración general. La instrucción pública es obligatoria, sin que nadie por ella desembolse un centavo. El que cae en cama es medicinado a costas del patrón. Al pasar el general, nadie hay que no le salude con respeto, aun a tiro de ballesta, con el sombrero en la mano. Hijos llama a los trabajadores, y le quieren como a un verdadero padre.

<sup>4</sup> Ahora su vida es de mucho menos actividad. Sus energías han decaído a causa de una intensa anemia. Apenas puede hacer un corto ejercicio a pie. Pasa el tiempo en su hacienda San José del Salitre, cerca de Cuautitlán, Estado de México, en su hacienda la Laguna, Chamacuero, y en México, donde es interventor del Banco Nacional, representante del Gobierno en el Ferrocarril Nacional Mexicano y diputado al Congreso de la Unión por Aguascalientes.

Vive en la villa de Tacubaya e inverna en Tehuacán, con cuyas aguas siente a intervalos rejuvenecerse. En sus haciendas se levanta casi con el día, monta a caballo, recorre sus siembras y dirige las labores agrícolas.

No obstante estar retirado del Ejército, trasluce en sus menores actos su larga vida de mando. Bien puede decirse que la Ordenanza ha venido a ser en él una segunda naturaleza. Habla con pausa y acentúa todo final de frase. Cuando quiere algo, parece que ordena; pero ya no, ni por asomo, como cuando estaba en la plenitud de sus días, rodeado de brillante estado mayor, el cual le veía como al mismo Marte. Por aquel tiempo, en que su aureola deslumbraba, sólo había un ser a cuya voz, siempre sentenciosa, obedecía con mansedumbre de fanatizado devoto. Esta voz era de la que le dio a luz, doña Rita Peña. Cuando el valiente soldado alzaba la voz para alguna reprensión, aquel ser la acallaba como por encantamiento.

—Mariano —le decía dulcemente.

—Mande usted.

—Ven.

Y ya que estaba presente:

—Siéntate, hijo. ¿Qué es eso?

Y el severísimo general, jefe de miles de hombres, vencedor de todo un Imperio, sumiso ante aquel ángel del bien, sentábase cerca encogido y silencioso, guardando compostura.

A veces este adorado ser, al empezar la sobremesa, se levantaba para perdersse de vista. Algún comensal, de entre los muchos que de diario había, llegó a preguntarle por qué se alejaba, y contestó en secreto:

—Para que Mariano pueda fumar.



Reina la más completa seguridad y todos se consideran miembros de una misma familia. Por eso dice satisfecho, con sobrada razón, a sus amigos:

—Vivo contento y feliz en mi retiro.

De vuelta a la casa, me introdujo en su pieza de trabajo. La única ventana que le da luz cae a un jardín que cultiva él mismo diariamente, con raro empeño, por vía de ejercicio. Está arreglada con mucha pobreza: ni el cedro, ni la caoba, ni el terciopelo, ni nada lujoso ostenta. La extremada sencillez le da mérito. Tiene por tapiz declaraciones de benemérito de estados, nombramientos de hijo distinguido de pueblos, diplomas honoríficos, cuadros de felicitaciones, medallas quitadas a los franceses de la Intervención, mapas, despachos, condecoraciones; retratos de Hidalgo, Juárez, Zaragoza, Lerdo de Tejada y Maximiliano. El del infortunado archiduque tiene al respaldo esta literal dedicatoria con su última firma:

*Al Señor General Mariano Escobedo.*

*18 de Junio de 1867.*

*Maximiliano.*

Sigue a la piececita un retrete ornado con una panoplia: armas de siglos pasados, uno de los fusiles con que fue ajusticiado Maximiliano, otro que sirvió para dar igual fin a Miramón, el par de pistolas de Mejía, quien al ser conducido del Cerro de las Campanas a su prisión de la Cruz, dijo a Escobedo: —“Como un recuerdo, tenga usted la bondad de aceptar mis pistolas.” El general las aceptó y, para su guarda, las puso en manos de su ayudante el capitán Francisco Longoria. También se ven dos espadas de puño de oro y dos bastones de mango de oro y pedrería, recuerdos de ciudades agradecidas; carabinas y revólveres históricos. Tiene guardada en precioso estuche una de las onzas de oro, de a veinte pesos, que Maximiliano repartió el 19 de junio entre los soldados que le fusilaron.

*Memorias* se titula una obra a que da la última mano, que transformará en mucho la hoy llamada historia de México, de las que están concluidas las narraciones desde el año de 47 hasta 72. Los hechos están comprobados con documentos innegables que harán luz sobre la vida pública de muchas personalidades contemporáneas.



*Rectificaciones a las memorias de Miramón* se llamará otra obra que tiene en preparación.

En su retiro estudia, escribe y no se ocupa en política más que para la posteridad.

Después de ver tanto recuerdo histórico, fuimos a platicar a espaldas de la casa. A nuestra vista, a Occidente, teníamos una extensa explanada. Nuestras sillas estaban reclinadas en el muro. En medio de un silencio apacible, conversamos sobre el camino escabroso de la vida militar, de las luchas de partido, de los días en que Juárez y Lerdo estaban en su cenit político, de los combates librados en defensa de las libertades públicas, del 5 de mayo, de la toma de Querétaro, donde vivía el Imperio con su condición *sine qua non*, con su alma: Maximiliano. Esta jornada decidió de los destinos futuros de la República, de la segunda independencia, y debía ser memorable la fecha, porque entonces se enterraron para siempre los hombres y las cosas del Imperio. México dio ejemplo de heroísmo a Francia, le dio una lección de que no impunemente se pueden violar las garantías internacionales. La toma de Querétaro influyó hasta en la situación política europea y la hizo cambiar rumbo. El Imperio estaba en Querétaro sólidamente fortificado; y tomar aquella plaza era darle el tiro de gracia.

Se ha dicho que la plaza fue vendida, que fue entregada en manos de las fuerzas republicanas por traición de un íntimo del Emperador.<sup>5</sup> Esta versión ha sido explotada por el Partido Conservador que, en su afán de calumniar, no ha perdonado siquiera a los suyos.<sup>6</sup> En la veracidad del hecho, los historiadores están divididos: muchos hay que lo niegan, los jefes liberales lo consideran una calumnia, el público piensa de dos modos distintos, la prensa honrada está indecisa. Una voz autorizada, competente, capaz de decir la verdad y únicamente la verdad, cuyo dicho llenará esa página en blanco de la

<sup>5</sup> El general Manuel Ramírez de Arellano, comandante general de artillería durante el sitio de Querétaro, dice como para justificar el medio. “El derecho de gentes autoriza, no solamente para usar de la traición en la guerra, cuando aquella se ofrece, sino también para obtenerla por cuantos medios sea posible.” *Últimas horas del Imperio*, p. 181.

<sup>6</sup> Samuel Basch, médico ordinario del Emperador, dice en sus *Recuerdos de México*, p. 237, que éste “se había visto traicionado de la manera más asquerosa por los conservadores.”

El general Vicente Riva Palacio, en una carta escrita después de haber hablado con Maximiliano y fechada el 25 de mayo, prorrumpo: “...estoy asombrado de la mala fe de las personas de quienes hacía confianza Maximiliano...”



historia, faltaba que hablase y acaba de hablar.<sup>7</sup> Escobedo no es comprador de la plaza de Querétaro.<sup>8</sup>

#### IV

#### REVELACIONES SOBRE LA TOMA DE QUERÉTARO

Anochea; un ejército de estrellas venía por Occidente, precediendo a la diosa de la quietud; la conversación recayó sobre la toma de Querétaro. Instado por mis preguntas el meritisimo soldado de la República, con tono grave y autorizado me reveló la verdad sobre este enigma.

—Señor general, ¿hubo alguien que le ofreciese la plaza?

—El 10 de mayo, un sargento Engle mandó pedirme permiso por conducto de una mujer para hablarme en Calleja. En la noche se desprendió del punto intermedio entre San Francisco y la Cruz, y ofreció entregarme el punto indicado, sin más condición que darle lo necesario para volver a su país.<sup>9</sup> Le ofrecí lo que deseaba a condición de que volviese a su punto, hasta entretanto se dispusiera lo conveniente.

—¿Fue esa, señor general, la única proposición que usted recibió?

—El día 12 recibí de San Francisco proposiciones del jefe del punto, sargento Miguel Colich, para pasarse, sin más condiciones que garan-

<sup>7</sup> A este respecto, *El Nacional*, periódico conservador, dijo en su número 252, correspondiente al 3 de mayo de 1887: “El General Escobedo es un hombre de honor y muy apreciable, y nunca dirá sino la verdad bajo su firma”.

Si el general Escobedo hubiera querido atraerse las simpatías del Partido Conservador, le hubiese bastado el acusar con una falsedad a López, ya diciendo que le había dado dinero, ya que traicionado a su Soberano; pero, venerador de la verdad, como lo ha probado, no le importa hacerse de más o de menos enemigos, con tal de no decir una falsedad.

<sup>8</sup> “La pérdida de Querétaro tuvo por causa principal la terrible miseria y todos los males que de ella se derivan en circunstancias tan críticas como las que resultan siempre de una defensa prolongada”. *Últimas horas del Imperio*, p. 105.

El autor de esta obra, considerada por el Partido Conservador como el evangelio en todo lo respectivo a los sucesos de Querétaro, afirma que desde 1866, “el imperio se venía abajo con una rapidez espantosa; las tropas eran presa de la miseria y de la desmoralización, consecuencias de varias retiradas inoportunas y de la deserción que sin cesar disminuía sus filas”.

<sup>9</sup> El autor E. Lefèvre refiere también que un sargento de nombre Mathis de Dalmstadt escribió al general Escobedo, proponiéndole pasarse a su línea con treinta hombres, todos franceses, para obtener después el favor de poder volver a Francia.



tizarle la vida. Contesté accediendo a lo que deseaba y diciéndole que esperara. Cualesquiera de los puntos indicados habría sido bastante para ocupar a Querétaro, dejando aisladas la Cruz y las Campanas; pero pesaba en mi ánimo el ocupar por asalto la ciudad, porque si yo tenía diez mil hombres perfectamente armados, organizados y disciplinados, capaces de todo, quince mil habían estado presentándose en pequeñas fracciones, que ni su organización ni su disciplina daban bastantes garantías para que, al tomar una plaza por asalto, como la de Querétaro, no quedara la población reducida a la más absoluta destrucción. Esto me hacía esperar que el enemigo o intentara abrirse paso por la condición a que había llegado o se rindiera, y en ambos casos habría salvado a una ciudad de males terribles que pesarían exclusivamente sobre el general en jefe.

—¿Y la entrevista que tuvo con usted el coronel Miguel López?

—El día 14 se había recibido aviso de que en la noche se intentaría una salida por San Gregorio,<sup>10</sup> y recorriendo yo la línea de Oriente de la plaza, un ayudante del coronel Julio Cervantes daba parte de que un jefe de la plaza deseaba hablarme. Lo recibí en la casa del señor Cervantes, siendo el que deseaba hablarme el coronel don Miguel López, quien me manifestó que el Emperador, deseando evitar el derramamiento de sangre, había renunciado a la corona<sup>11</sup> y que ofrecía, bajo su palabra de honor, no volver al país por ningún motivo; que esperaba le permitiera salir de la plaza con algunos jefes escoltado por un escuadrón de la Emperatriz hasta las inmediaciones de Tuxpan, donde se embarcaría.

Por toda contestación signifiqué a López que las órdenes de mi Gobierno eran o rendidos sin condición o batidos. Continuó instándome sobre la conveniencia de que no se obligara a la guarnición a romper el sitio y salir, porque esto haría que se prorrogara la guerra del país de una manera indefinida, y que en nombre de la paz y por el archiduque, por quien cualquier sacrificio que hiciera lo consideraría pequeño, esperaba obrara con alguna magnanimidad,

<sup>10</sup> Un autor, imperial por añadidura, dice que el Ejército republicano tenía policía dentro el sitio, la cual le informaba de cuanto acontecía.

<sup>11</sup> El Emperador llegó a decir a sus defensores, licenciados Mariano Riva Palacio y Rafael Martínez de la Torre, que presintiendo la desgracia en que debía caer, hizo depositar en persona, en quien tenía toda confianza, su abdicación, para el caso precisamente de que se le aprehendiese. *Memorándum*, p. 53. Esa persona era don José María Lacunza.



sin obligarlos a salir de la plaza por un ataque brusco, que quizá costaría mucha sangre. En contestación signifiqué a López que ya conocía de lo que eran capaces mis fuerzas; que deseaba la salida, porque esto haría que nuestro triunfo fuera completo y sin que sufriera la población; que carecían en la plaza de toda clase de elementos; que la desmoralización era absoluta y que podrían traerle, si deseaba, al coronel Paz y Puente y teniente coronel Ontiveros,<sup>12</sup> que acababan de pasarse.

Con esto quedó terminada nuestra conferencia, en la que, volviendo a instar López hiciera cuanto me fuera posible por darle garantías al archiduque, que no me pesaría; con algún disgusto le signifiqué que suspendiera de hablarme y me dijera qué lo autorizaba para venir a tomar el nombre del archiduque, como su comisionado secreto. A esto me contestó que no traía más que la copia de su despacho y una carta, que me presentó, y en la que le hablaba el archiduque como a persona de su mayor confianza. Pasado esto, hice que lo volvieran a su línea con las formalidades de estilo.

—Señor general, ¿le pidió algo más el coronel López?

—Ni ascensos, ni garantías, ni dinero. Todo lo que me pidió era para el Emperador, y solo para el Emperador.

—¿Cómo, pues, se dice que entregó la plaza, que traicionó a Maximiliano?

—Tuve la creencia de que López hubiera salido a hablar conmigo por autorización del archiduque, y ésta se corroboró cuando el 17 de mayo, hablando conmigo el archiduque, en mi tienda de campaña la Purísima,<sup>13</sup> al significarle que algunas personas habían pedido permiso para hablarle,

<sup>12</sup> “El teniente coronel Ontiveros, en la noche del 14 de mayo, se pasó con setenta hombres al sitiador, por la línea de San Sebastián, abandonando la suya”. —La toma de Querétaro.— Miguel López a sus conciudadanos y al mundo, p. 11.

Víctor Durán agrega a estos dos al comandante de batallón Gil de Castro.

<sup>13</sup> La princesa Inés de Salm Salm, narrando su arribo a Querétaro, ya caída la plaza, y su visita en el convento de las Teresitas al Emperador, que parecía muy pálido y enfermo —visita hecha previo permiso del general Escobedo, con quien la princesa había hablado la víspera en la Hacienda de Hércules y cuya anuencia iba a solicitar para que le hablase el Emperador— agrega lo que sigue:

“Me volví luego al cuartel de Escobedo, a quien encontré de muy buen humor, porque estaba esperando a su hermana, a quien no había visto hacía muchos años. Me dijo que no podía salir; pero que recibiría al Emperador con sumo placer si éste quería hacerle una visita, acompañado de mí y de mi marido.

Mientras que el coronel Villanueva (1) salía a buscar un coche para la visita, me procuraba alguna ropa blanca, con la que volví a las Teresitas.



y entre éstas el coronel López, y que si no se les había dado permiso era porque esperaba preguntarle si deseaba recibirlas, me contestó que no tenía inconveniente en recibir a algunas personas suplicándome permitiera al coronel López que lo viera. Signifiqué que muy especialmente me refería a López, a quien no sabía si quería recibir por algunas versiones que había en la plaza respecto de lealtad a su persona. Me contestó sólo: “A mí el coronel López no me ha faltado”.<sup>14</sup> Y las mismas palabras que López me dijo la noche del 14, me las repitió el Emperador en el Cerro de las Campanas.

—¿Es cierto, general, que tuvo usted amistad con Mejía?

---

(1) Los jefes republicanos que, en el cumplimiento de sus deberes militares, solían estar más cerca del Emperador durante su prisión eran el ingeniero coronel-general Ricardo Villanueva, educado en Alemania, y el coronel Miguel Palacios.

El 13 de Junio el Emperador firmó dos letras de cambio de cien mil pesos cada una, giradas contra la familia imperial de Austria en Viena y pagaderas a los señores Villanueva y Palacios, si con su auxilio se ponía en salvo el archiduque. Ambos jefes rehusaron la propuesta, y el último hasta la reveló al general Escobedo, quien manifestó a la princesa de Salm, que era la autora del conato de cohecho, que el aire de Querétaro no le era saludable. Y la princesa tuvo que ausentarse de la ciudad.

Esos dos dignos soldados han fallecido pobres. Palacios en Zacatecas, donde el gobierno del estado le hizo suntuosas honras fúnebres; Villanueva en México, donde desempeñó un alto puesto público.

El Emperador se sintió bastante fuerte para salir, me dio su brazo, y seguidos del coronel Villanueva y de mi marido, bajamos las escaleras, hasta la calle, donde encontramos el hermoso coche del señor Rubio y una escolta.

En nuestro tránsito hasta la puerta, los prisioneros que habían salido de sus celdas, se pusieron en filas y todos saludaron al Emperador con la expresión del mayor respeto y amor.

Fuimos en un coche a la Hacienda de Hércules, y en un jardín grande y hermosísimo, con una fuente y un estanque en medio, se hallaban reunidos muchos oficiales liberales y otras personas, todas las cuales saludaban respetuosamente al Emperador, que me llevaba del brazo.

El general Escobedo vino a encontrarnos y dio al Emperador la mano. Después se dirigió con nosotros hacia una calle de árboles ancha, a la derecha, donde se habían colocado asientos para nosotros. Al principio platicábamos sobre objetos indiferentes, pero nuestra conversación se hacía muy penosa a causa de dos bandas de música que hacían un espantoso ruido musical, ahogando nuestras voces.

Poco a poco llegamos al objeto de nuestra entrevista, y el Emperador dijo al general Escobedo que tenía que hacer en su nombre algunas proposiciones, y él y el coronel Villanueva se retiraron a fin de arreglar el asunto...

Permanecimos hasta el crepúsculo en el cuartel general de Escobedo, quien nos ofreció refrescos; pero no los aceptamos, y volvimos a las Teresitas del mismo modo en que habíamos ido.

El Emperador estaba sumamente abatido...”

<sup>14</sup> Así se explica lo que asegura don José Luis Blasio, secretario del Emperador, que después de la junta de generales, la noche del 14 de mayo, en la que se acordó prorrogar la salida, Maximiliano condecoró a López con la medalla del valor militar.

Samuel Basch refiere que el Emperador, en la prisión, le dijo que con sus propias manos, en la noche del 14, había condecorado a López con una medalla del valor militar.



—Es exacto, pues aunque pertenecemos a varios partidos, el año 60, dos veces derroté a las fuerzas del general Mejía, haciéndoles un fuerte número de prisioneros, que puse en libertad sin condición ninguna. En un combate fui derrotado y hecho prisionero por el antes dicho general; y no obstante el empeño que tenían Márquez<sup>15</sup> y otros jefes en que se me

<sup>15</sup> En las páginas 17, 18 y 19 de la obra *Últimas horas del Imperio*, por el general Manuel Ramírez de Arellano, se lee este bosquejo del general Leonardo Márquez, a la verdad de parecido rayano en identidad:

“Márquez, el hombre de dos caras, ha llegado a la edad en que comienza la vejez; de corta estatura, mal proporcionado, sin aire militar, posee, sin embargo, toda la vivacidad que comunica al cuerpo una alma atormentada por fuertes pasiones. Su fisonomía es repugnante, su mirada inquieta y escrutadora. Su cráneo ofrece notables depresiones en los puntos que se consideran como sitio ordinario de la bondad, de la generosidad, y un gran desarrollo en los lugares adonde se localizan el odio y la audacia. Egoísta, avaro y vengativo, es al mismo tiempo enérgico, resuelto y valiente hasta la temeridad. Militar por vocación, con más práctica que ciencia, amante del peligro, que ve con desprecio, profesa un respeto grande por el espíritu de subordinación y de resignación. Sin valor moral, elude siempre toda responsabilidad que pueda amenazarle, para hacerla recaer sobre sus inferiores. Alaba las ideas del que manda, trata a sus subordinados con dureza, y exige de ellos un respeto a la disciplina tan severo como humillante. Irascible y chancero, grosero o afable, según le inspire su temperamento o su carácter, se le teme o se le aborrece; pero nunca se le ha amado.

“Durante la guerra civil, conquistó una triste celebridad sacrificando un gran número de sus enemigos políticos. El 11 de abril de 1859 fue cuando hizo comprender a su patria, por la primera vez, de cuanto era capaz, si se trataba de derramar sangre”.

Y todo esto sin contar los asesinatos, más que fusilamientos, de D. Melchor Ocampo y el general Leandro Valle.

Alberto Hans dice en su libro titulado *La guerre du Mexique selon les mexicaines*, que el general Márquez es soldado por temperamento; de naturaleza intransigente, inflexible; de abnegación por la causa conservadora; y, juzgándole digno de vindicación, le incita a que emule al mariscal Davout, sobre quien ya pesaba el fallo severo de la historia por no haber explicado a tiempo su conducta en la defensa de Hamburgo.

Mas entre estos toques negros de su bosquejo debe haber uno que otro de luz.

El general Anastasio Parrodi certifica bajo su palabra de honor que el subteniente Leonardo Márquez, del batallón de Mexitlán, se batió en Ciudad del Maíz el 12 de febrero de 1839 contra los pronunciados de Tampico, a cuya cabeza iba José Urrea, portándose en la jornada con el valor y la decisión que distinguen a los fieles servidores de la patria.

“Que a pesar de la escabrosa pendiente y lo elevado del cerro de la izquierda del enemigo, animado dicho oficial por los más vehementes deseos de escarmentar a los facciosos, trepó hasta la eminencia, despreciando cuantos peligros se le presentaron al subir. Que cuando llegó a la cima, descubrió una fuerza enemiga de trescientos y tantos hombres, que mandaba uno de los primeros cabecillas, a la cual atacó con tanto valor y decisión, que, a pesar de los vivos y sostenidos fuegos enemigos, bien pronto se envió entre los contrarios, rindiéndolos completamente y haciéndolos prisioneros.”

Siendo capitán en el Regimiento ligero de infantería, a fines de 1845, solicitó una licencia temporal para venir de Puebla a México, pero en esas circunstancias recibió orden de marcha el Regimiento a Veracruz, y entonces el capitán desistió de ausentarse, para ir con su bandera a aquel puerto, donde, luego de haber llegado, hizo uso de la licencia. Apenas empezaba a disfrutarla, cuando tuvo noticia de que las fuerzas navales de los norteamericanos se aproximaban; inmediatamente incorporose con su cuerpo, sin esperar los recursos que se le habían mandado ministrar, y pidió como gracia especial al coronel Domingo



## fusilara, Mejía y los Serranos se opusieron, hasta salvarme. Por esto, más

Gayosso, en la hacienda de la Encarnación, que le nombrase en la primera guerrilla que operara; concedida, fue el primero que mandó quemar sus cartuchos contra los norteamericanos a inmediaciones de Agua Nueva, en que hizo retirar a la guerrilla enemiga, trayendo consigo, al plegarse la bridada por orden del general Ampudia, algunos despojos del invasor. En esa vez su constante desvelo por el buen servicio le ocasionó el contagio del vómito.

En la Angostura, previa gracia del general en jefe, tuvo el honor de ser el primero en romper los fuegos, y con sólo dos compañías que mandaba, contuvo a las fuerzas norteamericanas, considerablemente superiores, que se empeñaron en tomar el cerro de la derecha, llave principal del campo; convencido de que, al lograrlo, el ejército mexicano hubiera sufrido consecuencias muy funestas.

En un informe, el general de brigada y jefe de la plana mayor del Ejército mexicano, Manuel María Lombardini, dice: "...asimismo es notorio el particular servicio que prestó en la acción del día 8 de septiembre de 1847, pues habiéndose perdido el Molino del Rey y la Casa Mata, dueño el enemigo de las lomas de Tacubaya, marchaba vencedor con una gruesa columna y sus respectivas piezas de artillería por la Calzada de Anzures, con dirección a esta capital, y conociendo el general en jefe lo difícil de su posición, ofreció a Márquez el empleo de coronel y una gratificación a la tropa si lograban siquiera contener a las tropas americanas, lo cual fue contestado con entusiasmo verdaderamente patriótico, que despreciaba la oferta, y con vítores a la nación emprendió su marcha sobre el enemigo con sólo seiscientos hombres, y cargando a la bayoneta, logró derrotarlo y quitarle una de las piezas que conducía."

El 14 de marzo de 1867, cuando los republicanos hicieron a sangre y fuego un reconocimiento de las posiciones del enemigo, sitiado en Querétaro, y casi se apoderaron de la Cruz, el Emperador, que lucía uniforme de general de división y fieltro blanco de anchas alas bordadas de oro y plata, se paseaba impávido en la plaza, en medio de una lluvia de balas, y platicaba con los generales Márquez y Arellano. De súbito, en lo más sangriento del combate, rompió a llorar el general Márquez:

—¿Qué tiene usted, general? —le preguntó afectuosamente el Emperador.

—Nada, señor, sino que soy muy dichoso.

El Emperador, que atribuía las lágrimas del jefe de su Estado Mayor a entusiasmo, lloró también, y, estrechándole en sus brazos, le dijo con voz ahogada por la emoción:

—Tiene usted razón de estar contento, general, pues hoy es cuando salvaremos la independencia de nuestra hermosa patria.

En esto, unas compañías del 3º de línea retrocedieron bajo el fuego graneado certero de los republicanos; entonces el general Márquez acudió hacia el punto, subió a la trinchera, y, presentando el cuerpo al enemigo, decía a sus soldados, mostrándoselos:

—¡Entrad, muchachos, entrad! Os habéis portado valientemente. ¡Viva el 3º de línea!

Las balas silbaban y rebotaban contra la batería situada allí, y todos se admiraban de no ver caer a Márquez. En vano se le suplicó que se bajase y que por dos veces le prohibiera el Emperador con su ayudante Ormaechea, que se presentara como blanco. No cabía en sí de gozo: ¡había llegado al frenesí!

Y su pericia militar es notoria. La confirma el juicio de los generales Agustín Pradillo e Ignacio de la Peza, que dicen: "cuantos hemos servido a las órdenes del general Márquez, y aun los que no le conocen ni personalmente, saben que una de las dotes de dicho señor, es la de poseer un golpe de ojo estratégico que muchas veces le ha granjeado justos elogios."

Un coronel liberal, muy ilustrado y de brillante hoja de servicios, ha emitido este juicio:

"Márquez es un Omar católico fanático, soldado en grado eminente, práctico como ningún otro, valiente hasta la temeridad. Nunca en el enemigo vio al partidario político contrario, sino al hereje, al enemigo de su religión. Al salir a campaña, se postraba ante la que le dio el ser, para que le echase la bendición; y entonces él creíase con eso ya invulnerable, y hambriento de carne y sediento de sangre humana, era una fiera en la defensa de su causa, para él santa, sin el menor remordimiento de sus carnicerías. Cuando veo a



tarde, en los dos sitios que puse a Matamoros, antes de principiar mis operaciones, intimaba la rendición de la plaza y salía Mejía a hablar conmigo, y, no pudiendo nunca estar de acuerdo, nos separábamos, abrazándonos para batirnos. En Querétaro, tanto el archiduque como el general Castillo y demás jefes, los traté con caballerosidad, y de una manera especial a Mejía, y estuve dispuesto a hacer cuanto fuera posible en su obsequio. El 17 de mayo, una persona de mi familia pasó a hablar con el general Mejía, a ofrecerle cuanto pudiera necesitar. Mejía contestó que de pronto nada necesitaba y que correría la suerte del Emperador. El 18 fui personalmente a hacerle una visita y le signifiqué mi deseo para que fuera a

---

ese hombrecito, no puedo creer en la tanta guerra que nos daba, si no es con fe ciega en su causa. De nadie mejor se puede decir que es la personificación en cuerpo y alma del partido conservador.”



De la Habana, después de veintiocho años de ostracismo, tornó a México el 27 de mayo de 1895. Habita actualmente en el Hotel Washington. Su vida es de absoluto retraimiento, se levanta con el día, vaga errante con sola su alma por los lugares concurridos, come en restaurant, se recoge entrando la noche, suele recibir de visita a muy contadas personas, rehúsa hasta con indignación hablar de política y de su pasado como hombre público y no lee más que *La Voz de México*.

Su salud se reciente en invierno. Con esto y todo aún no está encorvado su cuerpo, tal como debía estar dados sus 79 años de edad (1); conserva sin esfuerzo alguno su posición recta y su andar ágil. Su voz es punto menos que de tiple y su buen humor va siendo cada día más y más anormal. En su trato es todo un caballero. El ojo derecho le llora constantemente a causa de una antigua herida en el carrillo correspondiente, recibida en Morelia al rechazar a las tropas republicanas que mandaba el general Uruga, el 18 de diciembre de 1863.

Cuando veníamos de Veracruz y un telegrama nos anunció en Esperanza la manifestación hostil de los estudiantes en la estación de Buenavista a la llegada del tren de pasajeros, cambiamos de rumbo en Apizaco, estuvimos en Tlaxcala al atardecer y por la noche partimos a Puebla. No hallamos punto de arribo donde no hubiese pueblo apiñado, el cual a nuestro paso murmuraba y hasta solía llegar a las vías de hecho.

En Puebla nos hospedamos de incógnitos en el Hotel Francia. El general Márquez, abatido, después de recorrer tan interminable calvario y ya que nos recogíamos, prorrumpió, haciendo como que aspiraba aire puro con todos sus pulmones:

—Pero, ¿por qué tanta hostilidad si ya no existe el partido conservador? Si yo no vengo a hacer política. ¡Sólo he querido venir a mi patria a acabar tranquilo mis cortos días!

15.1 (1) Nació el 8 de enero de 1821.

En Esperanza nos hizo leerle una carta que decía:

“Bien venido, general.

“La patria mexicana, como madre amantísima y abnegada, olvida vuestros errores pasados.....”

Aquí nos interrumpió, exclamando muy contrariado:

No son errores; yo he sido siempre conservador!



San Luis a presentarse al Gobierno, con la seguridad de que sería tratado de la manera más caballerosa. Por toda contestación me dijo:

—El Emperador, ¿qué suerte correrá?

—Espero de un momento a otro órdenes del Gobierno —le contesté;— y creo que éstas no serán benignas para los jefes superiores.

—Estoy resuelto a seguir la suerte del Emperador.

—Quizá en este momento, por el telégrafo, se me den órdenes que, por severas que sean, tengo que cumplirlas. Como hasta ahora no las recibo, obraré como crea conveniente. Estoy en disposición de salvar a usted sin condición ninguna; pero usted no debe ponérmelas a mí.<sup>16</sup>

Me paré, hizo otro tanto el general Mejía, y me estrechó la mano entre las suyas.

—Debo —me dijo— atenciones y confianza al Emperador, y correré su suerte.<sup>17</sup>

<sup>16</sup> En un diálogo habido entre Miramón y Mejía, ya presos, habló así el primero para levantar el espíritu del segundo:

—“A mi parecer, no debéis inquietaros; quizá sea yo la sola víctima. ¿No habéis salvado dos veces a Escobedo? ¿Y no creéis que, en caso de que el consejo de guerra pronunciase vuestra condenación, Escobedo no interviniera en favor del hombre que le ha generosamente concedido la vida y que no haga pesar toda su influencia cerca de Juárez, para obtener su gracia?” *Le general Miguel Miramón*, p. 234.

El general Manuel Ramírez de Arellano, tratando de los propósitos de salida de la plaza y del jefe de los sitiados que hubiese podido ser más respetado cerca de los sitiadores, dice que Mejía había concedido la vida otras veces al general en jefe de los republicanos, cuando fue su prisionero.

<sup>17</sup> Caída la plaza de Querétaro en poder del Ejército republicano, el general Escobedo habló de la memorable jornada con don Benito Juárez, a su paso por esa ciudad y en presencia de don Sebastián Lerdo de Tejada y de don José M. Iglesias, y puso en su conocimiento que había un secreto en lo relativo a las últimas operaciones militares. Don Benito nada pretendió que se le revelase.

—Pero hay otro secreto —prosiguió Escobedo— que sí me pertenece, porque es mío, y puedo comunicar a usted.

—Veamos.

—Yo quise salvar a Mejía: le ofrecí la vida, porque le debía atenciones y grandes favores.

—¿Y qué contestó?

—Me preguntó cuál sería la suerte de Maximiliano; y como en mis palabras advirtiese la verdad, me dijo terminantemente que no aceptaba nada y que correría la suerte de sus compañeros de infortunio.

Juárez quedó pensativo un momento y en seguida prorrumpió:

—¡Era indio, y era leal!

—No le insistí más, —continuó Escobedo— porque en su lugar yo hubiese hecho lo mismo.



# LOS REPORTAJES HISTÓRICOS

Ángel Pola

fue editado por el

**INSTITUTO NACIONAL DE ESTUDIOS HISTÓRICOS  
DE LAS REVOLUCIONES DE MÉXICO**

Se terminó en la Ciudad de México en mayo de 2020,  
durante la pandemia COVID-19, en cuarentena.

Ángel Pola Moreno fue un destacado periodista y editor que nació en Chiapa de Corzo, Chiapas, en 1861. Estudió la carrera de abogado en la Ciudad de México, aunque nada lo desvió de su vocación por el periodismo y colaboró en los principales diarios nacionales, *El Monitor Republicano*, *El Siglo XIX*, *El Imparcial* y el *Diario del Hogar*. En 1984 decidió fundar y dirigir *El Noticioso*, en el cual expresaba su preferencia por el realismo de los escritores franceses de la última parte del siglo XIX.

Pola se inscribe en el reportaje histórico como género periodístico interpretativo, integra el concepto de historia a la práctica periodística, estableciendo su complementariedad para el proceso de significación de la realidad. Prefirió relatar los acontecimientos que se presentaban y se distinguió por sus entrevistas. Su labor de compilador es excepcional y en sus antologías se aprecia el pleno conocimiento de los personajes escogidos; para varios de ellos redacta los textos biográficos y, en todos, sus anotaciones son prolijas, veraces, cuidadosas y entendidas.

